

**UNIVERSIDAD DE CHILE**  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
ESCUELA DE POSTGRADO

**Cuecas, ferrocarril y mentalidades: una exploración  
para la historia del barrio Estación Central (1900-  
1940)**

Tesis para optar al grado de Magister en Historia con mención en Historia  
de América

Alumno:

Juan Carlos Luengo Peila

Profesor Guía:

Sonia Pinto Vallejos

**Agosto 2004**

*A la memoria de Víctor Gacitúa y Adolfo Gutiérrez, maestros y amigos*  
“Los barrios pobres de Santiago se llenaron de estas ‘casas colectivas’, las cuales encontraron sus mejores historiadores en los novelistas que surgieron desde la década de 1920...ellos recrearon esos barrios pobres y miserables y los describieron con poético lenguaje”

**Armando de Ramón**

“No hay mejores fibras para tejer la historia de los pueblos que sus estaciones ferroviarias”

**Jean Paul Sartre**

“El estudio de las vulgaridades y trivialidades puede resultar interesante para las Ciencias Sociales”

**Manuel Dannemann**

Foto1



# INTRODUCCIÓN

Este trabajo se estructuró, como una investigación de carácter exploratorio y, sobre todo, como un ejercicio metodológico. Sus orígenes se remontan a un Seminario dictado por Manuel Dannemann en conjunto con Sonia Pinto sobre el tema “**El Folklore como Cultura**”, en la Facultad de Filosofía y Humanidades durante el segundo semestre de 1996, seminario estructurado sobre el **Programa de Identidades Locales**, llevado adelante por Dannemann, a través del DI de nuestra Universidad y con la colaboración de un equipo interdisciplinario. El Prof. Dannemann ofreció a Paz Luzzi y al autor de estas líneas realizar un trabajo –individual– sobre el problema de las identidades locales estudiando dos sectores determinados de Santiago. Luzzi trabajó el sector de la Vega Central, investigación insertada en una periodificación tardía, por lo que su trabajo tuvo un carácter más ligado a la antropología, la oralidad y la historia contemporánea (Recent History).

Yo escogí el sector del barrio Estación Central, porque me pareció que la información histórica al respecto no pasaba más allá de la anécdota, el dato tangencial, hasta llegar al simple desconocimiento. La excepción estaba constituida por algunos trabajos muy puntuales, pero que hacían sus referencias enmarcadas en temas mucho más aglutinantes, cito los clásicos casos de León Echaíz (1975) y Armando de Ramón (2000); junto a éstos aparecían una inmensa cantidad de artículos, tesis y papers que se preocupaban de aspectos colaterales, tales como alcoholismo, conventillos, delincuencia, etc (ver Bibliografía). En síntesis, **anecdótico, asistemático y dispersión, e irregularidad** se plantearon como los problemas que debieron ser enfrentados, durante todo el desarrollo de este trabajo.

Dado el período elegido, 1900–1940, el acento historiográfico en esta investigación tenía que ser –desde el punto de vista clásico– mucho más marcado. En tal sentido, también me propuse realizar esta tarea siguiendo la más estricta ortodoxia. Si bien la intención primigenia de establecer la existencia de una identidad con elementos teórico-prácticos más cercanos a la etnografía y sociología, no pudo ser cumplida por razones obvias, creo que se logró levantar una construcción aceptable, en términos similares, a

través del documento. Una parte de esta investigación se construyó con un pequeño ejercicio de metodología oral que tuvo por objeto el rescate, aunque fuese en mínima medida, de una memoria que alcanzaba ricos matices a través de su expresión oral.

Esta investigación reconstruye la historia del barrio Estación Central, a partir de la cotidianeidad, planteándose el rescate de lo identitario desde la perspectiva de aquellos hombres, mujeres y niños cuyas historias mínimas fueron rastreadas por el autor, y sirvieron para dar vida a este sector de Santiago.

Desde el punto de vista anterior, el seguimiento realizado asume una forma básicamente cualitativa y analítica. Dadas estas características, asumo toda la responsabilidad por los errores cometidos creo, sin embargo, que los márgenes de yerro han sido relativamente tolerables.

La cronología 1900-1940, se eligió por las siguientes razones:

a) Los avances de la modernidad comenzaron a instalarse de manera definitiva en el país. En este caso, hablo de avances tanto materiales como de práctica social y cultural, lo que no significa que el país haya logrado un alto nivel de desarrollo, es decir podría hablarse de un desarrollo formal, pero de ninguna manera integral.

b) La ciudad de Santiago de Chile sufrió una notable transformación, que afectó a sus variables físicas, económicas y culturales, las que se reflejaron en el sector geográfico y humano escogido para este trabajo.

c) En este período se configuró, claramente, un *modus vivendi* que giró alrededor del edificio de la Estación Central de ferrocarriles de Santiago y se proyectó hacia las áreas circundantes, en un radio cada vez más extenso.

d) La representación más clara y pertinente de ese *modus*, fue el culto, en ese barrio, del baile nacional o “cueca”, hoy representación oficial y de escasa popularidad, pero que – durante esos años– constituyó un bien cultural popular, utilizado para la expresión de las penas, alegrías y cosmovisiones de los grupos subalternos.

En síntesis, el período en cuestión se caracterizó por una serie de cambios que marcaron fuertemente la identidad nacional en escenarios que cubrían un espectro sumamente amplio, i.e. desde las variables de tipo económico hasta aquellas de especificidad muy

puntual, como las de comportamiento y mentalidades. El relato de esta fase es la descripción del camino hacia la modernidad, y los costos que significó para los grupos subalternos. Por otra parte, es un dar cuenta de las formas y medios, surgidos de esos mismos grupos, para paliar tales costos.

El análisis documental revela dos realidades o paradigmas sociales, que pueden pensarse en términos tanto de antagonismo como de complementariedad. Por una parte, los modelos –extranjerizantes– impuestos desde las cúpulas gubernativas, es decir el conjunto aristocrático. Por otra, la configuración de sistemas de sociabilidad, de tipo interno, correspondientes a esquemas de comportamiento que surgen espontáneamente como respuestas ad hoc a los problemas suscitados por la propia modernidad. Estos esquemas son desarrollados, portados y transmitidos por los grupos de raigambre popular. **El antagonismo estaría dado en el caso de la trasgresión de las normas vigentes y el seguimiento de reglas propias. Lo complementario se establece en el sentido de que el antagonismo antedicho nunca es total, a pesar de que es una perogrullada hay que decirlo: cualquier comunidad, aunque esté situada en las fronteras de la convivencia social, acata un aceptable número de reglas y normas del corpus jurídico-legal que, en ese momento histórico, rige a la mayoría.**

En este último sentido, no se trata de sistemas elaborados *pensando en...y para...sino* que tales sistemas surgirían como producto de las vivencias y experiencias asimiladas y acumuladas desde la cotidianeidad, a través de un largo período cronológico. Así el *pensando en y para* se daría en forma espontánea, sin mayor planificación, y con una efectividad mucho mayor que si estos factores hubiesen sido elaborados. Estos sistemas estarían conformados por todas aquellas expresiones culturales que representarían típicamente a un determinado grupo que se constituye a un tiempo, como parte de otros conjuntos mayores y menores. Tales determinaciones típicas no son, por cierto, privativas de ese grupo pero sí establecen una cierta base de apoyo que permitiría la configuración, en forma más o menos certera, de ese grupo. Como *grupo*, y siguiendo a Danneman, hago referencia comunidades que se sienten identificadas en torno a un conjunto de determinadas actividades, conductas y tradiciones, en otras palabras, a un *corpus de bienes culturales*, que es *compartido* por los sujetos que componen ese grupo o comunidad.

Esta definición me pareció bastante funcional para los efectos de este trabajo, ya que resultaba mucho más analítica que el concepto *clase*, puesto que al interior de una clase existen sectores y subgrupos, que rompen la supuesta homogeneidad que presenta tal definición. De hecho, uno de los objetivos más importantes de este trabajo fue el intento de demostrar la riqueza de matices socio-vivenciales al interior de comunidades que la historiografía convencional ha presentado como un bloque casi monolítico, en este caso los sectores populares.

Las mayores dificultades para la realización de este trabajo estuvieron constituídas por el hecho de que la investigación propuesta abarcaba un espectro temático muy amplio y que, sin embargo, era indispensable abordar. Los ejes en torno a los cuales se construyó este trabajo fueron el desarrollo socioeconómico y político, la historia urbana, la historia local, la expresión musical, centrada en la danza denominada *cueca* tipificada como *baile nacional*, los avances tecnológicos y comunicacionales, enfocados en el ferrocarril y, fundamentalmente, el proceso de sociabilidad generado en el sector surponiente de Santiago. Siempre se tuvo en cuenta, en el cruce de estas variables, las implicancias que este proceso involucró a nivel de historia de mentalidades.

Si se parte de la base que el estado del conocimiento acerca del tema era absolutamente fragmentario y que, en algunos casos, no se manejaban ni siquiera antecedentes, era evidente el establecimiento de un mecanismo de búsqueda. Debido a lo anterior, tal mecanismo debía comportar una notable semejanza con los procedimientos de tipo arqueológico. Esto, a la postre, no tuvo nada de metafórico ya que correspondió exactamente al tipo de problema analizado y los procedimientos ad hoc para reunir el material, proceder a su análisis, desarrollo, hipotetización, síntesis y conclusiones tentativas. Cada subtema, en específico, se constituyó en una base informativa para definir los tipos de identidad y marcas culturales presentes en el área del barrio Estación Central.

**Así, esta pesquisa no es una historia de la cueca, no es una historia del ferrocarril, no es una historia urbana propiamente tal y tampoco constituye un relato político y social, en sí mismo. Sin embargo, se tomó parte de cada uno de los elementos anteriores para establecer una combinatoria que estructurase un relato cultural, de sociabilidad y mentalidades, que mantuviese una cierta coherencia.**

Retomando el problema metodológico, la carencia de datos hizo que en un primer momento, como investigador, descansase sobre una base informativa exclusivamente literaria, porque era la única fuente sistemática que en esos momentos tenía más a mano; me refiero específicamente el conjunto de novelas correspondiente al denominado “criollismo urbano”, que retrató, con notable fidelidad, los momentos históricos cotidianos de los grupos populares y medios en el período propuesto.

Mediante tal procedimiento me propuse rescatar y validar, la obra literaria como fuente viable para la historiografía. Pronto me percaté de que tenía que salvar el abismo existente entre la imaginación del autor y la realidad histórica, es decir la distancia entre el mundo posible y el mundo real. La solución consistía en confrontar la información dada por la novela con documentación primaria, resguardando así el requisito sine qua non de todo trabajo historiográfico.

Exhaustivas revisiones realizadas en el Archivo Nacional –específicamente en el Fondo Intendencia de Santiago– durante los veranos de 2000 a 2003, me permitieron establecer que la distancia entre realidad y mundo imaginado no era precisamente un abismo, sino que más bien parecía existir una complementación y una confirmación mutuas en lo relativo a los corpus de datos.

La información obtenida se complementó con una entrevista realizada a Hernán Núñez, antiguo habitante del barrio Estación y cultor de la cueca urbana. Esta entrevista formaba parte de otras tres hechas a dos estudiosos (Aldo Villalón y Adolfo Gutiérrez) y a la, en esa época (1996), directora de la Casa de la Cultura de la Municipalidad de Estación Central (Soledad Minio). Sin embargo, determiné que los objetivos realmente atingentes al trabajo –históricos, musicales, cotidianeidad, etc– eran cumplidos en su totalidad sólo por la primera entrevista, la que incluso en tales condiciones fue sometida a una estricta edición. Dado lo anterior, sólo ésta fue incluida en el cuerpo central de la tesis.

Creo que sería conveniente, tanto para los lectores como para el mismo autor, hacer una sana advertencia: dada la imposibilidad de establecer un desarrollo seriado, año por año, para el sector urbano estudiado, este trabajo asumirá la forma de un recorrido circular, esto es, la máquina del tiempo tanto avanzará como retrocederá, a fin de establecer las principales características identitarias y de mentalidades del barrio Estación.

Desde un punto de vista formal este trabajo se divide en dos capítulos. El primer capítulo es una estructuración de las bases teóricas que sostienen la investigación. En forma esquemática se analizan conceptos relativos a Teoría e Historia de Mentalidades, Historia Local, Cultura, Bienes Culturales, Sociabilidad, Grupos, Subgrupos, Comunidad, entre otros, que resultan más pertinentes a esta pesquisa. Gran parte de la sección correspondiente a análisis cultural, se configuró a partir de los apuntes, tomados por el autor, durante el Seminario El Folklor como Cultura. Se deja establecido el contexto histórico como elemento fundamental de análisis, y se critican ciertos aspectos relativos a Mentalidades.

El segundo capítulo es la parte medular de la investigación: se pretende establecer una identidad o identidades que se manifiestan como características típicas, aunque no exclusivas, del sector ya mencionado. Documentos primarios, obras literarias, periódicos, revistas, papers e Internet se establecen como el basamento heurístico para esta sección. Luego, a través del texto, se establecen y desarrollan la (s) hipótesis correspondiente(s). Luego se estructuran las pruebas, y /o refutaciones. Finalmente, se establecen las conclusiones. Como complemento, se anexa un conjunto icnográfico, (en CD Rom) que he considerado de utilidad para los efectos de esta investigación.

Desde un punto de vista teórico-metodológico mis hipótesis se dividen en dos propuestas nucleares y tres auxiliares, a saber:

1.- El barrio Estación Central se constituiría como una frontera, de carácter geográfico y cultural, que separaría, pero que, por paradoja, al mismo tiempo acercaría los mundos rural y urbano, explicándose lo anterior porque una frontera sería una línea delimitante, pero también un punto de encuentro. (Hipótesis nuclear n° 1)

2.- Se la podría definir, a esta área, como una zona de generación de nuevas formas culturales, formas culturales que tendrían un carácter híbrido, definido por el proceso de mestizaje urbano-rural.(Primera hipótesis auxiliar)

3.- A partir del punto anterior, emergería una identidad que perfilaría, con rasgos de meridiana claridad, formas de ser y estar en el mundo, o sea formas prototípicas: el carrilano; la prostituta; el vagabundo; el pequeño comerciante; el inmigrante extranjero; el migrante campesino; el “pelusa”; el delincuente; el cuequero; el estudiante; el

empleado; la lavandera; la cocinera; etc asumiendo, cada uno de ellos, dos o tres roles correspondientes a los demás prototipos. (Segunda hipótesis auxiliar)

4.- Sería una identidad de carácter múltiple, cuyo denominador común estaría constituido por la pertenencia, en cualquier sentido que se desee tomar como punto de análisis, al barrio Estación. Defino como carácter múltiple a la variedad socioeconómica que presenta el universo de habitantes del sector, en el período propuesto. Mi argumento sostiene que la característica “popular” del barrio, si bien es real no constituye, por sí misma, la única forma social existente y definitoria para tal sector geográfico, existiendo otros grupos de carácter bajo-medio y medio que conforman núcleos de intereses y objetivos sociales, que les son propios. (Hipótesis nuclear n° 2)

5.- En el grupo social más popular, denominado, en forma estándar “bajo pueblo”, habría una desaparición de la frontera entre vida pública y privada. En tal sentido, existiría un compartir de vivencias que transformaría la vida privada en una especie de escenario o “gran teatro vital”, donde lo colectivo primaría por sobre lo individual, en forma notoria. Esto sería válido, sobre todo, para aquellas situaciones de sociabilidad relacionadas con la estructura habitacional denominada “conventillo”. Existiría una relación, que reconozco puede ser muy obvia, entre uso del espacio, correspondientemente también espacio de vida privada, y recurso económico. El hacinamiento y la promiscuidad, presentes en tales grupos, algo dicen al respecto. Resulta claro que esta correspondencia es una adecuación a condiciones de alta miseria, que no permiten una mejor forma de vida y que, por el contrario, degradan al sujeto a niveles muy bajos. Así y todo, es posible encontrar formas de sociabilidad al interior de estas unidades, que tipifican a tales núcleos de convivencia. (Tercera hipótesis auxiliar)

Las hipótesis antes expuestas serán desarrolladas en función de los siguientes objetivos:

- 1.- Desarrollar un ejercicio de Historia Local y de Mentalidades.
- 2.- Elaborar un estudio interdisciplinario, enfocado a un período específico de la historia del sector Estación Central, de la ciudad de Santiago de Chile.
- 3.- Utilizar una expresión dancística típica, la **cueca**, como un puente que lleve al conocimiento histórico local, de esa comunidad.

4.- Aportar un relato historiográfico de carácter integral, que sirva no sólo como contribución a la misma disciplina histórica sino que también a cualquier tipo de estudio, que se enmarque al interior de las Ciencias Sociales.

5.- Rescatar la viabilidad del corpus literario como fuente historiográfica.

6.- Analizar un conjunto de variables culturales, sociales y económicas, que permitan establecer un posible marco identitario para el sector Estación Central.

7.- Relatar un período histórico determinado, y circunscrito a un espacio específico, desde el punto de vista del sujeto común y corriente, esto es rescatar la concepción de que todos somos, de alguna u otra manera, actores de la Historia.

8.- Dejar abiertas nuevas posibilidades de investigación para continuar el desarrollo temático en Historia Local, ya sea en este mismo tema o en otros del mismo carácter.

9.- Buscar nuevas perspectivas de análisis que lleven a una mayor profundización en Teoría de Mentalidades.

La llegada a buen término de este trabajo se debió a muchas personas, que se interesaron realmente en la tarea emprendida y aportaron, cada una de ellas, a su modo. Mencionarlas a todas es imposible, sin embargo debo agradecer especialmente a Sonia Pinto –profesora guía de este trabajo– y Manuel Dannemann, por la confianza y paciencia depositada en el autor.

Para finalizar, y a modo de catarsis, esta pesquisa pretende levantarse como una reacción frente a la esponjosa pseudo epistemología postmoderna (para la cual “todo vale”), brillantemente denunciada por Sokal en *Imposturas Intelectuales*, que se ha demostrado tan funesta para las Humanidades y Ciencias Sociales. En tal sentido espero, como investigador, que la historiografía siga siendo el espacio reservado, por tradición y excelencia, al rigor y el método.

# **CAPITULO I. Marco teórico–metodológico: Identidad, Sociabilidad y Mentalidades, para la configuración de una Historia de las Representaciones en el ámbito de la Historia Local**

La investigación propuesta establece el cruce de una serie de variables teóricas, –que no deben ser confundidas con las variables fácticas, enunciadas más adelante– las cuales, desde un enfoque deductivo, pueden ordenarse de la siguiente manera. En primer término, el establecimiento de un gran campo de desenvolvimiento de acciones, que he denominado “Cotidianeidad”: el diario acontecer del hombre común y corriente, que me propongo registrar en el lapso de los cuarenta años que abarca este trabajo.

Estructurado tal contexto, se procedió al desarrollo conceptual de los términos propuestos esto es, **Identidad, Sociabilidad y Mentalidades**, para establecer el **panorama representacional de los actores históricos en el lugar y la época establecidos por este trabajo**. Tal panorama funcionó como columna vertebral del esqueleto de la pesquisa.

## **1.1. Acerca de la Teoría e Historia de las Mentalidades**

Tomando en cuenta los problemas –de muy distinta índole– que debían ser analizados, la Historia de Mentalidades –en adelante HM– se mostró como la herramienta de trabajo más adecuada ya que, siguiendo a Burke:

“...definiremos la historia de las mentalidades en relación con tres rasgos distintivos. En primer lugar, hace hincapié en las actividades colectivas más que en las individuales y presta atención tanto a la gente común como a las elites educadas formalmente. En segundo lugar, no le interesan tanto las ideas conscientes o las teorías elaboradas como los supuestos implícitos o inconscientes, la percepción, las formas del ‘pensamiento cotidiano’ o ‘razón práctica’. Y, por último, le interesa la ‘estructura’ de las creencias, además de su contenido; en otras palabras, las categorías, metáforas y símbolos, cómo piensa la gente, además de qué piensa.”<sup>i</sup>

Me interesa exponer tres grandes problemas teóricos en esta temática; dos de ellos son conocidos y el tercero es reducible a una observación simple, que sirve como respuesta a una pregunta específica. El primero es la confusión corriente entre HM y otros tipos de análisis sobre formas de pensamiento que poseen un carácter sistemático, como la historia de las ideas. **La HM no estudia las sistematizaciones, sino que intenta sistematizar formas de pensamiento que no se presentan cotidianamente estructurados y que se relacionan con los estratos del inconsciente, siendo formas más bien residuales, arcaicas, pero que afloran en determinados momentos de la vida social, demostrando, sino una vigencia, una porfiada pervivencia.**

El hecho de que se relacionen con el inconsciente no significa la pérdida en dudosos abismos metafísicos que, a la larga y como es ya costumbre, nada explicarían. Se trata sencillamente de contenidos culturales no explícitos, no enseñados en forma sistemática y “oficial” Su adquisición es por una serie de vías alternativas, pero no menos poderosas que las oficiales, quizás más poderosas aún, y que incluso pueden –por la misma razón y en determinados momentos– subsumir a los contenidos estructurados.

“...la historia de las mentalidades difiere de otros enfoques de la historia intelectual tales como la ‘historia de las ideas’ norteamericana, la tradicional Geitesgeschichte alemana e incluso la más reciente Begriffsgeschichte. Cabría describirla como una antropología histórica de las ideas. Desde Emile Durkheim, los sociólogos y antropólogos sociales se han interesado por las ‘representaciones colectivas’, las ‘formas de pensamiento’ o los ‘sistemas cognitivos’ de otras culturas. Influido por Durkheim, Lucien Levy-Bruhl contribuyó a poner el término ‘mentalidad’ en circulación con su estudio *La mentalidad primitiva* (1922), donde sostenía que los pueblos primitivos piensan de un modo ‘prelógico’ o ‘místico’.”<sup>ii</sup>

Debo aclarar que las observaciones aquí realizadas se basan tanto en reflexiones personales, como en mi propia experiencia de investigador pues,

“...el concepto está lejos de ser acogido universalmente, no hay que ver con qué dificultad los historiadores, fuera de Francia, han logrado adaptar la noción y aún traducir el término”<sup>iii</sup>

Y se entra así al segundo problema: el jabonoso terreno en el cual este tipo de estudio se desarrolla. El concepto mismo no está definido consensualmente y se supone que, en general, la HM se dedicaría a rastrear:

“...una historia de las actitudes, de los comportamientos y de las representaciones colectivas inconscientes; esto es lo que se inscribe masivamente en el auge de los nuevos centros de interés, el niño, la madre, la familia, el amor y la sexualidad...la muerte”<sup>iv</sup>

Amplitud, desdibujamiento temático, inconsciente, cognición, arcaísmos psíquicos y otras instancias de estudio transformaron a la HM en algo indefinible, y, por lo mismo, al volverse una moda en los 80', corrió un serio riesgo de no ser considerada como una disciplina seria al interior de la historiografía: pareció haber un momento en que cualquiera tenía derecho a hablar de cualquier cosa, en cualquier tono, y a eso se le colocaba el rótulo de HM. Por fortuna, los franceses jamás perdieron los estribos y siempre marcaron una saludable diferencia, con una seriedad heurística que no ha sido superada. Así y todo, la idea de este tipo de estudios nunca fue exclusivamente francesa

“... no se trataba de un monopolio francés; su orientación estaba relacionada con la historia cultural practicada por Johan Huizinga... cuyo *Otoño de la Edad Media*, publicado en 1919, estudiaba las actitudes colectivas, la historia de los sentimientos y, más importante, las ‘formas de pensamiento’ (dedachtensvormen) tales como la personificación y el simbolismo... Huizinga se aparto de Jacob Burckhardt, aproximándose al psicólogo social Wilhelm Wundt, con quien había estudiado en Leipzig.”<sup>v</sup>

Ni tampoco era nueva

“...el interés por estos problemas se remonta al siglo XVIII. Empezaron a emplearse entonces expresiones como ‘modo de pensamiento’, maniere de penser, Dekungsart, etc., generalmente en el contexto de un encuentro de dos culturas distantes en el espacio o el tiempo, en el que el europeo occidental moderno las empleaba para expresar su sensación de distancia respecto a los ‘salvajes’, la Edad Media, etc.”<sup>vi</sup>

Al poseer un cierto desdibujamiento y abarcar un espectro temático, que obligaba a su vez a la utilización de fuentes no consideradas hasta ese momento, el background epistemológico se volvió insuficiente y surgió la imperiosa necesidad de apelar al refuerzo de otras disciplinas, surgiendo un trabajo conjunto con la estadística, la geografía y la psicología, entre otras. Pero, a su vez, surgió un nuevo peligro

“...hoy se puede experimentar el sentimiento de trabajar con una disciplina bulímica, llevada a anexarse sin complejos bloques enteros de la historia: religiosa, literaria, de las ideas, pero también el folklore y toda una dimensión de la etnografía...”<sup>vii</sup>

Serán los historiadores del futuro quienes deberán tener cuidado –y sobre todo sutileza– para establecer las distinciones suficientes y necesarias que eviten caer en ciertos desórdenes epistemológicos, corriendo el peligro de ser acusados de post modernos.

De todas formas, el concepto de “mentalidad” es necesario para evitar dos peligros:

- a) Considerar las expresiones y conductas de épocas pasadas como irracionales o poco dignas de una consideración seria.
- b) Caer en una empatía desmesurada, ya advertida por Lévy Bruhl, creyendo que al ponerse en el lugar de las gentes del pasado, el investigador comprenderá sus pensamientos y acciones.<sup>viii</sup>

El estado actual de la situación no es mucho más promisorio para HM, sin embargo parece haber un mayor refinamiento –en la búsqueda de conceptos menos toscos– para definir los campos de interés de la disciplina.

“En los últimos años este término [mentalidades] ha perdido vigencia y ha sido sustituido por ‘representaciones’ o ‘imaginario colectivo’... en la práctica, la diferencia entre la antigua historia de las mentalidades y la nueva historia de las representaciones no es lo suficientemente grande como para que estas reflexiones hallan perdido su vigencia.”<sup>ix</sup>

Alguien podría pensar que se trata del antiguo truco del “vino viejo en botellas nuevas” aún así una botella nueva garantiza, al menos, una mejor presentación y ésta a su vez obligaría, creo, a un mejoramiento cualitativo de los contenidos, so pena de “espantar a la clientela”.

Finalmente, tercer problema, alguien me preguntó una vez “donde estaban las mentalidades” (?) Respuesta: *en ninguna parte*. No existen fuera del individuo y ni siquiera existen individualmente. Las mentalidades no es “algo” ni una “cosa”: es un sistema complejo de relaciones entre creencias –de igual o mayor complejidad– que se activa al momento de la interacción colectiva.<sup>x</sup>

## 1.2. Acerca de las identidades

Dados los factores de movilidad y dinamismo que caracterizaron a los primeros cincuenta años de la historia del barrio Estación Central, la **migración** se estableció

como una de las piedras angulares para el análisis práctico –no siendo, por cierto, el único basamento sobre el cual se apoyó esta investigación– pues, como proceso enlazador de variables, permitía una serie de respuestas lo suficientemente sólidas para los problemas planteados por la investigación misma.

En ese mismo sentido, la migración, no es sólo una corriente física de individuos, es también el traslado de sistemas de vida, de comunicación, diversión, defensa y reproducción, en otras palabras son las identidades, sociabilidad y mentalidades específicas de esos y/o ese grupo, triada que se está moviendo en forma constante desde un determinado sitio geográfico a otro y termina por instalarse en el punto de llegada.

A la instalación de esta triada, sucede una fase de adaptación a las formas culturales, que se constituyen como nuevas para el inmigrante. El problema a manejar es, ir sabiendo de qué forma el background cultural responde a las necesidades y requerimientos del nuevo entorno. Esto se establece mediante una larga cadena de inputs y outputs, [entradas y salidas]. En términos más claros: ensayos y errores, que van permitiendo una adecuada selección de aquellas conductas y manifestaciones, que sean más pertinentes y funcionales al nuevo contexto.

La selección de conductas conforma un “repertorio” o “caja de herramientas” que se utilizará cuando la –o las circunstancias– lo ameriten. Pero el proceso antedicho, resumido quizás en forma muy simple, encierra una complejidad mucho mayor. No se trata simplemente de una serie de etapas de tomar y dejar elementos, en efecto, la complejidad reside en la creación de estructuras mentales “nuevas”. Justifico las comillas argumentando que lo nuevo hace referencia a un tipo de *estructura mental mixta*, que relaciona, en forma óptima para el sujeto migrante, el background nativo con las exigencias del nuevo entorno.

En otros términos, el sujeto –agente– crea, tanto consciente como inconscientemente, una batería de herramientas culturales, caracterizadas por el cruce entre lo viejo y lo nuevo, que surge como “producto final” (las comillas se explicarán enseguida) de su proceso adaptativo.

En el ámbito de la cultura no existen “productos finales” –utilicé el término para un efecto estrictamente funcional– dada la impronta eminentemente dinámica que caracteriza a ésta: cada “producto” –material o mental– es adecuado mientras responda

a la exigencia del medio y, por tanto, es esencialmente provisorio, ya que puede ser reemplazado por otro, que se muestre más funcional aún al contexto. En conclusión, nacen –continuamente– nuevas formas culturales –nuevas triadas– con un carácter fuertemente híbrido y poseedoras, por la misma razón, de una identidad propia. Cultura definida como repertorio de signos cargados de significados y simbolismos.<sup>xi</sup>

Una hipótesis al respecto establece que, en realidad, todo sistema está resistemizado por el investigador, en base a un modelo existente en su mente (modelo de investigación) y que recrea al sistema real. Como sea, es innegable la existencia de variables que pueden ser observadas, independientemente de la posterior resistemización hecha por el investigador.

Pero, ¿cómo desarrollar la fórmula Identidad–Sociabilidad–Mentalidades, aquí propuesta, en términos que no solamente resulten viables, sino que también arrojen resultados que, por provisorios que sean, permitan al estudioso formar un cuadro cercano a la realidad?

Se trata de enfocar, entonces, cada elemento de la cultura estudiada como un **objeto–material**.

Resulta importante para la definición del objeto, sobre todo si la investigación tiene un carácter historiográfico, apoyarse en gran medida en la **contextualización** de ésta, esto es la ubicación histórico–temporal de ese objeto, para lo cual se establecen una serie de **coordenadas culturales**: sociedad, tecnología, ciencia, cronología y espacialidad y que no serían otra cosa que subsistemas del sistema mayor, –que llamaré por de pronto “sociedad”– subsistemas que están en permanente entrecruzamiento.<sup>xii</sup> Esto es posible porque **todo sistema social es convencional y compartido**.<sup>xiii</sup>

Al cumplir estas dos características es posible rescatar la historicidad, cualidad inherente al ser humano; luego, las probabilidades de establecer un recuento, tanto de “cosas sucedidas” como de “manera de enfocar las cosas sucedidas” –de primera importancia para el estudio de mentalidades– por parte de esa comunidad específica, resultan altamente factibles.

En otros términos, en una determinada unidad de tiempo confluyen ciertas características que son rescatadas por la historiografía, ya que constituirían elementos

que definen a esa unidad de tiempo. Más importante aún resulta –para el análisis– el hecho de que el factor temporal permite establecer una relación entre las estructuras que se resisten al cambio, y aquellas que están en un proceso de emergencia.

Para un mayor desarrollo es posible reforzar la triada *Identidad–Sociabilidad–Mentalidades* con la diada: *Espacialidad–Etnicidad* en donde la variable “Etnicidad” está conformada por dos elementos, uno somático que identifica físicamente al agente portador de tal etnicidad, y uno cultural esto es, el background representacional del mismo sujeto. La etnicidad sería una base, somática y psicológica, que establecería una **forma de construcción del mundo.**<sup>xiv</sup>

La espacialidad estaría dada por el contexto geográfico –denominado también “medio ambiente”– tomando en cuenta, por cierto, que existe una dinámica de interacción permanente hombre–medio. Así, los cambios en esa espacialidad son acciones directas de los agentes humanos, cambios que van desde una adecuación física del entorno, –favorable a la instalación y permanencia en éste– hasta aquellos v.g. relacionados con la administración político–administrativa.

Si se desarrollan los dos enunciados anteriores en términos de grupos urbanos determinados, y ubicados espacialmente en ciertas áreas específicas, entonces se puede hablar de **especificidad local** esto es de sistemas sociales condicionados, en cierta medida y entre otras variables, por la etnicidad, la espacialidad y –lo más importante– **por el conjunto de representaciones mentales que tales sujetos posean como repertorio. Porque tales representaciones ayudarían a explicar el conjunto o sistema social del que los sujetos forman parte y cómo ese sistema –local– se inserta en otro mayor.**

Para el caso puntual del barrio Estación existen varias corrientes étnico–migratorias que confluyen hacia ese espacio–frontera. La más importante, para efectos de este trabajo, es la corriente campesina (etnia mestiza) que al asentarse en la capital y llevar un tiempo de adaptación, se transforma, paulatinamente, en un grupo que denominaré como **“campesinos urbanizados”** con una nueva identidad, a medio camino entre lo rural y lo urbano. Completamente distinto es el proceso desarrollado por los migrantes extranjeros que llegan al mismo sector. En este caso el choque cultural adquiere cierto dramatismo –la conformación de mundo es completamente distinta y, en varios casos,

opuesta– y obliga a esfuerzos no menores, por parte de los recién llegados, a adaptarse aún más rápido que los miembros del grupo campesino, ya que su necesidad de sobrevivencia es, por eso mismo, mucho más urgente.

Si se asimila el enfoque cronológico, o sea la subdivisión de grandes espacios en una serie de espacios más pequeños, el análisis de estos pequeños espacios llevaría a entender el desarrollo de los espacios mayores. la proyección del estudio aquí presentado tendría la pertinencia adecuada en cuanto a mostrar un área geográfico–humana específica y local como es el barrio Estación, enmarcado no sólo por límites político–administrativos –ciertamente variables en el tiempo– sino que también por un desarrollo histórico, con características propias y, por tanto, **identificadorias** de ese espacio geográfico y humano.

Si bien es cierto que los planteamientos anteriores pueden llevar a la vieja discusión del “determinismo geográfico”, no es mi intención plantearla aquí, sino admitir que, si bien el espacio juega un rol de importancia en la caracterización de una identidad local, no resulta en absoluto determinante para su revelación definitiva, siendo más preponderantes **los factores propiamente humanos** que se encuentren en estudio.

En síntesis, una de las formas de enfocar el estudio de las culturas locales es ver a éstas como conjuntos de peculiaridades y los métodos que permiten la distinción de esas peculiaridades en un entorno mayor. Esto lleva a la fórmula unidad–diversidad en la cual la unidad estaría dada, supuestamente por la historia nacional, que presenta una imagen de homogeneidad y estructura, pero que al ser subdividida localmente muestra la emergencia de otras subestructuras que funcionan con su propio ritmo e identidad, a un nivel micro. El funcionamiento de estas microestructuras sólo es parcialmente percible a través de la documentación oficial. Surge entonces el problema de la invisibilidad, los silencios y en el fondo el desentrañamiento de “otra historia” o, dicho de otra manera, la historia de “los otros”:

“El tema mismo de los sectores populares ofrece problemas específicos de conocimiento: casi no hay testimonios de los actores, y toda nuestra información sobre el mismo es indirecta –a menudo de testigos hartos prejuiciosos– y referida a aquellas ocasiones en que los sectores populares emergen y se convierten en un problema.”<sup>xv</sup>

Sobre el mismo problema, Subercaseaux agrega que:

“...en la última década del siglo XIX, la invisibilidad de lo popular, para el resto de la sociedad, constituyó una manifestación más de la inexistencia de un ámbito plural de cultura, un ámbito que tuviese las características de lo nacional popular, y que fuese un espacio de validación y legitimación para los más diversos componentes culturales del país”.<sup>xvi</sup>

Debido a esto la apelación a fuentes alternativas, se vuelve prácticamente obligatoria: literatura (novela social), música (textos) y testimonio oral. De esta manera es posible rescatar no sólo las características identitarias sino que también aquellos rasgos que dicen relación con la sociabilidad y sus fundamentos, esto es la **identidad en la acción colectiva**.

En tal contexto, resulta evidente, para una mayor clarificación terminológica apelar al concepto de **Cultura**, concepto que surge en la medida que se estudian problemáticas relativas a comunidades, identidades y los usos que estas comunidades dan a sus bienes culturales.

Visto así, el concepto de **Cultura** se transforma en una herramienta conceptual y metodológica que permite establecer diferencias al interior de los grupos humanos, considerando, ciertamente, los problemas intrínsecos de tal concepto, tales como su ambigüedad, inagotabilidad y amplitud.<sup>xvii</sup>

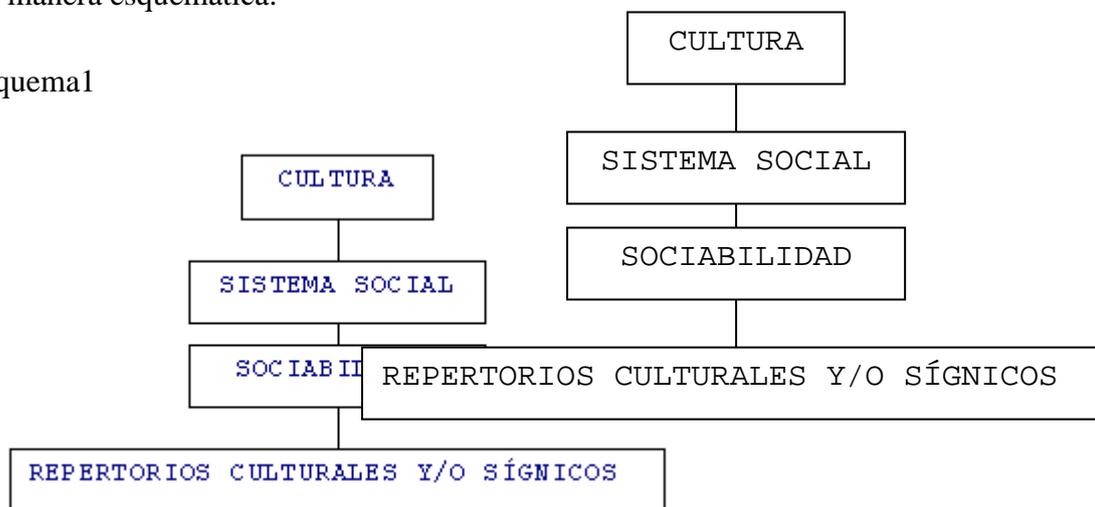
Teniendo en cuenta que los **contenidos culturales** son demasiado amplios, se pasa al nivel de las **instancias culturales**, en donde se presentan dos problemas: el **cómo se comunica la cultura** y las **distintas funciones de un instrumento cultural**. En consecuencia, la cultura funcionaría como un **dispositivo de adaptación del hombre**, siendo su condición *sine qua non*, la coexistencia con el fenómeno de la sociedad. Si bien resulta dificultoso distinguir entre los conceptos de “Cultura” y “Sociedad”, en esta dialéctica el ser humano vendría a ser una especie de eje. Simplificando la discusión, la cultura sería el conjunto de los bienes creados por el hombre a partir de sí mismo o de la Naturaleza. y la sociedad el conjunto de personas que practican en común el uso de esos bienes que pueden denominarse como culturales.<sup>xviii</sup>

Para efectos de este trabajo, interesa el rescate de bienes culturales en la interacción campo-ciudad, o sea aquellos indicios que se han mantenido en el tiempo, transmitidos a través del tiempo y el espacio y que han sido refuncionalizados en forma acorde con las nuevas condiciones enfrentadas, en otras palabras, se trataría de supervivencias de

larga data. Para que este proceso entre en acción, la comunidad debe compartir ciertos elementos que resultan esenciales tales como la historia, la conciencia de grupo, los códigos de comunicación y la similitud de sus miembros.<sup>xix</sup> Por tanto, hay un conjunto – común– de **bienes culturales, que son de dos tipos: materiales y mentales.**<sup>xx</sup>

De manera esquemática:

Esquema 1



Los diferentes usos de estos bienes culturales perfilan una identidad –mejor dicho un conjunto de identidades– que caracterizan a la comunidad usuaria de tales bienes; teniendo siempre presente que una identidad no es una estructura homogénea sino una relación de características que arrojan una forma más o menos distinguible de “construir el mundo y estar frente a él”. En ese mismo sentido:

“La cultura popular no puede ser entendida como la expresión finita o acotada de la personalidad de un pueblo, puesto que tal personalidad no es eterna ni existe como una entidad metafísica a priori, sino que se forma en la interacción de las relaciones sociales, y en una osmosis permanente. Desde esta perspectiva la cultura popular será siempre una cultura de la resignificación, cuyo sustrato es, por una parte, la elaboración simbólica de las propias condiciones de vida, y por otra: una multitud de usos y apropiaciones específicas de temas y formas comunes al conjunto del campo cultural (y de la sociedad)”.<sup>xxi</sup>

En conclusión, todos los factores anteriormente enunciados entran en juego en el período propuesto, desarrollándose un conjunto de características identitarias. Mi intención es develar el entramado de ese juego histórico, para establecer con cierta exactitud las formas y alcance de esas identidades.

### 1.3. Sociabilidad e historiografía

La interacción de los seres humanos, en forma de grupo, trasciende a la conocida categoría del rol individual, enriqueciendo el desempeño del sujeto, que sin dejar de ser el mismo, se transforma en una unidad participativa mediante el contacto con los otros. Puede hablarse entonces de “roles colectivos”, de un determinado conjunto de personas en una instancia v.g. en donde individuos diferentes comparten una acción y un conjunto de conductas y de herramientas o “útiles”, técnicamente códigos y bienes culturales, ya mencionados anteriormente.

La sociabilidad de los barrios “orilleros” presenta a los ojos del historiador una instancia valiosa para la captación de representaciones de mundo, precisamente porque la sociabilidad marginal se caracteriza –literalmente hablando– por la “ausencia de puertas”. La calle del barrio, la orilla de la acequia, el patio del conventillo, el almacén de la esquina, el bar de la vuelta y el prostíbulo de dos calles más arriba, generaban oportunidades de reunión de niños, jóvenes, adultos y ancianos, de ambos sexos, que se transmitían y reforzaban sus representaciones, con mayor razón aún en aquellos espacios que la pobreza obligaba a compartir, pues no existía la vida privada ni en la familia –debido al hacinamiento y la promiscuidad– ni fuera de ella, a raíz de la cercanía con los otros que impusieron el rancho, el conventillo y, más modernamente, la mediagua.

La sociabilidad, enfocada no sólo como término, sino también como método –tanto auxiliar como autónomo– ha sido de enorme utilidad para entender mejor el problema epistemológico –hasta el momento sin solución– de las mentalidades, en tanto manifestaciones cognitivas de carácter colectivo y ligadas al plano inconsciente.

La sociabilidad estudia también manifestaciones colectivas, con la diferencia que estas últimas aparecen en forma explícita, haciéndose notar, y colocando en evidencia los códigos en juego al interior del grupo, en términos relativamente claros. Por otra parte, los participantes parecen manejar en forma idónea estos mismos códigos, teniendo consciencia no sólo del *cómo*, sino también del *por qué*, o *por qué creen* que lo hacen.

“Aries reconoció en la sociabilidad...otra área del gran campo de investigación que estaba delimitando. Si la actitud frente a la vida y la actitud frente a la muerte, si el amor conyugal o matrimonial son más allá de una falsa apariencia, hechos de orden más bien cultural que natural, si

tales hechos han variado en el curso de la historia con mayor razón pueden haber también variado las maneras de frecuentar a los vecinos, de ir a una fiesta con los amigos, o las formas de comportamiento en un lugar público. La sociabilidad en tanto marco de observación y clasificación de lo intersocial cotidiano podría tener fácilmente cabida en la investigación histórica, en la medida en que las mentalidades colectivas en general comenzaban a ser acogidas por ella; y, a su vez, reforzaba esta tendencia historiográfica.”<sup>xxii</sup>

Es a partir de tal explicitación, que la teoría de mentalidades hurga en busca de lo no mostrado e inconsciente.

“Las relaciones codificadas entre los individuos están presentes incluso en el nivel más informal de los hábitos o las maneras,, en el hogar, el taller o la oficina, en la calle y el espectáculo. La sociabilidad de lo cotidiano es inmensamente extensa e infinitamente variada, sin por ello estar organizada.”<sup>xxiii</sup>

Siguiendo la línea anterior, la unión sociabilidad/mentalidades contribuiría a una cuadrícula, relativamente viable, de la historia de la vida cotidiana, proyectada –en esta investigación– a la realidad y configuraciones de mundo, del pueblo bajo y medio.

“Nos parece que...la noción de sociabilidad ha contribuido...a revalorizar la historia de la vida cotidiana. Ciertamente, ésta siempre ha existido justificada suficientemente por sus valores descriptivos y pintorescos: saber cómo nuestros antepasados comían y bebían...vestían y abrigan, cómo circulaban por las rutas, etc. Nunca faltaron tampoco los apuntes sobre las costumbres, las buenas maneras...la cortesía, el esparcimiento, las diversiones, en fin sobre el comportamiento del individuo entre sus prójimos.”<sup>xxiv</sup>

En síntesis, existirían dos horizontes en el suelo colectivo. Uno evidente en tanto manifestación social y cuyo campo sería específico del estudio de las sociabilidades. Otro, ubicado inmediatamente bajo el anterior, que sería propio de la teoría e historia de las mentalidades, constituyendo una verdadera *arqueología del inconsciente*.

## **1.4. Acerca de las relaciones entre Historia y Literatura**

La literatura, de carácter realista, entrega lo que he denominado una *visión interna* de los hechos, interna en el sentido de mostrar la vivencia del actor histórico (histórico–ficcional), *a partir de él mismo*. Para una validación del texto literario realista –como fuente de estudio– los contenidos de éste deben ser comparados con la documentación standard, que revela una externalidad con respecto a los hechos, los cuales, a diferencia

de la novela, son mostrados en panorámica, a través de leyes, decretos, estadísticas, reglamentaciones y memoranda. Con este argumento, se puede observar un cambio epistémico en el status tradicional de la obra literaria:

“La literatura no sería... un pasatiempo, al contrario, constituiría un reflejo consciente e inconsciente de creencias, actitudes o hábitos típicos de un estrato o clase social de un período dado.”<sup>xxv</sup>

Retomando la idea de internalidad, la literatura se vuelca hacia los espacios íntimos y las pequeñas historias del hombre común:

“La literatura también es una de las mejores fuentes para penetrar en los espacios interiores o cotidianos, llegando a problemáticas existenciales... el aporte a la biografía, a la prosopografía, a la historia social en general, es desde ya estimable...”<sup>xxvi</sup>

El equilibrio entre internalismo literario y externalismo documental, (equilibrio que no es otra cosa que la confirmación del dato novelesco en la fuente primaria) es lo que permite al investigador el establecimiento de un cuadro histórico muy cercano a la realidad. La literatura, al menos la realista, queda así validada como fuente auxiliar, habiendo pasado, previamente, por una previa etapa de selección rigurosa de los textos más pertinentes al tema de investigación que se está desarrollando.

Para el caso puntual de esta investigación, el problema de la distancia entre texto ficcional y documento de archivo no existió en la práctica, pues las novelas escogidas sufrieron una confirmación casi del 100%, al estar estos mismos textos, desde su ficción, apoyados en la realidad. Lo anterior no se debió a un mero apoyo en la contingencia o a un alarde de imaginación por parte de los escritores seleccionados. Estos, como sujetos, no sólo habían sido testigos de su tiempo, sino que también, en más de un caso, habían sufrido en carne propia experiencias, que sirvieron como materia prima de sus relatos. Por eso mismo, gran parte de esta literatura posee un fuerte carácter denunciante de un sistema político, que descansaba y –peor aún– desarrollaba sobre bases de profundos desequilibrios económicos y sociales.

Las obras seleccionadas para esta pesquisa cubren la misma cronología sobre la que descansa este trabajo, siendo –en las novelas– la fecha más temprana 1918 para **La cuna de Esmeraldo** editada originalmente en Francia (en Chile editada como **El Roto**, en 1921) y la más tardía 1964 para **Sombras contra el muro**. Una excepción al corpus

de textos lo constituyen dos autobiografías: **Memorias de un inmigrante** de Benedicto Chuaqui (1895–1970) y **Esta boca es mía** de Alberto Spikin Howard, las que, como tales, se proponen construir un relato fiel a los hechos.

Un dato no menor es que los autores estudiados abarcan un espectro social muy amplio que va desde Nicomedes Guzmán a Joaquín Edwards Bello, por mencionar los casos extremos, lo que de alguna manera, pienso, puede servir para el establecimiento de parámetros comparativos en estilo e información. Estos novelistas cumplieron un papel importante en la época que aquí se estudia, a decir de Walter Fuentes:

“...la aparición de estas novelas es coincidente con una época de crisis y cambio en la historia nacional, que terminó demostrando el anacronismo de los modelos tradicionales de sociedad... Un aspecto esencial de esta nueva novelística es que, en ella, la figura del “roto” fue elevada a la categoría de héroe –casi siempre trágico– por estos autores perdiendo el aire anecdótico, decorativo y pintoresco que había tenido en las obras literarias de etapas precedentes. Se vuelve de esta manera –y en forma paradójal– mediante la ficción, en actor histórico..”<sup>xxvii</sup>

En rigor, no podía ser de otra manera ya que el principal protagonista de la aventura urbanizadora fueron los migrantes campesinos y extranjeros, bajo pueblo rural –en ambos casos– que dará origen a la cultura popular urbana.

Resultaba evidente que los documentos oficiales sólo mencionarían a estos individuos sólo para efectos de dificultades, enfermedades y, –desde un punto de vista político– potencial peligro para el sistema establecido, en síntesis, la mera estadística. La literatura –al destinar para el roto el papel principal– cubrió, sin querer, los requerimientos de información que las fuentes oficiales no daban a conocer o, al menos, no tan claramente, para este tipo de sujeto.

“Desde que la literatura refleja, directa o indirectamente, el proceso histórico y social de las naciones, es natural que el estudio de esa literatura lleve a veces a la explicación y la comprensión de sucesos cuya entraña no se encuentra en las estadísticas ni en la diplomática. Ahí radica en buena parte el valor humano de la obra literaria, cuyo mérito o desmérito estético pasa a un segundo plano, cuando lo que interesa es esencialmente lo que se refiere a la vida de la comunidad y al individuo que la integra.”<sup>xxviii</sup>

La historiografía, utilizando la documentación, construye modelos de desarrollo social, insertos en periodificaciones determinadas, por medio de la resemantización de los

hechos, –elaborada por el historiador– en síntesis, modelos de mundo que se acercarán a lo “realmente ocurrido”. Se trataría, en un segundo paso, de establecer si el mundo armado en forma literaria se acerca al mundo construido historiográficamente. Ya se dijo cuáles a mi juicio eran los criterios para validar la fuente literaria, sin embargo este tópico resulta más complejo:

“El texto literario construye un modelo del mundo. La semiótica –que en este punto se identifica con la crítica– debe realizar la difícil tarea de hallar en un texto determinado lo que representa la realidad, según los estereotipos de una cultura dada y lo que propone realidades distintas...”<sup>xxix</sup>

Y el modelo de mundo, cualquiera sea éste, debe poseer un sentido, sentido que está dado por los conjuntos de enunciados y proposiciones que dan cuenta de ese mundo, enunciados y proposiciones que adquieren significado en cuanto son de uso comunitario y refieren al mundo **de la misma manera que lo hacen para el resto de la colectividad.**

“...el sentido del mundo es nuestro discurso sobre el mundo...una actividad semiótica que el individuo puede ejercer tan sólo en conexión con la colectividad, es decir, con la cultura.”<sup>xxx</sup>

En resumen, se trataría de la captación de la realidad mediante las construcciones discursivas, en este caso literarias, pero salvaguardando aquellos puentes que median entre ésta y lo propiamente fáctico, es decir los sistemas de ideas y conceptos de una determinada sociedad.

“Las investigaciones filológicas e histórico–lingüístico se pueden llevar hacia una visión sociológica del desarrollo cultural (esto sino se refieren a ella ya de modo explícito). Tanto si se parte de un análisis directo de las relaciones entre centros geográficos y entre estratos cultural y económicamente diferenciados, como si se basa uno en los aspectos lingüísticos que originan estas diferenciaciones, es indudable que el texto (un documento o un testimonio literario) es una imagen precisa de estas relaciones observadas a través de la trama del lenguaje, con su presencia totalizadora y con la masa de indicios de procedencia que acarrea de manera incontrolada, ofrece el modo más seguro para relacionar una obra con el contexto cultural en que aquella ha visto la luz. Pero un análisis sociológico exige también que se hagan evidentes los nexos activos entre la sociedad y la obra literaria; en ella habrá que detectar...su capacidad de reflejar y de desvelar...Esta relación dinámica entre obra y sociedad no puede ser interpretada o descrita mediante conexiones directas entre actividades tan heterogéneas como la invención poética y la praxis ético–

política. La mediación la llevan a cabo los sistemas de ideas y de conceptos, que se hallan presentes, y son incluso determinantes, tanto en el terreno de la creación literaria, como en el de elaboración de proyectos y de la actividad civil.”<sup>xxxii</sup>

## **1.5. Elementos para el análisis del proceso histórico del barrio Estación Central**

Elementos coadyuvantes en tal proceso fueron: a) el desarrollo económico del país, b) el auge ferrocarrilero desde mediados del siglo XIX y c) la anexión de las riquezas salitreras, lo que permitió una disponibilidad de recursos económicos nunca antes vista, consecuentemente, el desarrollo material no se hizo esperar, si bien una buena parte de él sirvió para aumentar, a su vez, las nada despreciables fortunas de la élite local, cuyo poder económico, basado en la tradicional tenencia de la tierra ya se había acrecentado con las explotaciones mineras y un período de auge exportador, que tuvo un brusco final. El desarrollo material e industrial, aunque incipiente, necesitó de la mano de obra indispensable para movilizar la economía nacional. Lentamente pero no con menos seguridad, la nación comenzaba a salir de la eterna dependencia de la tierra, para ingresar a la modernidad de la fábrica y la metrópoli. Estos factores no dejaron de tener consecuencias para el sector urbano aquí estudiado.

La primera de ellas fue un poblamiento paulatino y cada vez más acelerado de la zona sur-poniente, fruto de una migración sostenida tanto desde las áreas rurales como de países extranjeros, en la forma de una “colonización” que iba abriendo las fronteras de la ciudad.

La segunda fue una emergencia de tipos humanos asociados a los trabajos y roles desempeñados, casi siempre en íntima unión con las labores del ferrocarril, sin embargo debe advertirse que la “tipología ferroviaria” no es la única surgida en esta zona, ya que enriquece otras figuras preexistentes típicas del patrimonio humano y folklórico nacional, tales como el “roto”, la “cantora”, el cuequero, etc. que, junto a los ferroviarios, le dieron una personalidad al barrio Estación que muy pocas zonas urbanas de la capital pudieron exhibir, al mismo nivel. Sobre este punto cabe decir que, aunque parezca obvio, se da en los mismos sujetos un dinámico intercambio de roles, pudiendo –por ejemplo– un silencioso funcionario del tren ser un entusiasta cultor del baile nacional y así, mutatis mutandis, para cada caso.

En tercer lugar, siendo una “zona de frontera”, la imposición de la ley y el orden era bastante difícil, zanjando sus habitantes la justicia por mano propia, sobre todo en el caso de aquellos elementos que se encontraban fuera de la ley y que en el barrio constituía un número sorprendentemente alto, ya que la propia lejanía del sector era aprovechada por estos sujetos para evadir la legalidad. De esta forma, existió una marcada cultura de la violencia cuyo principal símbolo lo constituía el arma blanca (puñal, cuchillo, cortaplumas, estoque, etc.) con la cual se dirimían la mayor parte de las discusiones y, casi todas las veces, con resultado de muerte.

Un cuarto punto –y que es común a otras zonas con similares características de origen– es el marcado acento de pobreza de los habitantes del sector. El sufrimiento constante frente a los embates de la Naturaleza, las enfermedades y las necesidades vitales, transforman –para el historiador– las vidas de sus moradores en un sobrecogedor relato de angustias cotidianas, teniendo como telón de fondo la violencia, el alcohol y la miseria, llegando muchos de estos cuadros a convertirse –por la misma razón– en caricaturas grotescas, al grado de lo inverosímil, pero que el documento demuestra, dolorosamente, su plena realidad.

Una quinto elemento a considerar es que, basado en lo anterior, las válvulas de escape se abrían al máximo, cuando la ocasión lo ameritaba, estallando en el aire una ruidosa cueca y llenándose las mesas con botellas y damajuanas. De allí la importancia de la cueca, no sólo para el sector estudiado, sino que también para la mayor parte de los grupos populares santiaguinos entre 1900 y 1940, manifestación predominante hasta, por lo menos, 1937. Hoy es difícil imaginarse la vida cotidiana con una cueca de fondo, pero así fue durante un período importante de la historia de este país. El canto cuequero no sólo fue una manifestación de alegría sino que también un parámetro de la sabiduría popular, de la filosofía del pueblo para enfrentar una dura existencia y una forma de medición de la inteligencia de los propios cultores, que se desafiaban en forma permanente, ya fuese en certámenes individuales o colectivos. Por último, esta expresión rescata la tradición oral popular que contaba noticias y novedades, manifestada ya en la poesía de cordel, en los contrapuntos, etc. Desde ese punto de vista, resulta –a partir de un enfoque historiográfico– una fuente de primera importancia para la historia social, local y de las mentalidades.

En sexto lugar, resultan típicas las condiciones de atraso material e infraestructura urbana, que no sólo están relacionadas con la pobreza intrínseca de sus habitantes, sino que también con el descuido e indiferencia por parte de las mismas autoridades: el aire semirural del sector Estación permanecerá, por al menos. los primeros cuarenta años del siglo XX.

Finalmente y para una mayor clarificación conceptual: cuando hablo de identidad me refiero, en realidad, a un cruce de elementos culturales de carácter fuertemente heterogéneo que terminan conformando no *una* identidad sino una *serie de identidades*, que se desprenden de ciertos elementos, de distinta categoría, a considerar: Estos elementos cubren el aspecto humano, rol, actividad, territorialidad y background cultural precedente. La puesta en acción de estos elementos, frente a una determinada situación, arroja un resultado observable que se puede denominar como forma de respuesta o comportamiento. Luego, la clasificación y seriación de tales respuestas, – basándose en la regularidades detectadas en éstas– posibilitaría establecer una aproximación hacia un cuadro de identidades, más o menos singulares que permitiría definir el modo de ser y estar de los sujetos en ese tiempo y lugar.

Tomando en cuenta los elementos de análisis anteriormente enumerados –y que no pretenden en caso alguno cubrir todas las variables posibles de ser estudiadas– se pasará al desarrollo de los procesos fácticos que conformaron la vida del barrio Estación entre 1900 y 1940.

## CAPÍTULO II. El Barrio Estación: identidades y sociabilidad entre 1900 y 1940.

“Los nombres de las calles, de las plazas, los monumentos, son la reproducción de la historia de un lugar. Este modelo de ciudad, que se encuentra diseminado en Chile, consiste pues en un espacio antroposemiótico por excelencia. Un espacio cruzado por ejes significativos, por sistemas de significación...La arquitectura de la ciudad es un punto de encuentro entre muchos códigos, cromáticos, icónicos, funcionales, etc. Los materiales, el estilo, la ubicación, todo tiene un sentido, es decir, es transferible a otros sistemas de significación, el lenguaje, por ejemplo. Los barrios, avenidas, nombres de las villas o poblaciones no sólo tienen una significación sino que también una historia. También tienen una historia las calles, esquinas, plazas, dentro de una ciudad. Una historia...siempre por escribir.”

**Manuel Jofré. Hacia una semiótica de la cultura urbana.**

“...ese barrio que es una mancha para la civilización”

**Antonio Acevedo Hernández. El barrio Estación**

*Las ciudades y la memoria*

“En Marilia se invita al viajero a visitar la ciudad y al mismo tiempo a observar viejas tarjetas postales que la representan como era: la misma vieja plaza idéntica con una gallina en el lugar de la estación de autobuses, el quiosco de música en el lugar del puente, dos señoritas con sombrilla blanca en el lugar de la fábrica de explosivos. Puede ocurrir que para no decepcionar a los habitantes, el viajero elogie la ciudad de las postales y la prefiera a la presente, aunque cuidándose de contener dentro de límites precisos esa pesadumbre ante los cambios: reconociendo que la magnificencia y prosperidad de Marilia convertida en metrópoli, comparada con la vieja Marilia provinciana, no compensan cierta gracia perdida que sin embargo se puede disfrutar sólo en las viejas postales, mientras que antes, con la Marilia provinciana delante de los ojos, de gracioso no se veía realmente nada, y mucho menos se vería hoy si Marilia hubiese permanecido igual, y que de todos modos la metrópoli tiene este atractivo más: que a través de lo que ha llegado a ser se puede evocar con nostalgia lo que fue.”

**Italo Calvino, Las Ciudades Invisibles.**

“...la necesidad (salvo en la investigación oral) de recurrir a un enfoque indirecto de los rasgos de comportamiento colectivo. Esta historia es historia de un silencio, silencio de los interesados, silencio mantenido por la sociedad en su lugar...”

**Michelle Vovelle, Ideología y Mentalidades.**

## **2.1. Marco geográfico y antecedentes más tempranos**

Actualmente, parte del área geográfica investigada en este trabajo recibe el nombre de “Comuna de Estación Central”; siendo sus límites los siguientes: norte, Alameda Libertador Bernardo O’Higgins, Avenida Pajaritos y ruta 68 a Valparaíso; sur, Autopista del Sol, que sigue un delineamiento paralelo al antiguo límite del Zanjón de la Aguada; Este, calle Exposición al costado de la estación de ferrocarriles; Oeste, Avenida Pajaritos, hasta la altura del 4000, aproximadamente. El espacio comunal antes delimitado, es cruzado por avenidas que forman parte sustancial de la historia más antigua del sector y que resultan, de alguna manera, casi emblemáticas, es el caso de Avenida 5 de Abril, Avenida General Velásquez, Las Rejas y Avenida Los Pajaritos, ya mencionada.

El término “comuna” para el tradicional sector conformado por la Estación Central y sus zonas aledañas, resulta altamente equívoco. Si se desea hacer un enfoque historiográfico del problema, resulta mucho más funcional hacer la definición en términos de “épocas”. En palabras comprensibles, el “barrio Estación” va a ser definido, más que por las directivas de gobierno, por una serie de “marcas” mucho más complejas definidas por sus propios moradores, en un momento cronológico y un contexto histórico específicos. Ciertamente es que la ciudadanía común ubica con cierta claridad el sector, y la mole del edificio ferroviario resulta característica en términos de localización. Sin embargo, el análisis documental permite establecer que ha habido cambios significativos en lo que respecta a la extensión física, mayor o menor, de esta zona, v.g. su delimitación en 1891 era la siguiente:

“Distrito Subdelegación

Municipio de Maipú

1.- Población Valdés

2.- Cerrillos

3.- Lo Tagle

9ª Chuchunco

1.-Las Rejas

2.-Maipú

3.-El Bosque

10ª Pajaritos

1.- El Encañado

2.- La Capilla

3.- La Rinconada

11ª Maipú

Radio Urbano

1.- La Capilla

2.- La Estación

3.- Tacna

25ª Urbana Ugarte 4ª Comuna Estación.<sup>»xxxii</sup>

Treinta y cuatro años más tarde, la “subdelegación novena rural Chuchunco” pasó a formar parte de la recién creada Comuna de Lo Espejo, por decreto de la Junta de Gobierno<sup>xxxiii</sup>. En 1927, el Ministerio del Interior presentó un proyecto de división comunal, elaborado por la Inspección General de Geografía el año anterior. Según tal proyecto, Ugarte, Gasómetro y Yungay quedaban como comunas al interior de Santiago<sup>xxxiv</sup>. Dos años después, Chuchunco es segregado de Lo Espejo e incorporado a Santiago<sup>xxxv</sup>.

Ampliando la idea anterior, estas delimitaciones son sólo un aspecto más dentro de la reciente, pero no por eso menos activa, vida histórica del sector. A través de un gradual

desarrollo, sus límites han sufrido una serie de notables transformaciones, al punto que es imposible hablar, a través del tiempo y en términos generales, de una unidad jurídico-administrativa mantenida en el largo plazo –cualquiera sea la índole de ésta– llámese comuna, delegación, subdelegación, cuartel, parroquia, etc.

Si bien las fronteras pueden modificarse por decreto, la investigación realizada descubre características identitarias, que entregan un cuadro de cierta unidad, guardando una relación mucho más férrea con otro tipo de variables: tipos humanos, costumbres, cotidianeidad, música y trabajo, entre otros. Lo que intento establecer es una definición del sector estudiado a partir de tales variables, más que detenerme en los cambios geográficos. En síntesis, el concepto de “barrio” –al menos para esta investigación– parece ser mucho más adecuado y abarcativo, tanto cultural como geográficamente, que el de “comuna”, más restringido desde todo punto de vista. De hecho, la prueba más contundente de lo que afirmo es que la actual comuna de Estación Central no cubre todo el espacio que alguna vez llegó a ser identificado como el “barrio Estación”.

El barrio, que en adelante llamaré “Estación”, –para obtener una cierta idea de unidad, aunque sea a nivel psicológico, y sobre todo de resguardo histórico de tal nombre– se ubicó en lo que antaño constituía el límite poniente de la ciudad, en términos más específicos el sur-poniente. Si bien la ocupación jurídica de ese sector se remonta a la época colonial, el poblamiento es muy tardío, correspondiendo principalmente al período de la segunda mitad del siglo XIX en adelante, generándose un proceso que ha continuado hasta el día de hoy.

En primer lugar, el sector es histórico en el sentido de que es una de las áreas más antiguas de Santiago. En efecto, las primeras menciones acerca de la zona se encuentran ya en la época de Pedro de Valdivia, cuando éste cedió terrenos en esa área a Diego García Cáceres y Alonso de Monroy marcando el límite poniente de la ciudad recién fundada<sup>xxxvi</sup>.

Las concesiones continuaron con mercedes de tierras cedidas a Gabriel de la Cruz, en 1546, en los terrenos específicos de “Chuchunco”, –denominado así por los mapuches y cuya traducción es “donde se esconde el agua”–, aún más al poniente que los de García Cáceres<sup>xxxvii</sup>.

Gabriel de la Cruz conservó sólo la mitad de la concesión, vendiendo la otra mitad a Antonio Zapata. Hasta el siglo XVII, esas propiedades se mantuvieron al interior de la línea familiar de los de la Cruz. La parte correspondiente a Zapata se enajenó al correr del tiempo. Finalmente, otra parte fue cedida al mismo Alonso de Monroy<sup>xxxviii</sup>.

Es de suponer, siguiendo a León Echaíz, que desde un principio la futura Alameda, – “Cañada”, en la Colonia– adquirió una marca distintiva, según el sector al que se hiciese referencia:

“La Cañada adquiere una larga extensión de oriente a poniente, que sobrepasa los tradicionales linderos de la ciudad. Se forman en ella sectores, con aspecto físico diferente, con características e idiosincrasia también diferentes. Al sector oriente, que pasa frente al convento de las monjas carmelitas, se le llama ‘Cañada del Carmen’; al sector central se le designa como ‘Cañada de San Francisco’; y a su extremo poniente ‘Cañada de San Lázaro’, desde el lugar en que enfrenta la parroquia de ese nombre.”<sup>xxxix</sup>

Este dato me parece importante, ya que estaría revelando que las formas identitarias aparecen tempranamente en la historia de la ciudad, marcando una serie de primeras improntas, que luego serán mantenidas o variadas, según las circunstancias específicas de cada historia local.

En tal sentido, la impronta del barrio Estación y el sector inmediatamente vecino ubicado también, al sur poniente de la misma –llamado, para todos los efectos, Chuchunco– fue, desde sus orígenes, **claramente rural**. Esta característica bien podría no llamar la atención en un primer momento, dado que todas las zonas, tanto de la misma capital como circunvecinas, tuvieron esa característica, incluso hasta bien avanzado el siglo XIX.

“Diversos autores han coincidido en señalar que desde la segunda mitad del siglo XIX se vio incrementada notoriamente la migración de población desde el campo a las ciudades. Buscando mejores expectativas de vida, acudiendo al llamado de los trabajos públicos y privado... o simplemente buscando el arranchamiento junto a sus pares sociales ya establecidos, en barrios que muchas veces habían sido acomodados intencionalmente por sus dueños, para lotearlos y alquilarlos a los inmigrantes del bajo pueblo, los sectores populares acrecentaron notoriamente los espacios suburbanos formando un verdadero ‘colchón’ entre los habitantes propiamente ciudadanos y los rurales, al mantener las características sociales, económicas y sociológicas propias de estos últimos. De esta forma, esos grupos concentrados en los márgenes de las

ciudades, dieron vida a un espacio propio donde los comportamientos y las formas de sociabilidad repetían las características del mundo rural...”<sup>xl</sup>

Lo destacable aquí es que mientras las áreas ubicadas en y hacia el centro de la capital adquirían un acento cada vez más urbano, los sectores correspondientes a la Estación y Chuchunco conservaron una personalidad, que he denominado para fines de este trabajo como “urbana mestiza”, esto es que, sin dejar los antecedentes campesinos con sus características culturales, este sector va asumiendo, de manera paulatina, aquellas formas propias de la urbe, tanto en lo material como en lo cultural. El resultado es una “cultura de frontera”, mixta por definición, que muestra rasgos y bienes culturales tanto campesinos como urbanos.

“Hasta mediados del siglo (1850) ese sector mantenía un aspecto eminentemente campestre, pues el precario sector poblado... sólo alcanzaba hasta el callejón de Ugarte (San Ignacio) y sólo en la parte exterior que deslindaba con la Alameda. Lo de ahora es sólo campo...continuo, cerrado, sin más interrupciones que los callejones de Padura (Almirante Latorre) y del Portugués (Molina), que lo atravesaban en dirección al sur. Más adelante, alrededor de 1860, se trazó el callejón o calle de Vergara, por en medio de la chacra de don Francisco Vergara, que no fue en sus comienzos mas que un sendero rural. En este campo existían pequeñas fincas agrícolas, restos de las antiguas chacras, con terrenos de cultivo y algunos viñedos...

- 1.-Chacras de Juan Francisco y José Gregorio Castro
- 2.-\_\_\_\_\_Pedro Devia
- 3.-\_\_\_\_\_Máximo Valdés, Antonia Vergara de Valdés, Borja Valdés y Francisco Vergara Rencoret
- 4.-\_\_\_\_\_Ovalle y Ramón Montt Albano (Entre Carrera y Padura)
- 5.-\_\_\_\_\_Fco. de Paula Echaurren (Entre Padura y Av. España)
- 6.-Quinta de Enrique Meiggs, en las inmediaciones de Av. República y Av. España.
- 7.-Chacras de Domingo Tagle Arrate, y Ramón Montt Albano (Desde Callejón del Portugués (Molina) hasta Exposición.”<sup>xli</sup>

La denominada “chacra de Chuchunco” –que supongo era el mismo fundo de fines del siglo XIX – pasó a manos de los herederos de Francisco de Borja Valdés Huidobro y su mujer Dolores Aldunate Larraín, en el año 1861.<sup>xlii</sup>

Para tener una idea del valor de las tierras correspondientes al barrio Estación se puede mencionar la información obtenida del Padrón Agrícola correspondiente a los años 1896 y 97. Según ésta, los predios más valiosos eran “San José de Chuchunco”, de Ramón Rivas, “Las Rejas” de Felipe y Carmen Ossa, “Los Pajaritos”, de Alejandro Vial, y “Lo Espejo”, de Conrado Cuevas.<sup>xliii</sup>

Lentamente, el sector se fue urbanizando, se lotearon las antiguas fincas, se trazaron calles y se inició la construcción de poblaciones. Esto comenzó alrededor de 1850, continuó durante la intendencia de Vicuña Mackenna, y con posterioridad a ella.<sup>xliv</sup>

“...en 1850 y siendo Intendente de la Provincia don Francisco Bascuñan Guerrero, se abrió una amplia calle que corría de norte a sur y contigua al antiguo Callejón del Portugués. Se le llamó más tarde ‘calle Bascuñan Guerrero’ en homenaje al intendente que la hizo abrir. Estaba ubicada en tierras de los señores Domingo Tagle y Ramón Montt Albano. Esta calle se pobló rápidamente, mediante la venta de sitios en sus costados, y se construyeron en ella buenas habitaciones. Pocos años después los vecinos, que ya eran numerosos, pidieron que se la dotara de alumbrado a gas. Bastaba para ello colocar siete faroles a lo largo de la calle; pero como la contribución que los vecinos pagaban no era suficiente para atender este gasto, por la exigüidad de los avalúos de las propiedades, fue acogida la petición bajo la condición de que se pagara una contribución del dos por ciento sobre los avalúos, en lugar del uno por ciento que estaba vigente...la calle...era un conglomerado enteramente aislado. Era una larga vía rodeada de campo y de terrenos baldíos por sus dos costados...Sus habitantes, para dirigirse al centro de la ciudad o a la Estación de los Ferrocarriles, debían dar un largo rodeo, saliendo a la Alameda. Empezó entonces la presión para que se construyeran calles laterales...Ovalle y Montt Albano...procedieron a lotear sus terrenos formando dos poblaciones conjuntas con sus correspondientes calles...”<sup>xlv</sup>

El desarrollo, motivado por la ocupación y la necesidad de cubrir los requerimientos de la población allí instalada continuó, en una etapa posterior

“...hacia 1868,... Domingo Tagle y Ramón Montt Albano...realizaron allí un amplio plan de urbanización. Vendieron numerosos sitios a las personas que deseaban poblarse en el sector...cedieron gratuitamente espaciosa calles...colocaron pilas...entregaron a la autoridad cuanto espacio era necesario para futuras mejoras, solicitaron alumbrado

público, y con su propio peculio realizaron trabajos de pavimento y plantaciones...la venta de sitios se hizo con gran facilidad y rápidamente se construyeron casas en ellos. Fue trazada la Avenida que después se llamó Exposición, paralela a la línea férrea, la de ‘Hermanos Ugarte’, llamada después ‘San Alfonso’; y la de la ‘Fundición’, llamada después ‘Unión Americana’. Se urbanizó también el callejón del Portugués, que pasó a llamarse calle ‘Molina’; y se formó el ‘Pasaje Ugarte’ (hoy Philippi), en terrenos de don Domingo Ugarte, que se encontraban intercalados en la propiedad de los señores Tagle y Montt. La calle Bascuñán...quedó incrustada en medio de este conjunto. Al mismo tiempo, se trazaron...las calles transversales, rectas y regulares; y se tuvo la visión de hacerlas coincidir con la línea de las calles transversales que se habían trazado en la población Ovalle-Montt Albano, aun cuando por el momento no empalmaban con ellas por interponerse propiedades rurales, especialmente las chacras o ‘quintas’ de Enrique Meiggs y Francisco de Paula Echaurren. Estas calles no tuvieron nombre en un principio, sino solamente un número.”<sup>xlvi</sup>

Acerca del mismo fenómeno, Armando de Ramón agrega que el alza de valor en los sitios permitió a los propietarios el realizar divisiones, aperturas de calles y otras obras, permitiendo la microparcelación de los terrenos, los que se incorporaron a la traza urbana, de ahí el alza de su precio. El loteo coincidió con las políticas de desarrollo impulsadas para Santiago, en 1870. En resumen, la parcelación –de iniciativa particular– marcó el desarrollo urbano.<sup>xlvi</sup>

El trasfondo de este fenómeno era, sencillamente, el problema de la incapacidad infraestructural urbana para atender las demandas crecientes de una población recién llegada y de aquella que seguía instalándose en la capital.

“...lo que primero no pudieron dar las ciudades a los migrantes fue la habitación. Además la presión demográfica hizo subir los alquileres de modo que las antiguas casonas puestas en arriendo por sus propietarios, se van a ir convirtiendo en conventillo (sic), al dividirse, en varias habitaciones...Con el tiempo en estos vetustos edificios se iba deteriorando todo...La infinita subdivisión dio lugar a los ‘cuartos redondos’, denominados así por la falta de ventanas...”<sup>xlvi</sup>

La consecuencia directa de esto, aparte del poblamiento, fue la marcada segregación espacial, en el sentido de que determinados sectores de la ciudad quedaron “asignados” a los estratos sociales más pobres, mientras que, al mismo tiempo, los propietarios originales veían multiplicadas sus entradas gracias al sistema de arrendamientos.<sup>xlix</sup> La cruel paradoja era que el arriendo pagado por los miserables, aumentaba la riqueza de

los plutócratas. Un ayudante de administración de la época relata el mecanismo de cobro:

“Entre sus negocios tenía un plan de inmundos conventillos que explotaba a tanto la pieza por semana. Su precio era entre tres y cinco pesos la pocilga de barro. Los domingos en la mañana salíamos a cobrar en un coche cerrado que conducía un tipo de su confianza. El cobro se hacía en esta forma: como el marido dormía como un muerto la espantosa borrachera del sábado, nos entendíamos casi siempre con la mujer.”<sup>1</sup>

No está de más recordar las razones que llevaron a este proceso de inmigración y a la pérdida de significado por parte de las áreas rurales, éstas fueron, suscintamente, el reclutamiento de tropa con motivo de la Guerra del Pacífico, tropa conformada en gran parte por elementos campesinos. El auge del salitre provocó una gran afluencia de brazos hacia el extremo norte del país. El ambicioso programa de construcción pública, llevado adelante durante el mandato de Balmaceda, prácticamente despobló las áreas rurales. El paulatino deterioro de las áreas agrícolas –incapaces de mantener en condiciones dignas a sus trabajadores– provocó un éxodo continuo de mano de obra hacia la ciudad, en busca de mejores oportunidades. Fueron estas masas las que generaron varios sectores de asentamientos poblacionales en la capital.<sup>ii</sup>

Hubo tres barriadas –cada una con sus propias características– en el siglo XIX: “El Potrero de la Muerte”, correspondiente a la chacra “El Conventillo”. Comprendía desde Av. Matta al Zanjón de la Aguada (N–S) y de Santa Rosa a San Ignacio, “Chuchunco”, originado al costado de la Estación Central, junto con la construcción de ésta y estimada como muy peligrosa, ubicada al oeste de Santiago y el barrio Yungay, existente más o menos desde 1840.<sup>iii</sup>

Pero los más pobres no eran los únicos que pagaban estos arrendamientos, también lo hacían aquellos pertenecientes a una clase media que manejaba un poco más de recursos, y que surgía paulatinamente en el escenario metropolitano, sin embargo este factor no variaba el cuadro general. Santiago comenzó a mostrar fuertes contrastes en materia de vivienda. Perfectamente se puede delimitar una etapa urbanística hasta 1880 y otra posterior. El gran palacio del aristócrata convive con el rancho miserable. Las costumbres tradicionales y populares tienen su contraparte en una obsesión por todo lo que represente a Europa; salta a la vista el feroz contraste entre la belleza de las

avenidas principales y la miseria de las callejuelas escondidas, que muchas veces cruzaban las avenidas mayores.<sup>liii</sup>

“...los organizadores de la barriadas más pobres de Santiago tenían una estrecha vinculación no sólo con las familias más poderosas... sino también con los poderes públicos que habían sido los únicos que podían controlar su acción. Todos ellos eran responsables de crear verdaderos submundos los cuales pese a su terrible miseria, eran sin embargo fuente de lucro para los propietarios... En el año 1900 se cobraba un alquiler de veinte centavos al mes por vara cuadrada, no quedando el propietario obligado a nada, puesto que el simple atraso del inquilino habilitaba al mayordomo o administrador para expulsarlo de estas poblaciones y para embargar lo poco que el deudor tenía para hacerse pago de sus deudas.”<sup>liv</sup>

Gracias a esta especie de improvisada modernización, se delimitaron las zonas “ricas” y “pobres”, delimitación que marcó el futuro desarrollo de la capital, en palabras de Santos Tornero la provincia de Santiago, para 1872, podía dividirse en:

“...tres secciones bastante bien marcadas: la del Norte que comprende toda la parte situada al lado Norte del río Mapocho; la sección del Centro, situada entre el Mapocho y la Alameda; y la del Sur, que abraza toda la extensa y numerosa población situada al Sur de la Alameda. La mayor y más poblada de estas tres secciones es la del Sur... La sección del Sur y la del Norte se extiende en grandes arrabales cubiertos de innumerables ranchos situados en calles y callejuelas, ya rectas ya tortuosas. En ellas se asila un pueblo numerosísimo, generalmente muy pobre. En la sección del Sur se encuentran el Matadero público, la Cárcel Penitenciaria...el cuartel de artillería, la Universidad, el Instituto Nacional, los tres hospitales que existen en Santiago, las Estaciones de los ferrocarriles, una plaza de abastos y varias iglesias y capillas.”<sup>lv</sup>

Por su parte, Roberto Merino indica que en 1901 la ciudad no poseía más que cuatro grandes sectores urbanos y los espacios aledaños se definían como “aldehuelas”, entre ellas Apoquindo, el fundo de Conchalí y el “caserío corto” de Providencia.<sup>lvi</sup>

En sus Memorias, Pedro Subercaseaux relata como el paisaje cambiaba dramáticamente, con sólo alejarse unas cuadras del centro de la ciudad:

“Bastaba salir de las pocas cuadras que constituían el centro de la ciudad para encontrarse con espectáculos lastimosos y con olores repugnantes. En verano lo envolvía todo el polvo que dejaba tras sí cualquier caballo o carruaje que pasara levantando al mismo tiempo nubes de moscas. En invierno costaba evitar los charcos de barro pestilente al atravesar plazas o calles, en las cuales, revueltos con perros... jugaban los niños cubiertos

de harapos. Las carretas de bueyes transitaban tranquilamente por la Plaza de Armas o por la calle Ahumada”<sup>lvii</sup>

De primera importancia para la historia del barrio Estación Central resultó ser la gestión de Vicuña Mackenna, como intendente de Santiago. Durante su período se construyeron las poblaciones “Ruiz Tagle”, ubicada en la Avenida Chuchunco, en la cual se ubicaba una quinta de propiedad de Vicente Ruiz Tagle –la población así surgida abarcó treinta manzanas– y la población “Ugarte”, al sur de la Alameda y cercana a la Estación Central.<sup>lviii</sup>

A pesar de estas primeras apariencias, el origen y desarrollo de la zona referida no respondió a una planificación adecuada. El barrio Estación es un producto directo de un proceso de desarrollo desordenado sufrido por la ciudad de Santiago desde, principalmente, fines del siglo XIX. Como se puede ver, respondió a iniciativas claramente particulares, tanto por el lado de los propietarios de los sitios, como de los mismos interesados en poblar dichos sector. De lo anterior se desprende que todo desarrollo a posteriori escasamente sería impulsado por las autoridades fiscales, quedando los moradores sometidos a la buena voluntad y disposición tanto de los propietarios originales, como de sus representantes. Si bien esta primera experiencia de poblamiento tuvo sesgos de planificación –que no dejaron de ser improvisados y atendieron exclusivamente a la marcha de los acontecimientos– las instalaciones posteriores mostraron la cara oculta de la miseria, y fueron éstas las que, finalmente, dieron una de las identidades más fuertes al sector.

“Hacia el poniente de la Estación Alameda se encontraban los barrios de Chuchunco y de los Pajaritos con sus respectivas Avenidas, que tomaron su nombre de las propiedades agrícolas allí existentes. Desde que se formara allí la población Ruiz Tagle en tiempos de Vicuña Mackenna...el sector se había poblado considerablemente. Pero ofrecía numerosos problemas cuya solución era difícil para las autoridades. Estaban poblados generalmente por grupos populares y había en ellos sectores insalubres o de vida desordenada. Frecuentemente sufrían inundaciones por los canales de regadío, viéndose obligada la Municipalidad a pedir a la empresa del canal del Maipo que disminuyera la dotación de agua de los canales que pasaban por ese sector.”<sup>lix</sup>

Tal situación tenía el agravante de la indolencia de la autoridad. En efecto, tempranos testimonios de 1893 y 1909, dan cuenta de la notoria falta al deber de los mandos medios encargados de la administración local.<sup>lx</sup>

Se genera de esta forma un poblamiento espontáneo y caótico, cuya principal característica era la extrema pobreza. El paisaje resultante, a la larga, fue una multitud de conventillos formados por los llamados “cuartos redondos” y casuchas de material desechable con piso de tierra, sin alcantarillados ni desagües de ningún tipo, sometidas a las inclemencias del tiempo y las frecuentes inundaciones de los canales de regadío. Más tarde, a este deprimente paisaje se unieron los “cités” o galerías de casas con una infraestructura e higiene más dignas, destinadas a elevar las condiciones de los grupos bajos y medios.

## **2.2. La Estación Central y el barrio: definiendo identidades y aconteceres**

Para el barrio Estación, el primer elemento definitorio es su relación directa con la ruralidad, al constituirse en la puerta de entrada del migrante –sobre todo aquel proveniente de las regiones del sur del país– a la capital. En este caso, el edificio de la estación opera en un doble sentido. Por un lado, simboliza el avance de la ciudad y, en el fondo, del progreso. Pero también aglutina a los sujetos provenientes de las zonas “menos civilizadas”, produciéndose un choque cultural, que se refleja en el desarrollo de la barriada de ese sector. Cambio y pervivencia se encuentran, pero no en forma antagónica sino como una unión enriquecedora, que produce –por lo mismo– nuevas manifestaciones culturales.

La primera Estación se levantó en 1857, una construcción formada por dos estructuras de ladrillo y madera, y cuatro andenes –más una arquería de madera que rodeaba al edificio– cuya fragilidad revelan las primeras fotografías de la zona, tomadas en 1863. El 14 de septiembre de 1857, el presidente Manuel Montt inauguró el terminal ferroviario<sup>lxi</sup>. En aquella época la línea del tren cruzaba la Alameda hacia Matucana, lo que comenzó a ser un problema cuando creció la población del barrio. El edificio era muy sencillo y hasta feo, según Vicuña Mackenna:

“La Estación. El tren ha pasado piteando sobre la antigua carretera de Valparaíso, convertida hoy en calle (la de San Pablo) y por las cabeceras norte y poniente del Camino de Cintura, que aquí es sólo una serie de potreros; y dejando a su derecha el edificio suntuoso de la exposición de 1875, abandonado como una tumba en este barrio, el más solitario y el más aislado de la capital, penetra luego bajo la bóveda prestada de la

Estación del Ferrocarril del Sur al través de una reja que por su pésimo gusto, parece la portada de un cementerio de aldea.”<sup>lxii</sup>

En 1872, Tornero describió minuciosamente la infraestructura del terminal:

“La estación central de los ferrocarriles del Norte y del Sur que llegan a Santiago está situada en la extremidad Poniente de la Alameda, **que es también la extremidad de la población por ese lado** (el destacado es mío). El terreno que ocupa de frente a la Alameda es una extensión de 200 metros y se extiende hacia el Sur formando un rectángulo de 800 metros de largo. Fue construida en 1856 por la empresa del Ferrocarril del Sur, y sus edificios son de ladrillo y adobe con techo de fierro; el interior está dividido por planchas de fierro galvanizado y afianzado en postes de cedro. Su distribución es la siguiente: en el centro del rectángulo y dando frente a la Alameda, hay un claro de 80 pies de ancho por 230 de largo, el cual es ocupado por cuatro galpones. Este es el punto donde paran los trenes y de donde parten. A ambos lados de estos galpones se extienden dos cuerpos de edificios del mismo largo por 60 pies de ancho. El de la izquierda es ocupado por las oficinas del ferrocarril del Sur y el de la derecha lo ocupan las del Norte. A la izquierda del primer cuerpo queda un patio atravesado por los rieles del ramal de la Alameda, los que conducen hasta los galpones de dicho ramal situados un poco más al interior. En la parte opuesta del terreno están las bodegas del ferrocarril del Norte, que sólo tienen 30 pies de ancho por 160 de largo. Los dos galpones que ocupan la mitad izquierda del claro central están ocupados por los rieles del ferrocarril del Sur, que comienza su carrera desde ese punto. A la derecha de los rieles y mas al fondo de la estación se encuentran los demás edificios de la empresa del Sur, la casa de las locomotoras...la maestranza y los talleres...Los dos galpones que abarcan la mitad derecha del claro central son ocupados por los rieles del ferrocarril de Valparaíso, que parte desde ese punto en sentido opuesto al anterior...atravesando la Alameda y siguiendo por la cañada de Matucana en dirección al Mapocho para pasar sobre él. El frente de la estación está rodeado por una pared circular que lo separa de la Alameda, o más bien de la plaza que allí se ha formado por el ensanche que se ha dado al terreno. Esta plaza está rodeada de bodegas y depósitos pertenecientes al comercio”<sup>lxiii</sup>

Sin embargo a fines del siglo XIX y muy en consonancia con el estilo de los grupos gobernantes de la época se trae desde Francia, por iniciativa del mismo Vicuña Mackenna un armazón de metal, diseñado por Eiffel, que constituyó la techumbre definitiva de la Estación –instalada en 1897– y definió, al mismo tiempo, la característica silueta que se transformó en el símbolo del barrio y, más allá del símbolo, en la puerta de entrada del migrante rural al área urbana.

Hasta 1912, convergieron allí los trenes del norte, sur y línea del puerto. Casi inmediatamente, el sector ubicado frente al terminal ferroviario, sufrió una dinámica transformación: la Alameda se tornó en un verdadero mercado donde se transaban productos (abarrotes y frutos del país) tanto de la capital, como aquellos traídos por los trenes de carga y comerciantes viajeros. Este fue el primer origen de la denominada “Plaza Argentina”, inaugurada en 1903, que fue un importante punto de convergencia del tráfico comercial , colectivo y particular.<sup>lxiv</sup>

“La Estación Central de Santiago, una construcción de hierro refundido diseñada por Eiffel, asentaba en el corazón de un barrio que parecía tener vínculos perdurables con el lejano sur chileno y también con la cercana campiña circundante.”<sup>lxv</sup>

Las fotografías muestran, en distintas etapas cronológicas del terminal, a la Plaza Argentina como un lugar de encuentro e intercambio, con un tráfico siempre muy acelerado. De hecho llegó a ser uno de los principales centros de actividad en Santiago<sup>lxvi</sup>. Al respecto, De Ramón agrega:

“Uno de ellos [centro de actividad] se había formado en torno a la plaza de la Estación Central de Ferrocarriles (hoy plaza Argentina) situada en el extremo occidental de la Alameda. A esta plaza confluía un vecindario heterogéneo, ya que mientras por el este de dicha estación se levantaban las poblaciones Echaurren y Ugarte, todas habitadas por familias de clase media, por su costado oeste existía una población ‘brava’ llamada Chuchunco o Valdés. La existencia de numerosas fábricas en torno a la avenida Matucana, al norte de la misma estación, y de muchas bodegas y barracas de madera más la feria de animales Tattersall por la avenida Exposición, hacían que la plaza de la Estación...fuera paso obligado de todo tipo de vehículos, desde los tranvías y coches de alquiler, carretas y carretones, hasta piños de ganado que se llevaban a dicha feria; todo lo cual se confundía con una muchedumbre abigarrada que permanentemente copaba el espacio público allí existente.”<sup>lxvii</sup>

Se ve con claridad entonces como desde un principio el terminal ferroviario, ubicado exactamente en el punto más occidental de la Alameda –denominado en esa época la “boca de la Alameda”– funcionó como un polo dinamizador, ya que recién inaugurado – en 1857– fue conectado al centro de la capital con una línea de “carros de sangre” – tranvías tirados por caballos–, que salía desde la estación y seguía por la Alameda, llegando hasta la Universidad de Chile.<sup>lxviii</sup>

Pero no sólo mercadería se transaba en el terminal sino que también servicios de mano de obra, constituida fundamentalmente por los propios migrantes campesinos y los “rotos” urbanos que esperaban, dando vueltas por la estación que alguien los contratase.

“...los recién llegados del campo o de la provincia los gañanes que merodeaban con los pantalones arremangados cerca de la Estación central, vistiendo mantas deshilachadas y ojotas y esperando cualquier trabajo que se les presentara.”<sup>lxi</sup>

Por otra parte, un factor de identidad importante que va a poseer el barrio desde sus orígenes estará signado por la atmósfera de “cosmopolitismo urbano”, esto es la presencia permanente y variopinta de toda una tipología humana tanto urbana como rural, –representada por el conjunto de los pasajeros o usuarios y de los comerciantes– que va estar en constante desplazamiento.

“Vendedoras de empanadas, de mote con huesillos, de baratijas, de periódicos, lustradores de calzado y toda clase de tipos que interpretan lo contradictorio.”<sup>lxx</sup>

Este fenómeno estará dado por la actividad ferroviaria, en tanto el terminal y los trenes estructuran un verdadero “puerto terrestre”, en tal sentido:

“El barrio de la Estación Central no sólo es ése de los maleteros, cartereros, pungas y asaltantes que en las noches se ocultan entre las sombrías calles de Borja y 5 de Abril. Es un puerto. ¿Y por qué no? Todos los puertos del mundo tienen sus encrucijadas y estrechos tortuosos donde la navaja y el puñal navegan verticalmente en las pozas de alcohol...Y la Estación Central es un puerto; un puerto rumoroso de bocinazos, chirridos de rieles y voces de llamado. Sus bares tienen nombres de lejanos puertos: ‘Bar Magallanes’, ‘Bar del Norte’. Sus bodegones están embardunados con las mismas pinturas de todos los puertos y todas las marinas. Los trenes mismos penetran en la ciudad navegando por sobre los suburbios; bajo sus ruedas las casas miserables del pueblo, de pasados grises y techos oxidados...”<sup>lxxi</sup>

Pero los sentimientos de abandono y soledad, muy ligados a las ideas del viaje y del desarraigo, saltaban en un escenario como éste, dándole una característica de escasa alegría, a lo que se sumaba la pobreza del barrio:

“Hay un ambiente de tragedia, en la avidez de las pupilas, en la tristeza humillada de los desocupados, en las miradas incisivas de los rateros, en el aspecto perseguido de los que llegan del lejano Chile...Automóviles, tranvías, muchedumbres que son rotas por las locomotoras...Y allí

mismo en la plaza, por todas partes están el movimiento y el ruido persistente y agudo que fatiga los nervios...”<sup>lxxii</sup>

Esta condición de puerto terrestre se veía ampliamente reforzada por el sistema vial que conectaba a Santiago con otras zonas. A fines del siglo XIX, existían 15 caminos para llegar a la ciudad de Santiago; de ellos al menos tres correspondían al sector estudiado en este trabajo, éstos eran:

- 1.- “Camino o Avenida de los Pajaritos. Desde Estación Central y conectaba con el camino de Melipilla, luego de cruzar el Zanjón de la Aguada y pasar por Las Lomas y Lo Espejo.
- 2.- Camino o Avenida de Chuchunco. Desde Estación Central, se dirigía hacia el poniente, por la actual Avenida Ecuador.
- 3.- Avenida Exposición. Desde Estación Central en dirección sur, uniendo con el camino de Melipilla.”<sup>lxxiii</sup>

Todos estos caminos desembocaban en la plaza Argentina, que llegó a ser un punto de conexión de primera importancia entre el mundo rural y la ciudad. Con el tiempo, se transformó en el lugar desde donde partían y llegaban muchos de los tranvías –primero de sangre y luego eléctricos– que recorrían las diferentes calles de la capital. Por otra parte, reunía una enorme actividad comercial, que iba desde el mayoreo de las bodegas hasta el pequeño comercio callejero, junto con una multitud de aspirantes a trabajar en lo que buenamente viniese. También era el primer escenario metropolitano que veía el provinciano. Esta actividad provocaba un desgaste natural, que acompañaba al paisaje del barrio:

ACTA DE LA SESIÓN DE LA HONORABLE JUNTA  
DEPARTAMENTAL DE CAMINOS DEL 6 DE SEPTIEMBRE DE  
1943.

“El Intendente de la Provincia concede la palabra al Delegado de Maipú quien da a conocer el mal estado en que se encuentra la Plaza Argentina o Plazuela de la Estación Central y solicita el acuerdo de la Junta para dirigir oficio a la Municipalidad de Santiago representándole la importancia e interés que tiene la Honorable Junta de Caminos en que arregle la Plaza Argentina por cuanto en dicha plaza convergen muchos de los caminos de acceso a Santiago....”<sup>lxxiv</sup>

Puerto, pero también –retomando las últimas líneas de la cita anterior– **frontera** que marca el fin de la ciudad desarrollada y el inicio de los extramuros, el término de los edificios suntuosos y altos y el comienzo de un paisaje con construcciones bajas, escenario de color tierra y gris, marcado por el barro en invierno y el polvo que invadía todos los rincones durante el estío. Fin de las pieles blancas y los ojos y cabellos claros. Comienzo de las trazas mestizas e indígenas. Fin de la seguridad y el calor. Comienzo de la peligrosidad y el abandono. Fin de la abundancia. Comienzo de la carestía, en todo sentido. Algunos de las implementaciones básicas de toda ciudad moderna, tales como el alumbrado público y las redes de alcantarillado, hicieron una tardía aparición en el sector en estudio.

“En el barrio Chuchunco, en 1918, se dotó de alumbrado público al sector comprendido entre las calles San Borja, General Velásquez, Arica y Ecuador.”<sup>lxxv</sup>

Es el escenario del migrante, que no sabe si irá a triunfar o perder y además, consecuentemente, el último refugio de una masa de perdedores y golpeados por la vida. De fondo, la pobreza que, en este caso, ya viene a ser una especie de cuento repetido.

“Por treinta centavos en carro salón y veinte en el acoplado, hago el viaje desde Tobalaba hasta la Estación Alameda, que mide cerca de doce kilómetros... Llego a la Estación Central donde terminan los doce kilómetros del tranvía Tobalaba. Todavía hacia el poniente se prolongan por muchas cuadras los barrios populares que antes tenían como meta la Pila del Ganso.”<sup>lxxvi</sup>

Mucho más descarnado es el relato que brinda Manuel Rojas, en el cual queda evidenciado el corte abrupto que marca el inicio del barrio, a partir de la estación:

“...por allí termina la ciudad, por lo menos la parte céntrica; árboles secos que salen de la tierra también seca; perros semisecos, borrachos con deseos de humedecerse y hombres que no esperan nada y duermen en los bancos y a veces en el mismo suelo...un poco más lejos, hacia donde va acercándose, la Estación Central; más lejos aún un barrio conocido sólo por sus moradores. Ha oído hablar de la Pila del Ganso...más árboles secos, más tierra seca, más perros, más borrachos y mas vagos o desocupados. Se oye pitear a las locomotoras y una que otra atraviesa la calle arrastrando vagones de carga o de pasajeros. En las aceras, gente que vende algo...peras buenas o peras podridas, plátanos en vías de ennegrecer, dulces con moscas.”<sup>lxxvii</sup>

El cuequero Hernán Núñez declara que:

“Había mucha miseria...ninguna casa tenía baño...existían las “Ollas del Pobre” que entregaban comida en forma gratuita...cuando los niños tenían hambre iban donde los milicos...los milicos le daban así una plat’á de porotos a uno y un pan negro...”<sup>lxxviii</sup>

El auge de los ferrocarriles entrega otro elemento, que es de primera importancia para el análisis identitario del barrio. Una amplia gama de actividades, todas desprendidas de la actividad cotidiana del ferrocarril, dio origen a una serie de personajes, que formaron parte del paisaje permanente, tanto de la estación como también del barrio.

El hecho de que las poblaciones de los ferroviarios estuviesen ubicadas en los sectores cercanos a la estación, reforzaba la singular personalidad del sector. Carrilanos, maquinistas, fogoneros, palanqueros guardagujas, señaleros, jornaleros, cabos y otros estamparon su sello en el barrio en forma indeleble, creando una cultura del tren.<sup>lxxix</sup>

“Los maquinistas y los palanqueros eran los héroes de la Estación.”<sup>lxxx</sup>

El carrilano llegó a ser una figura emblemática no sólo al interior de la misma cultura ferroviaria, sino que trascendió al punto de representar al prototipo del “roto” chileno. El carrilano era el sujeto que “tiraba línea” o sea el tendido ferroviario, colocaba los explosivos, abría terreno, etc. Poseía una gran resistencia física, una enorme sed de aventuras y de alcohol, se definía como un buscavidas y hacía gala de un exagerado sentido del valor y honor personales, que se demostraba en el uso del puñal por cualquier motivo que ameritase una reyerta.

“Un chileno residente en Iquique,...declaraba que la gente del país e italiana, con las tabernas atraían a los chilenos y éstos se entregaban con frenesí a toda clase de excesos, perdiendo el dinero, la ropa, y por último perpetrándose crímenes.”<sup>lxxxii</sup>

En algunas cuecas aparecen definidos como “guapos de la línea” o “niños de la familia”:

Salgo a los trabajos grandes  
pero antes fui carrilano  
con el fierro y la baraja  
nadie me puso la mano”<sup>lxxxii</sup>

“Niño de la familia  
guapo e la linia”<sup>lxxxiii</sup>

“Pasaron los carrilano  
y se despobló la linia  
pelean a puñalada  
dos ‘niños de la familia’

Que pelean con arte  
los carrilano  
como cambian de estilo  
también de mano

También de mano, sí  
que libérale  
si el cuerpo esquivo solo  
tiros mortale”<sup>lxxxiv</sup>

En todo caso, los testimonios siempre destacan su fortaleza física:

“Los carrilanos me atraían. Trabajaban a destajo y debían ser todos igualmente ágiles y de parecidas fuerzas. Con sus palas eran capaces de cambiar un cerro de sitio. La cuadrilla actuaba al mismo ritmo. Cada cual hundía su pala, la alzaba y arrojaba el contenido y volvían a cargarla, combinando los movimientos de tal suerte que jamás se estorbaban. Este ejercicio duraba una hora. Tras unos minutos de reposo reanudaban su labor con igual alternativa.”<sup>lxxxv</sup>

Entre los mismos “rotos” el carrilano era temido, por su carácter y la aureola de sujeto vivido y viajado:

“Cuando Pedro ‘El Zurdo’, el roto más guapo del ferrocarril del sur llegó a la chacra del Sauco, habían cesado las faenas ya hacía rato...cuando los peones estuvieron pagados, la noche avanzó hasta ellos envolviéndolos en la sutileza del atardecer...Bajo un amplio cobertizo, sobre un tablado especialmente hecho, se alzaban las voces agudas y estridentes de las cantoras, contratadas especialmente por el mayordomo. Varias parejas lucían sus habilidades en la cueca. En el suelo, sobre mantas, varios otros jugaban al monte los cobres guachos

-Tengan cuidado, niños, de meterse con los carrilanos, dijo el mayordomo, pues esos vienen a juar (sic) mañas...Por esta razón en

cuanto aparecieron Pedro El Zurdo y su acompañante, fueron recibidos con hostilidad manifiesta

-Uds. son carrilanos –dijo un peón guapo- con ustedes no queremos juar (sic)...”<sup>lxxxvi</sup>

Por extensión se llamó carrilano al integrante de la cultura de la ferrovía, sin embargo el concepto define, en rigor, solamente a aquellos que tendían las líneas, denominadas en la jerga del ambiente “chacra larga”. Su fama se remonta a la época de la construcción de los ferrocarriles del Perú.

“El superintendente de la línea de Arequipa era testigo del hecho de que al principio de las operaciones le costó no poco trabajo establecer el orden entre los peones importados para la construcción del camino. Declaró que por causas no desconocidas –el amor, el juego y el ron principalmente– ocurrían frecuentes riñas...Parece que los trabajadores se dieron de vez en cuando a la desobediencia y trataron de establecer por regla de gobierno la fuerza del puñal.”<sup>lxxxvii</sup>

Oreste Plath entrega una valiosa información respecto al origen, casi mítico, del roto carrilano:

“Carrilanos se llamaron primeramente los peones que trabajaban en levantar los terraplenes, abrir los cortes y horadar los socavones de la línea férrea; peones que en tales trabajos ganaron fama de ser los más esforzados y aguantadores del mundo...De ahí es que “carrilano” haya venido a ser sinónimo de “roto desalmado”, con sus puntos de ladrón, sus ribetes de forajido y su lengua gruesa...Todo el “rotaje” se hizo carrilano en los primeros tiempos del ferrocarril del país, hasta el punto de angustiar a la agricultura. Los peones se volvían jornaleros con mayor pago y sumado a esto el aliciente de la vida libre y aventurera de carrilano, donde el juego llenaba sus horas y se “despellejaba” jugando al “monte”...El “roto carrilano” cruzó de líneas ferroviarias el país; tendió durmientes de pellín por desiertos, pampas, selvas impenetrables, montañas y cordilleras...Estas cuadrillas de carrilanos, que muchas veces sufrieron la falta de agua y alimentados sólo con la gran “porotada a la chilena” este roto obrero o capataz, trabajó como el mejor, como el seleccionado en los equipos de carrilanos en el Perú y en los Estados Unidos de Norteamérica...Juan y Mateo lark...William Wheelright... y Enrique Meiggs...exaltaron los méritos del carrilano, como se le llama desde 1851, cuando avanzaban de tramo en tramo, con sus mujeres y su prole, hasta con sus rancharíos que llegaban a formar poblaciones.”<sup>lxxxviii</sup>

Al interior del grupo carrilano existían subdivisiones, con su correspondiente cuota de mayor o menor prestigio:

“En el ferrocarril en construcción hay una jerarquía que empieza en el ingeniero, éstos siempre fueron gringos –como los primeros maquinistas– siguen a continuación los contratistas, los pagadores, los jefes de faena y sus personeros, los alistadores, bodegueros, cabos mayores, cabos de cuadrilla, jueces y serenos. Después vienen los trabajadores cuyo principal atributo es el músculo... En el ferrocarril, que los trabajadores llaman chacra larga, pueden trabajar cuantos acudan. A nadie se le pregunta nada ni se le piden informes...todo es cuestión de ser capaces de realizar el tremendo trabajo que requiere fuerza, valor y habilidad. Los trabajadores también tienen su jerarquía que empieza en el minero que es más técnico y sufrido...a continuación el carrero y por fin el pantionero que es el más inútil, el paria de la familia carrilana, aislado por los más fuertes y despreciado por las mujeres, profundamente bravías y determinadas, que sólo se entregan a la fuerza y a la hombría reales..”<sup>lxxxix</sup>

Un caso típico de integrante de la cultura ferroviaria, –que trabajó durante los períodos pre y post institucional de la empresa– fue Manuel Jesús Escobar, el primer maquinista chileno. Su destino fue también el de muchos otros miembros de los estratos bajos:

“En el año 1866, recibía Escobar, siendo maquinista hacía ya algún tiempo, un sueldo de sesenta pesos mensuales, mientras que casi todos los demás que eran ingleses y norteamericanos, ganaban 125 pesos.

1857: Escobar empleado en la Estación de San Bernardo, dentro del personal que hacía girar la tornamesa de la locomotora.

1858: Fogonero y luego maquinista.

1881: Maquinista de primera clase de trenes de pasajeros, en el Expreso a Talcahuano en la máquina “Santiago” n° 3.

1884: Caminero con residencia en Chimbarongo.

Jubila después de cuarenta y dos años de servicio ininterrumpido en 1899. Muere en 1909, en medio de la pobreza .”<sup>xc</sup>

La fuerte identidad de la cultura ferroviaria se proyectó, inevitablemente, hacia el entorno humano y geográfico del barrio:

“Es un barrio de carrilanos. Mas tarde aparecerá pegada a la vía férrea, una fila de bodegas de carga como tren parado. En la calle 5 de Abril y en los medios de la calle Borja se agazapaban prostíbulos y posadas. Los gritos de socorro se pierden en las noches, mezclados con ladridos de perros... En el prostíbulo de Amelia Laínez unos bandoleros urdieron el asalto de las Hornillas... El barrio de la Estación es popular y se encuentra envuelto por el anillo aristocrático de chacras heredadas por la

Iglesia de los antiguos encomenderos católicos. Estas chacras tienen nombres de santos: San José, San Joaquín, San Andrés y San Borja.”<sup>xcí</sup>

Hernán Núñez:

“En todas partes habían por aquí ferroviarios...”<sup>xcii</sup>

Edwards Bello rescata en forma permanente –a través de sus escritos– el origen rural de la barriada, origen que es la quintaesencia explicativa de muchas de las características del sector:

“Se adivina que el barrio es nuevo, de esos que brotan como setas en las ciudades de América, improvisado en una comuna rural donde no hace más de treinta años triunfaban las carreras a la chilena... Se siente el campo; se nota que el contacto con la verdadera capital es escaso; está marcado ese arrabal por el roce incesante con los campesinos que llevan al amanecer las hortalizas a un mercado local, o las reses a una feria o Tattersall que está al otro lado de la plaza. La gente tiene un sello propio, característico, es recia y áspera como el ají verde y la cebolla cruda; con la piel tostada por el sol que preside las fiestas del buen chacolí, del rico mote y la fruta sabrosa.”<sup>xciii</sup>

El testimonio de Martiniano Poblete –que prestó servicios durante 38 años en ferrocarriles– resulta notable en tal sentido, ya que sus memorias muestran con acabada fidelidad el nexo entre el barrio y el ferroviario, por ejemplo, en su descripción de la Escuela de Telegrafía de los FF.CC del Estado:

“Un provisorio local de la calle Chacabuco nos sirvió por algún tiempo, mientras se desocupaba un edificio de dos pisos en la Alameda de las Delicias, casi frente a la calle de Molina, edificio que por su atrevimiento de progreso llamaba la atención desde lejos, destacándose... sobre la monótona uniformidad de las construcciones de todo ese lado de la avenida. No había otra casa de altos en toda la cuadra; ni en las siguientes.”<sup>xciv</sup>

o en el memorable encuentro a puñetazos de los carrilanos contra un grupo de clientes de una taberna del sector:

“En un 19 de Septiembre nos juntamos en el Parque Cousiño a presenciar la Parada Militar, varios carrilanos. Cuando salíamos a la calle de regreso, encontramos allí a ocho o diez descargadores que andaban de fiesta animada de una buena damajuana de chicha baya...prorrumpieron en exclamaciones de júbilo, y uno de ellos mostrándome un gran vaso –potrillo– me invitó a celebrar el encuentro con un buen trago...nos servimos todos en grande algazara. Luego seguimos calle abajo y en la

esquina de La Unión nos detuvimos un instante para despedirnos con otro trago...[En este punto hay un cambio de palabras con algunos bebedores de una cantina lo que lleva al enfrentamiento]... Llevábamos la peor parte de la refriega, tanto por el número como por la calidad en cuanto a potencia bélica, pues nosotros éramos todos unos muchachos...incapaces de resistir largo tiempo un encuentro con tan crecido número de rotos hechos y derechos...que parecían brotaban de ese antro de bebedores...El campo...empezaba a reducirse por retiro de algunos de los contendientes por reconocida insuficiencia para resistir y por el peligro de la policía que a todo trote venía desde la Comisaría de Bascuñan, distante menos de dos cuadras del 'sitio del suceso'.”<sup>xcv</sup>

La violencia entonces era parte del cotidiano, marcando significativamente al barrio Estación, por lo que sus habitantes, al menos los más decididos, debían saber defenderse:

En el centro de las boca-calles Unión y Camino de Cintura –hoy Avenida Blanco Encalada- se hallaba un rotito de mediana estatura, delgado, huesudo, ágil, vivo el ojo y rápido en la acción, cambiando mandobles...en tal forma que en el mismo orden, iban cayendo derribados, pues no le aguantaban más de uno de sus certeros y potentes bofetones...”<sup>xcvi</sup>

La dureza del trabajo en la estación queda efectivamente reflejada en la descripción de la labor de los jornaleros, hombres rudos que debían poseer una gran fortaleza física y que, por esto mismo, eran reclutados entre sujetos preferentemente de origen campesino.

“Desde mi puesto en la bodega n°3... me fijaba con lástima en lo pesado de la tarea que realizaban los jornaleros bajando a hombro toda clase de bultos, algunos de bien apreciable peso...”<sup>xcvii</sup>

al mismo tiempo era difícil hallar gente dispuesta a tales labores pues, la gente más modesta pensaba que el tren era algo satánico.

“En una época en que aún dominaba en el pueblo el pánico por esos monstruos que se movían solos, bramando, sin caballos ni bueyes, únicos elementos motrices (sic) conocidos, monstruos que la generalizada opinión popular sostenía que eran movidos mediante ‘pacto con el diablo’, nadie quería servir de jornalero, guarda o cambiador; en esa época Calixto Medina con once hombres más, escogidos entre lo mejor del personal agrícola del fundo “El Peral”, de propiedad del Superintendente don José Miguel Ureta, fue traído ‘a la estación’ y allí colocado como jornalero primero y como cabo o jefe enseguida, de sus demás compañeros.”<sup>xcviii</sup>

La extraordinaria rudeza de esta clase de gente se manifestaba en los duelos de resistencia y fortaleza generados a partir de los desafíos que se lanzaban mutuamente para probar quién era más fuerte y, en el fondo, más hombre. Poblete testimonia como vio un duelo de resistencia entre dos jornaleros, que cargaban trozos de espino, de cien centímetros y 250 kilos de peso. El ganador perdió la vida, pues el esfuerzo lo reventó.<sup>xcix</sup>

La estación es el primer escenario donde comienza a mostrarse el espectro de personajes que terminará por identificar al barrio

“Al lado de la estación, pero casi invisibles, como conviene en una ciudad que sólo tolera al roto en la fiesta patria, empiezan las sucias madrigueras; de las cocinerías y cantinas llegan a la calle las emanaciones de humo y frituras... Por esos bodegones y cantinas con pianola, hay un movimiento incesante de forasteros, maquinistas, cargadores, soldados y obreros que acuden a ese rincón sensual, apostado ante los rieles y los férreos talleres para dar descanso a sus músculos y expansión a sus naturalezas, fustigados por el calor de las fraguas y calderas”<sup>c</sup>

Espectro que, paulatinamente, se ampliará a medida que la población aumente y vaya ocupando distintos espacios, dentro del mismo sector.

“El que fue extrarradio desierto, triste en el día y peligroso en la noche, con cruces y velas al borde de los caminos marcando el sitio donde cayeron los asesinados, ha llegado a ser un barrio hirviente, lleno del ruido de las máquinas, los motores, la gritería de los pilluelos y vendedores ambulantes”<sup>ci</sup>

La viuda de Víctor Jara confirma las palabras de Edwards Bello:

“Alrededor de la estación había un concurrido centro comercial con pequeñas tiendas que vendían ropa de trabajo barata, artículos de mercería y material eléctrico. También había farmacias, restaurantes de aspecto sospechoso y bares que permanecían abiertos toda la noche en los bajos de edificios destartalados cuyas plantas superiores se habían convertido en viviendas. Angostas y oscuras escaleras desaparecían en los altos entre desconchadas paredes. Era el distrito de las prostitutas. Los burdeles estaban concentrados en la calle Maipú, frente a la estación y era peligroso transitar de noche por allí.”<sup>cii</sup>

Una cueca definió en breves y expresivas líneas la personalidad del barrio:

“Por ese barrio estación  
y hacen nata los chiquillo  
casas de caramba y samba  
con bares y conventillo

Callejón de la Lata  
Calle Ecuador  
Calle Cinco de Abril  
y Exposición

y Exposición ay sí  
vamo' a Chuchunco  
donde están mis amigos  
tomando en chuico

Vamo' a hacerle al pañuelo  
chascón del pelo”<sup>ciii</sup>

Manuel Rojas hace una excelente síntesis, con respecto a la situación de desarrollo de la ciudad, principalmente los sectores geográficos marginales y los grupos sociales emergentes que se han ido generando en este proceso:

“La ciudad ha crecido. Ha llegado gente de aquí y de allá, pero principalmente de allá, de los campos del sur: el mocetón campesino, hijo de inquilino o de peón y a veces el peón y el inquilino con toda su familia, han aumentado la población. Por otra parte, ha crecido el número de los anteriores habitantes, especialmente de las clases pobre y mediana. En vergonzantes cités, en viejas casas de desconocidos barrios, la clase media se ha reproducido...”<sup>civ</sup>

En consecuencia, otro de los personajes centrales en esta historia es el migrante, el cual en sucesivas oleadas pobló los sectores periféricos de la capital, viviendo muchas veces en las peores condiciones imaginables. Tres fuentes proporcionaron a Santiago la mayor parte de los migrantes que llegaron entre 1900 y 1940. Una fue el sur del país, las otras Europa y Asia, estos casos eran más dramáticos pues en muchas ocasiones los individuos venían de culturas completamente distintas y con el agravante de que no poseían medios económicos, por lo que debían partir literalmente de cero. Paradojalmente, éstos supieron adaptarse, pagando un elevado precio en sacrificios, que

finalmente rindió frutos notables al mejorar, –con el tiempo y las sucesivas generaciones– su situación económica, colocándolos a la cabeza del poder adquisitivo no sólo en el barrio sino de la capital y en algunos casos del país.

La sensación del desarraigo es sufrida dos veces por el migrante. Una, cuando parte:

“...aulló la locomotora...Dentro del carro, con la cabeza fuera de la ventanilla, Orozco...miró por última vez: sus diez y ocho años, lo mejor de su vida...se quedaban en el terruño, para siempre, cual un accidente del paisaje...”<sup>cv</sup>

Y la otra, cuando llega:

“Por fin llegaba. Un viaje largo y aburrido en vagón de segunda, repleto de pasajeros sudorosos y fatigados, las fauces secas por el calor y el polvo, entre dos viajeras con sus equipajes de canastos y bolsas de ropa, utensilios de cocina, quitasoles y maletines de lona...Qué peste!... En la puerta de la Estación titubeó un instante, recontando en la memoria el dinero que debía de sobrarle para elegir, según eso, su alojamiento...Se decidió por un hotelito vecino a la estación...”<sup>cvi</sup>

Es en esta segunda etapa cuando debe poner en juego su background cultural para sobrevivir en la ciudad. Inevitablemente, se activa el mecanismo de comparación:

“Llegó la hora de partir. Con premura nos despedimos de nuestros amigos y nos metimos en el tren...Al arribar a Santiago me sorprendió el gentío. En el tranvía apenas cupimos. Pero caí en el deslumbramiento mientras viajábamos por la Alameda. Era tal la claridad que veía los letreros y podía leerlos. En mi pueblo a lo más existían cuatro luces para seis cuadras...las casas alineadas y apretujadas se extendían en sucesión interminable hacia donde mirara. Pensé que nunca lograría orientarme en las calles. Eran tantas y se veían tan iguales.”<sup>cvii</sup>

El bullicio termina con la tranquilidad de la provincia, lo que provoca un choque en el migrante rural:

“¡Santiago!...Esa sombra, ese hormiguero, ese estrépito era Santiago. Orozco ganó tierra cuando no quedaba nadie en el andén y caminando penosamente salió a la Alameda. El cuerpo le dolía de un modo atroz...los automóviles, los tranvías eléctricos, los autobuses que corrían desesperadamente en todas direcciones, toda esa humanidad que brinca como en una zarabanda de negros, le producían vértigo, repercutiendo cada ruido con un martillazo seco y brutal en la base del cráneo...Con su equipaje improvisado bajo el brazo Orozco entró al bar de un hotelucho vecino a la estación.”<sup>cviii</sup>

La mayor parte de los emigrados venía escapando de una situación deleznable en sus propios terruños, la capital aparecía como la fuente de grandes oportunidades para poder salir de la miseria. *Contrario sensu*, en muchos casos, la pobreza originaria no sólo no fue superada, sino que aumentó notoriamente.

“–Con la despoblación de los campos y la afluencia de la gente a la ciudad, sobran los brazos– le dijeron”<sup>cx</sup>

Peor aún, el flujo parecía aumentar con el tiempo haciendo cada vez más escasas las pocas alternativas de trabajo.

“Alrededor de las siete de la mañana llegaban los trenes desde Puerto Montt y Temuco, repletos de mapuches cargados con ponchos, mantas y ramos de flores rojas de copihue para vender. Los vagones de madera iban llenos de familias campesinas que emigraban a la ciudad; acarreando paquetes de comida, pollos vivos y chorizos picantes de Chillán.”<sup>cx</sup>

El relato de Oscar Parra –uno de los hermanos de Violeta Parra– entrega valiosos datos acerca del desarraigo, que debía soportar un provinciano pobre en la capital:

“–¿Cuándo llegó a Santiago?

–Antes del terremoto, el año 35. Nos vinimos mi mamá, la violeta, Roberto, Lautaro y una hermanita enferma. Nicanor ya estaba en el Internado Barros Arana. Llegamos a vivir a la calle Mapocho, a la altura del 3.500, pasadito Matucana. Después nos cambiamos a Robles, cerca de San Pablo. Luego a la calle Edison, y también a Chacabuco, entre Mapocho y Martínez de Rosas. Después nos fuimos a Exposición, de ahí a la calle Antofagasta y más tarde a la calle Melipilla...después nos fuimos a Las Rejas y terminamos en la calle Serrano, al final de San Pablo, en Pudahuel.

–Eso era puro campo

–Puro campo no había nada edificado. En Las Rejas mi mamá tenía restaurante...Ahí había un proscenio y cantaba la Violeta y el Lalo para alegrar a los que iban a tomar su pencazo. En la calle Serrano mi mamá tuvo otro restaurante...después los hermanos nos fuimos casando y cada uno partió para su lado”<sup>cx</sup>

Un caso emblemático, para estudiar el proceso sufrido por los migrantes extranjeros es el de Benedicto Chuaqui (1895–1970) En sus Memorias relata las diferentes etapas que le tocó vivir en su proceso de adaptación a la nueva tierra. En 1908 abrió un baratillo en

Matucana con San Pablo, teniendo 13 años de edad.<sup>cxii</sup> Posteriormente se traslada al sector del barrio Estación, para trabajar en plena calle. Esta parte constituye un vivo retrato del ambiente en el barrio, y de las duras condiciones que los extranjeros de escasos recursos debían enfrentar.

“...un buen amigo obtuvo del gerente de una barraca ubicada cerca de la Estación Central, el permiso necesario para que pudiera instalarme con un baratillo frente a la puerta de ese establecimiento, mediante el pago de cinco pesos mensuales. Todas las mañanas colgaba mi mercadería en unos cordeles junto al muro. Por la tarde, poco antes de que se cerrara la barraca, la guardaba en varios cajones que quedaban en el mismo establecimiento. Durante el día los cajones me servían de silla y de mesa para sentarme a almorzar. Al lado había una cocinería, muy concurrida por los cargadores y carretoneros, de donde traían la merienda.”<sup>cxiii</sup>

Sus escritos revelan también la inexistencia de infraestructura básica para poder vivir y las condiciones de morar en un cuarto redondo. Benedicto habla de su segundo local comercial:

“Aquel local en Matucana, en cierto modo, era peor que el de San Pablo. Era un cuarto redondo que no tenía salida para ninguna parte. Yo tenía mi colchón sobre el mostrador y recogía mi cama apenas me levantaba, para dedicarme enseguida a hacer la limpieza del local e ir después a la pensión a hacer el aseo de mi persona. La carencia de agua y de servicios higiénicos...me hacían padecer lo indecible.”<sup>cxiv</sup>

Los jóvenes migrantes extranjeros, y con posterioridad sus descendientes, buscaban todas las alternativas posibles de trabajo, como lo revela una petición ante la autoridad correspondiente para trabajar como guías de pasajeros en la estación, por parte de los hermanos Mario y Carlos Massler Buitano.<sup>cxv</sup>

La misma situación debió ser enfrentada por una gran cantidad de españoles que habían migrado en el mismo período. Casi todos ellos comenzaron a ganarse la vida en las diferentes especialidades del comercio, contribuyendo al desarrollo de estas actividades en el barrio Estación, abarcando rubros tales como montepíos, barracas, zapaterías, peluquerías y panaderías.<sup>cxvi</sup> El tipo de clientela, atendida por Benedicto, descubre la cercana relación del barrio con el entorno aún campesino

“La gente que venía del Tropezón, el Carrascal y el Blanqueado y otros lugares vecinos, eran en su mayoría huasos desconfiados, que siempre estaban temiendo ser engañados.”<sup>cxvii</sup>

El encuentro de culturas diferentes, llevó también a la emergencia de desconfianzas y prejuicios mutuos entre los habitantes del barrio y los extranjeros, que se habían dedicado preferentemente al comercio. Es la figura emblemática de Guido Lambertucci, el migrante italiano, dueño de un emporio, quien encarna el trabajo metódico y la frialdad europea, frente al vivir el presente y la emocionalidad, típicamente nativos.

“Enjaulado entre el mostrador y la estantería repleta de tarros y zarandajas, el bachicha hacía su américa con absoluta prescindencia de los conflictos personales y sentimentales. Al toque de la medianoche, sin ninguna excepción, don Guido apagaba el mechero de gas...se metía en la trastienda, sin que nadie volviera a tener noticias de su persona, hasta la madrugada, cuando don Guido con el primer pitazo de la sirena de la Estación, enfundado en su guardapolvo, quitaba los tableros del escaparate...”<sup>cxviii</sup>

Exactamente lo contrario del “roto”:

“La plata se gana al sol  
y se remuele a la sombra  
llegando donde estas niñas  
zapateo en pura alfombra

Y en los trabajos grande  
sudan la gota  
partiendo la naranja  
y a miti mota

Y miti mota, sí  
pero el dinero  
si no sé manejarlo  
para que lo quiero

Ya me hace cominillo  
en los bolsillo”<sup>cxix</sup>

### **2.3. ¿Quién es el Roto?**

Resulta significativo un hecho que sirve también como eje de estudio y que, en parte, ya se ha deslizado en el texto: en el barrio bravo sólo sobrevive el más fuerte. Esto

conllevaba la idea de la “hombría” como valor y actitud indispensable en todo varón que creía merecer el reconocimiento de sus pares. Esto es válido para todos aquellos que ejercían algún rol al interior de la historia aquí relatada.

“Tengo como uno de mis recuerdos más nítidos identificado en el espíritu, el puñal con los hombres que habitaban Chuchunco. Era un símbolo de hombría. Espíritu de guapeza y machismo.”<sup>cxx</sup>

“Cuando se dan las cosa  
sin un respiro  
y hay que pelar la quisca  
meter altiro”<sup>cxxi</sup>

Surge entonces, o mejor dicho resurge, la figura del “*roto*”, como producto típicamente urbano de la barriada baja. Baste decir que simboliza al hombre del pueblo –en rigor bajo pueblo, pues la clase media no se define así misma como “*de rotos*”, a pesar de ser catalogada así también por los grupos de elite– y se lo caracteriza como un personaje sufriente y bravío, trabajador pero inconstante, que vive esencialmente el presente, pues no poseería otra cosa. Por esa misma razón, los momentos de alegría también se disfrutaban como si fuesen a ser los últimos, ya que los motivos de festejo eran muy escasos.

“Casi no hay ciudad importante en Chile que no haya erigido una estatua al roto. Sin embargo no hay nada más ambiguo en el lenguaje chileno que este vocablo y personaje. Tanto un modelo ejemplar como repelente, el roto ha sido sucesiva y contradictoriamente definido ya sea por su ‘abrupta naturaleza de inadaptado’ (Edwards Bello, 1920) como por su ‘vital deseo de vida’ (Godoy, 1939). Anónimo héroe nacional, obligado recurso retórico en una pluralidad de arengas políticas del más distinto tipo y ‘simpático’ personaje de tira cómica, el roto ocupa un lugar extremadamente inestable en la mitología chilena. Al participar alternadamente de los atributos del héroe y los del delincuente, el roto es el centro de una supuesta esencial chilenidad como también de una grotesca aberración siempre marcada por un exceso de mal gusto y de inmoralidad: más que ‘pelao’ o ‘gaucho’ en México o en Argentina, ‘roto’ es también uno de los insultos chilenos por antonomasia.”<sup>cxxii</sup>

Un caso que ejemplifica lo antedicho es el personaje “Esmeraldo” (Edwards Bello, *El Roto*): nace en un prostíbulo del sector Estación, sobrevive a una epidemia –de aquellas que elevaban la estadística de mortalidad infantil a niveles inconcebibles– se cría en la calle y termina asesinando, ya hombre, a otro de los personajes. Esta situación, si bien

literaria, y que narra las vicisitudes de un “duro”, encuentra su correlato histórico en los miles de casos similares ocurridos en cuarenta años de historia del barrio. La mayor parte de estos “guapos” o “rotos choros” terminaron sus días, con un puñal metido en el cuerpo por gentileza de alguno de sus propios pares; el motivo podía ir desde lo más importante hasta la nimiedad absoluta, lo nuclear era el *cómo* se zanjaba el asunto, y ahí se probaba la hombría.

“Yo traigo la margarita  
como navaja barbera  
y a la hora de los quiubo  
no me tiritita la pera”<sup>cxxiii</sup>

Esto conlleva un problema epistemológico que divide las aguas en dos opciones bastante claras. En primer lugar, el roto como sujeto sería el actor histórico principal en esta historia –pero no el único–, pues el migrante, el ferroviario, el comerciante, el cuequero la prostituta, la lavandera, el policía, la niña soñadora, el estudiante pobre, el pelusa, el obrero, el tranviario y la hembra cargada de chiquillos, –por mencionar sólo algunos tipos– son muchos, pero –eventualmente– podrían ser vistos como uno solo.

“El roto...deja de ser un personaje marginal, periférico, antisocial, para convertirse en un ser tácitamente incluído en una sociabilidad que le otorga unas garantías privativas, como al borracho o como al que se ‘acriminó’ rompiéndole la crisma a un prójimo. Defiende, pues, este sitio que la sociedad le acuerda en un lugar de una ley no escrita: en la formidable, en la imbatible ley de la costumbre.”<sup>cxxiv</sup>

Por otro lado, *salva veritatis*, el concepto de roto apela aquí a una concepción más instrumental que propiamente social, pues muchos de los migrantes que siguieron la vía del comercio, sobre todo aquellos de origen extranjero, llegaron a formar parte de la clase media y media acomodada. Lo mismo resulta válido para aquellos que formaron las generaciones de estudiantes pobres que vivieron en este tipo de barriadas. También es aplicable a aquellos que, sin pertenecer a ninguno de los casos anteriores, desarrollaron sus vidas en este sector.

Para una mejor conceptualización del término “roto” resulta sugerente leer a Santos Tornero, –Págs. 466-67 de su obra ya citada–, a pesar de las evidentes confusiones en que cae cuando delimita el concepto en base a las características del “peón”, cuya significación es propiamente rural.

Carlos Flores, en un trabajo pionero en estas temáticas y metodologías –escrito en 1986– define exactamente el tipo de población localizada en estos barrios:

“Lo característico de estos barrios es el gran abanico social de personas que lo integran. La pluralidad social de muchos sectores de la capital es evidencia plena de una ciudad en rápido crecimiento indireccional; de una ciudad que acogió sin planificación alguna a miles de personas, sin diferenciación ni social, ni económica, como tampoco cultural...habitaban en unión carpinteros, herreros, albañiles, operarios de fábrica, tranviarios, bolicheros chilenos y extranjeros, estudiantes, empleados de la administración pública, prostitutas, policías, alcohólicos, vagos, cesantes, etc.”<sup>CXXV</sup>

De lo anterior se desprende una conclusión importante: si bien es cierto es posible utilizar un enfoque que privilegie ciertas características de unicidad para el fenómeno estudiado, por otro lado resulta virtualmente imposible no reconocer, al mismo tiempo, una gran heterogeneidad en muchos aspectos (sociales, económicos, educacionales, etc.). De importancia sería entonces privilegiar aquellos relativos a la heterogeneidad, sin dejar de dar cuenta del primer aspecto. En síntesis, –metodológicamente– se trata de atravesar la primera superficie –unicidad– para llegar a la segunda –heterogeneidad– y establecer los correspondientes complementos, de tal manera de lograr un conocimiento de los hechos estudiados lo más completo posible.

## **2.4. Pobreza y violencia: dos efectos de la urbanización**

La violencia y la pobreza se destacan como una escenografía que acompaña, en forma majadera, a esta historia. No podría haber sido de otra manera, pues ya se ha visto que los orígenes del barrio se funden con los de la precariedad. Los documentos y testimonios de todo tipo dan cuenta de un panorama que estaba muy lejos de ser estimulante y mucho menos aún para aquellos sujetos que llegaban a la capital, dispuestos a “triunfar”. La realidad de las cosas era que había que tener la piel dura para sobreponerse y sobrevivir en semejantes condiciones. Dado lo anterior, el peligro estaba a la orden del día. Todos los documentos revelan que este barrio llegó a ser, quizás, el más peligroso de la capital.

“Detrás de la Estación Central de Ferrocarriles, llamada Alameda por estar a la entrada de esa avenida espaciosa que es orgullo de los santiaguinos, ha surgido un barrio sórdido, sin apoyo municipal. Sus calles se ven polvorientas en verano, cenagosas en invierno, cubiertas de

harapos, desperdicios de comida, chancletas y ratas podridas. Mujeres de vida airada rondan por las esquinas al caer la tarde...Son miserables busconas, desgraciadas del último grado que se hacen acompañar por obreros astrosos al burdel chino de la calle Maipú al otro lado de la Alameda.”<sup>cxxvi</sup>

Para una mayor clarificación del concepto de violencia ésta debe entenderse como un fenómeno que se da en dos ámbitos. El primero es el ámbito público, revelado en la falta de seguridad ciudadana y el segundo es el privado, la violencia al interior de la familia, provocado por condiciones inimaginables. Brito destaca que fue el espacio, ahora minimizado del conventillo, las situaciones de tensión provocadas por los problemas cotidianos, como la embriaguez, los celos, la falta de dinero, etc. Siendo éstos aspectos de la vida corriente en los barrios de mayor pobreza.<sup>cxxvii</sup> En el ámbito público la violencia estaba perfectamente sectorizada. Hernán Romero distingue cuatro puntos geográficos de la capital, en donde había mayor índice de fallecimientos y sus causas:

“Las muertes violentas muestran cierta preeminencia en cuatro distritos: por efectos de los accidentes del tránsito, en las vecindades de los cerros Santa Lucía y San Cristóbal y por crímenes, cerca de ambas estaciones de ferrocarril.”<sup>cxxviii</sup>

No parecía haber un parámetro para medir los grados de violencia en el barrio, siendo tan peligroso vivir en los alrededores de la estación, como lejos de ella:

“Cuando María...se casó, ella y su marido se quedaron en la casa de Jotabeche, mientras el resto de la familia se mudaba a un barrio cercano al mercado, detrás de la Estación Central, conocido con el expresivo nombre de Chicago Chico, debido a la concentración de pistoleros ocasionales, ladrones y delincuentes de todo tipo que allí vivían.”<sup>cxxix</sup>

Esta agresividad era notoria incluso en los niños que –desde muy pequeños– debían aprender a barajarse en un mundo marcado por la carencia y, consecuentemente, por la hostilidad:

“Después de la calma campestre, los ruidos, la mugre y la falta de intimidad eran insoportables. Las pandillas de críos les parecieron agresivas, maleadas y demasiado independientes.”<sup>cxxx</sup>

Alberto Spikin Howard, –descendiente de británicos– cuyo padre era el ingeniero a cargo del Gasómetro, que surtía de luz al barrio –un verdadero hito entre los escasos

edificios de magnitud del sector– se crió en ese barrio y convivió una buena parte de su vida con la peligrosidad de éste.

“Habitábamos, es cierto, en el peor arrabal de la ciudad, en el barrio Chuchunco, poblado de casas miserables, cantinas y tugurios, y al decir de la gente honesta era una hazaña morar en ese sitio rodeado de maleantes, hampones, ociosos y prostitutas. Cuando contesté en el Liceo, un día la pregunta de rigor:

-¿Dónde vive Ud.?

-En Chuchunco...mis compañeros...me rodearon e interrogaron minuciosamente sobre robos, salteos y asesinatos. Al poco tiempo había adquirido, a pesar de mi naturaleza tímida y reconcentrada, fama de agresivo y pendenciero...Es de Chuchunco decían y ese título era suficiente.”<sup>cxxxix</sup>

Una descripción general del barrio, resulta clarificadora:

“El barrio de Chuchunco, en donde se construyó la Fábrica de Gas, era el más bravo de la capital, barrio de hampones y prostitutas, refugio de bandidos. Cuando se cometía un crimen en la ciudad, se daba por seguro que el hechor estaba escondido en alguno de los ranchos de ese arrabal. Transitar por la calle Dolores, Antofagasta y Exposición y cuando ya había anochecido era correr peligro de muerte, y el que se aventuraba a pasar por de bajo de los puentes de Iquique y Antofagasta, desarmado, iba expuesto a perder la vida. Se cuenta que hasta el famoso ‘Huaso Raimundo’ solía llegar al barrio Chuchunco en busca de descanso entre sus conocidos, o remoler, después de sus correrías por los campos de Buin, de Graneros, de Guindos y de Hospital.”<sup>cxxxix</sup>

“Y ese puente de la aguada

Nadie lo puede cruzar

Porque apenas se oscurece

Ya lo salen a parar”<sup>cxxxix</sup>

“Ya murió el ‘guaso Raimundo’

lo tomaron mal heri’o

‘Manuel el bonete grande’

ya se encuentra deteni’o

Quisiera con el guaso

tomar un poco

porque no le hace falta  
jamás el choco

Jamás el choco, sí  
roto valiente  
que se tiró a balazo  
con los agente

Te fuiste de este mundo  
'guasó Raimundo''<sup>cxxxiv</sup>

En la figura del huaso Raimundo se encarna el nexo entre el campo, que está dejando de serlo y la ciudad, que aún no abandona sus resabios rurales. Este bandolero –cuya figura llegó a ser un verdadero mito– efectivamente sabía donde buscar refugio, pues el barrio Estación era una “tierra de nadie”, en la cual hasta la policía tenía dificultades para cumplir su labor.

“No hacían todavía su aparición los carabineros...se trataba de policías individualistas, arbitrarios, poco disciplinados. En el caso del retén a que me refiero, unos cuatro al mando de un cabo, imponían el orden por el temor y se hacían odiar de todo el mundo. Era por lo demás la única manera de que pudieran conservar su propia vida...”<sup>cxxxv</sup>

Qué mejor refugio para los delincuentes un lugar donde:

“Cada mañana se descubría un cadáver apuñalado o con un tiro en la espalda o en la nuca...casi nunca se daba con el autor.”<sup>cxxxvi</sup>

Y la gente, ya curtida por los hechos, sencillamente dejaba pasar:

“Cierta vez caminábamos mi amigo Maxwell Styles y yo por la calle Dolores, de regreso a mi casa, era una noche oscura, negra, en la cual no se distinguía nada aun paso de distancia. De pronto sin habernos percatado del peligro a nuestras espaldas, sentimos un golpe seco y un grito...volvimos sobre nuestros pasos, pronto dimos con un hombre de bruces, inmóvil en la vereda. Nos atrevimos a darle vueltas y mirarle el rostro pálido a la luz de una vela. Ya no respiraba. De espalda a la altura de los riñones, levantando el vestón, observamos un hilillo de sangre que le manaba lentamente...Cuando comprobamos que estaba muerto, reanudamos nuestro camino. La 8ª Comisaría estaba demasiado lejos para dar cuenta del crimen.”<sup>cxxxvii</sup>

El cuequero Hernán Núñez nacido en 1914 en un conventillo del barrio Estación, –y con más de cincuenta años de residencia y trabajo en el sector– cuenta que:

“Un día amaneció un muerto...era de los comedores de color.”<sup>cxxxviii</sup>

Sin embargo, agrega, que “a los conocidos no les pasaba nada”.

Incluso, a plena luz del día, era cosa común la ocurrencia de hechos luctuosos, a vista y paciencia de los transeúntes:

“Antes de llegar a la Estación Central, en la calle Exposición, al pasar frente a una cantina, vi salir corriendo a un hombre perseguido de cerca por otro armado de cuchillo. El agresor dio alcance a su víctima y con ferocidad le clavó el arma en la barriga. El herido cayó al suelo dando alaridos, mientras que por la herida sangrante le asomaban los intestinos.”<sup>cxxxix</sup>

Núñez relata haber presenciado duelos, en donde:

“Se amarraban de una pata y se daban puñaladas”<sup>cxli</sup>

Más adelante, Spikin Howard agrega un dato fundamental, que sostiene el escenario de un compartir colectivo con escasa vida privada, por lo demás las condiciones de pobreza impedían una adecuada privacidad:

“Yo vivía en un medio violento en directo contacto con el pueblo...con las puertas y ventanas abiertas.”<sup>cxlii</sup>

La falta de privacidad e intimidad estuvo impuesta por el conventillo, forma de habitación que llegó a ser la construcción identificatoria del barrio Estación, siendo generada por el sistema de arriendo “a piso”. El cuarto redondo, así llamado por tener sólo una puerta de acceso y carecer de ventanas, se transformó en el símbolo del sector que quedaba de la estación al sur–poniente.

Los contrastes sociales eran notorios, incluso para un niño

“Yo encontraba a mis primos educados en exceso, si los comparaba con mis hermanos pequeños y conmigo mismo, salvajes habitantes de una fábrica sucia que se hallaba en los alrededores de la capital, en un barrio de rotos.”<sup>cxliii</sup>

La atmósfera alrededor de la estación si bien era dinámica no por eso era menos insalubre, sumando esa condición a las ya muy deplorables del barrio en general:

“Vivieron mis abuelos durante un largo tiempo en la calle Exposición, en una casa cuyo jardín daba a los patios de la Estación Central. Mi abuela, amante de las flores nunca pudo cultivarlas lozanas y frescas, pues los pétalos se tornaban grises y marchitos, rápidamente cubiertos por el humo y el hollín de las locomotoras.”<sup>cxliii</sup>

Las condiciones materiales resultaban una paradoja en los lugares aledaños a la estación. Algunas construcciones grandes, incluso imponentes, como la estación misma, la Punta de Diamante, el Gasómetro y las bodegas representando la pujanza del desarrollo urbano. Junto a ellas, la pobreza del comerciante callejero, del provinciano y la obscuridad del delincuente y la prostituta. Los mismos edificios resaltaban las contradicciones:

“La Punta de Diamante, un edificio de dos pisos donde hay, en los bajos, un almacén de provisiones y en los altos un hotelucho de los vidrios rotos y de las puertas y ventanas misteriosas y atisbadoras como ojos de buscona, determina las dos grandes arterias, como dos grandes piernas del barrio de Chuchunco, la Avenida Latorre y Ecuador o Los Pajaritos. La Punta de Diamante sería la (sic) pubis de la barriada que tiene rincones y alaridos, que tiene novelas lamentables y donde la pobreza se retuerce como una maldición... Frente a la Punta de Diamante hacia el sur está la calle Borja hoy más o menos correcta; pero donde persisten los recuerdos de Pancho Salinas y los “Conejos Chicos”, las grandes bodegas, antes llenas de actividad, cubiertas de fuertes trabajadores y hoy muertas, inactivas... las vendedoras de fritangas, la nata de fritangas y el friso de negocios asquerosos, oscuros y malolientes. Se recuerdan las victorias negras como ataúdes que en los días de visitas sanitarias acarreaban hacia la calle Bartolomé Vivar a las vendedoras de amor que durante toda la tarde llenaban el barrio con el horror de su misión oscura y trágica.”<sup>cxliv</sup>

Internándose hacia el sur, el paisaje mostraba gradualmente una pobreza cada vez mayor, hasta llegar a niveles infrahumanos, sin servicios de ningún tipo, con una comunidad sometida al imperio de la violencia y abandonada por las autoridades. Notables resultan las descripciones de suciedad, borrachos, prostitución, enjambres de niños harapientos y mujeres tratando de combatir la miseria:

“...a un lado de la vía férrea se extendían manzanas y manzanas de casas bajas de techo plano, en sórdidas calles. Cuanto más te alejabas de la Alameda, más sucias y miserables se volvían las calles, se veían más chiquillos sucios y descalzos, más borrachos deambulaban en las

esquinas, los perros callejeros hambrientos revolvían la basura desparramada en las calzadas sin pavimentar, llenas de baches; el estuco desmoronado daba paso a un paisaje de madera, plancha ondulada, lata y cartón. Más allá de los gasómetros que cargaban el aire con sus emanaciones, llegabas a un descampado donde había surgido la Población Nogales. Era un lugar caluroso y polvoriento en verano, se convertía en barro que llegaba a las rodillas con la aparición de lluvias invernales. Lo atravesaba una alcantarilla al aire libre, patio de juegos para los niños, que hurgaban los detritos de sus orillas infestadas de ratas e incluso se bañaban en él cuando hacía calor.”<sup>cxlv</sup>

Antonio Acevedo Hernández también hace referencia a la pobreza extrema del barrio Estación cuando menciona los ranchos ubicados en las calles de San Javier, Dolores y Cinco de Abril.<sup>cxlvi</sup>

Una descripción más técnica es la realizada por Armando de Ramón, en referencia a los problemas de flujo en las acequias y acumulación de basuras:

“En muchas casas, la basura era arrojada directamente a las acequias que cruzaban el interior de las viviendas, impidiendo el escurrimiento normal de las aguas y causando amontonamiento de basuras, o ‘tacos’, al interior de las manzanas de casas. Los ‘tacos’ producían anegamientos con las consecuencias imaginables...En otras casas sus moradores enterraban la basura en los patios o la quemaban...”<sup>cxlvii</sup>

Diariamente, el barrio vivía dos tiempos, que contrastaban brutalmente sobre todo cuando era fin de semana. El tiempo de la mañana y la tarde animado por los ruidos del tren y la actividad bullente de la estación; el trabajo arduo del comerciante y el obrero de la maestranza, el desembarco de provincianos armados únicamente de sus bártulos y esperanzas; la entrada y salida de toda clase de vehículos, llevando mercaderías y provisiones traídas del campo a la ciudad y que llenaban las bodegas de frutos y productos del país ubicadas a los costados del terminal, en calle Exposición; piños de ganado –que llegaban directamente por los caminos rurales que conectaban Santiago, arreados hasta el Tattersall– y la gente que también se alejaba de la ciudad. La otra cara se mostraba cuando caía la noche, entonces surgía el tiempo del bullicio y la música, pero también del drama y la muerte.

“Es un arrabal bravío que se despereza en las mañanas al son de los pitazos de las locomotoras, las fábricas y la maestranza. Momentos después de llegar el expreso del puerto, al mediodía, se recoge y duerme un par de horas; la noche trae la remolienda que lo hace vibrar entero con toques de vihuela, zapateo de cueca, tamboreo y gritería destemplada.

Desde el sábado al atardecer y todo el domingo es osado en aventurarse por esos contornos donde flota la influencia asesina del licor.”<sup>cxlviii</sup>

Sin lugar a dudas, el fin de semana era el comienzo de la alegría, mezclada con la tragedia, al respecto la documentación resulta unánime:

“En las noches del sábado cada rancho se convertía en un lugar de jaranas, borracheras, pependencias y –a menudo- asesinatos. Por quítame allá estas pajas’ los amigos que habían estado bebiendo juntos en la cantina, se disgustaban y salían a la calle a batirse a puñaladas. Varias veces, de niño me tocó presenciar estos duelos y ver relucir los ágiles cuchillos a la luz de la luna y caer uno de los rivales con un tajo mortal en el pecho.”<sup>cxlix</sup>

Spikin Howard hace un magnífico cuadro al recrear la conducta del cura de su parroquia (parroquia de Dolores) que debía ponerse a tono con la gente brava del barrio, si deseaba ser respetado, como sacerdote y como persona:

“El religioso más pintoresco que conocí en mi infancia fue el cura Sandoval de la Iglesia del Apóstol Santiago. Tenía de la fe el concepto militante de San Ignacio y deseaba imponer la doctrina cristiana a punta de rigores, violencias, palabrotas y hasta bofetadas. No hay que extrañarse ante su actitud combativa si se considera que su parroquia estaba situada en un barrio bravo, rodeada de gente de mal vivir, en la cual las creencias religiosas de los habitantes eran más bien un conjunto de supersticiones y supercherías, que una fe auténtica. Más significaban para ellos las animitas milagrosas, aunque de bandidos se tratara, que la veneración del Salvador del Mundo. Decidido a purificarlo todo en nombre del Señor, el cura Sandoval tomaba la justicia en sus manos y las noches del sábado, cuando todo el barrio vibraba en una bacanal de vino y mujeres, entraba de improviso, de rondín, en los ranchos donde se celebraban las orgías, y a patadas destruía guitarras y chucos, apagando luces, entre el griterío de las prostitutas histéricas y los borrachos. A veces se le veía pasar por las calles llevando el viático, tras los vidrios de su birlocho, en cuyo pescante el monaguillo, vestido de rojo, hacía sonar la campanilla a intervalos regulares. Los pobres, casi todos, caían de rodillas y se persignaban a su paso o, por lo menos, bajando su cabeza, se descubrían al ver al cura Sandoval...algunos, por distracción o por incrédulos, dejaban de hacerlo y permanecían de pié, enhiestos y ‘ensombrerados’. Entonces, el sacerdote, sacando una mano por la ventanilla del carruaje, hacía ‘tamañas al hereje y lo apostrofaba con las palabras corrientes que el pueblo sabe entender: ¡Híncate, huevón!’.”<sup>cl</sup>

Pero no sólo el catolicismo realizaba denodados y poco ortodoxos esfuerzos. La iglesia evangélica, una minoría ínfima en esa época, desarrollaba sus actividades intentando llevar a las ovejas al redil. Es así como la Iglesia Metodista Pentecostal, solicitaba

renovación del permiso para las prédicas correspondientes a realizarse en la garita de los carros en Estación Central, General Velásquez con Alameda (llamada también “Delicias”, en esa época), Dolores con 5 de Abril, Delicias con Borja, Población Velásquez, Ecuador con Toro Mazzotte y Dolores con Chorrillos, a las 7 P.M.<sup>cli</sup>

La ingesta de alcohol estaba totalmente internalizada en una gran parte de los sujetos del barrio, ocupando un lugar preponderante en la “cultura de la hombría”, cultura que se retroalimentaba con diversos pasatiempos como las riñas de gallos, las apuestas en las carretas de naipes y las canchas de rayuelas, lugares ubicados en Jotabeche, Antonio Varas y otros:

“...éramos jóvenes y tomábamos el sábado, seguíamos el domingo y el lunes amanecíamos más tiesos y duros que el trinquete de la ‘Esmeralda’; rotos crudos, con un pequén y un trago de aguardiente quedábamos como nuevos, listos para ir a la pega.”<sup>cliii</sup>

Las borracheras constituían verdaderos ritos de fin de semana:

“Todas las semanas una gran cantidad de seres bípedos y con hermosa frecuencia implumes, se emborrachan en Chile...se trata de la gran borrachera a la vez individual y colectiva...La gran borrachera parte aquí de una intrínseca tradición de consecuencia, respeto y fidelidad a la tierra y corre a cargo del vino: del inenarrable vino chileno. La gran borrachera ritual comienza con un proceso de ablandamiento que tiene lugar en el véspero del sábado y a veces unas horas antes...y que luego de haber pasado por su apogeo esa misma noche y por varias insuflaciones de sostén durante el domingo, hace que el fin de semana se prolongue hasta el lunes, inclusive, haciéndolo caer, como un día borracho, sobre el amanecer del martes.”<sup>cliii</sup>

El problema del alcoholismo, en todo caso, era nacional. Para el período estudiado, el país había alcanzado grados extremos con respecto a este fenómeno. Las estadísticas colocaban a la nación en uno de los primeros lugares a nivel latinoamericano y quizás mundial, con respecto al consumo etílico. Esto traía aparejados una serie de problemas que formaban una imbricada malla, que tocaban aspectos incluso relacionados con la misma cultura del hombre popular, porque una de las formas de validación en ese mundo era precisamente la capacidad de soportar grandes ingestas de bebidas alcohólicas, era uno de los parámetros de la hombría, parte del ser “roto choro”. Otra motivación fundamental era el escape a la vida oscura del arrabal:

“En sus jornadas no abundan las alegrías y por eso los días de holganza son orgiásticos. Para vivir un año de esclavitud con cierta resignación bastan a menudo cinco o seis días de plena libertad ruidosa.”<sup>cliv</sup>

Consecuentemente, el comercio de bebidas espirituosas era uno de los más florecientes al interior del barrio, en donde la venta ilegal de alcohol era una entrada segura y abundante para comerciantes inescrupulosos, como lo testimonian las fuentes oficiales y, sobre todo, los textos más intimistas.

“Al lado de la casa había una bodega con un bar ilegal en el patio trasero.”<sup>clv</sup>

El problema fundamental era la función del alcohol como puente para una sociabilidad adecuada, al interior de la cultura popular. Esto llegó a convertirse en un fenómeno realmente grave para el contexto histórico de esos cuarenta años. De hecho, el alcoholismo fue el punto central de estudios, discusiones y medidas tomadas por las autoridades políticas y médicas, durante ese período, con resultados bastante menos que magros. Según Salazar, entre 1900 y 1920 se quebraron todos los récords de alcoholismo nacional.<sup>clvi</sup>

“Vino que del cielo vino  
jugo de las verdes matas  
dime a cuántos curaditos  
les has hecho parar las patas

Quién toma vive sano  
qué desacierto  
yo he tomao tres días  
casi me he muerto”<sup>clvii</sup>

“Paso metío en el chuico  
tomando como re poco  
que apenas me quean fuerzas  
p’ a pasar de un día al otro”<sup>clviii</sup>

Las consecuencias sobre la vida familiar eran desastrosas, con mujeres golpeadas y niños abandonados a su suerte, en tal sentido la prole era diezmada por las

enfermedades y la desnutrición, súpese a esto la miseria y falta de higiene y se tendrá el peor de los escenarios posibles.<sup>clix</sup>

Lo anterior generaba un verdadero mecanismo darwinista, pues sólo los vástagos más fuertes –o afortunados– lograban sobrevivir, para tener una expectativa de vida relativamente breve pues la existencia de una mayoría era finalizada a manos del mismo alcohol, epidemia o puñal. Esta fase de sobrevivencia está retratada en excelente forma, en el episodio en que Esmeraldo –protagonista de “El Roto”– se cura espontáneamente de una grave enfermedad, saliendo fortalecido de ella, lo que augura su destino de “duro”.

En cuanto a la mujer, debía apelar, en muchos casos, a la salida inevitable. Entre 1900 y 1920, del 21 al 22% de las mujeres adultas de Santiago practicó algún tipo de prostitución.<sup>clx</sup> Otras vías de ingreso de recursos fueron el comercio, los servicios domésticos, lavandería y costura.<sup>clxi</sup>

Las medidas del gobierno y las iniciativas de los particulares tuvieron un carácter más bien paliativo, sin poder llegar a soluciones de fondo, tales como “la perrera” o camión desinfectante y la “gota de leche” por mencionar sólo dos. Si bien el ferrocarril se había preocupado de entregar condiciones de vida y trabajo dignas a sus empleados, sólo constituían una mínima parte, en términos de población total del barrio. A esto debe sumarse el doble descuido tanto de los propietarios de los terrenos (ya mencionado anteriormente) como de las propias autoridades, peor aún si está hablando de un sector muy deficitario en lo económico y que, por lo mismo, no podía ejercer ninguna presión política de importancia, con excepción del grupo comerciante y aún así. Habrá que esperar al menos cuarenta años más para constatar desarrollos adecuados y con un mínimo de dignidad, pero eso es otra historia.

## **2.5. La cueca: vivencia y documento**

Desde la óptica de lo cotidiano, el período 1900-1940 se distingue por una sociabilidad de los estratos marginales enmarcada por el baile nacional, el cual llegó a ser un verdadero sello identitario de lo netamente popular. Hoy, la cueca ha sido desplazada por otros ritmos y músicas. Decretos y leyes no pudieron revivir el antiguo sentimiento del sujeto de bajo pueblo que se expresaba a través de este medio, en forma espontánea.

Como documento resulta de primera pertinencia para entender dos cosas fundamentales: la primera, comprender las representaciones, conceptos e imaginarios que pueden servir como puente para llegar a configurar una estructura del pensamiento popular respecto del mundo. La segunda, es que desde el punto de vista del texto, éste funciona como un auxiliar historiográfico, que puede ser analizado –crítica interna– como un medio de comunicación y reforzamiento de los valores y contenidos de la mente popular. En otras palabras, para el hombre común no era solamente una forma de entretención sino también un *bien cultural* que permitió la *pervivencia* de una imagen de mundo y una adaptación por ende a las nuevas condiciones enfrentadas en la ciudad. En síntesis, la cueca permite –siguiendo en la expresión a Salazar– un examen “desde dentro” de la realidad histórica de los grupos de escasos recursos. Desde los inicios de la República hasta la década de 1940, es posible observar, en forma clara y evidente, un predominio sin contrapeso de la cueca en el gusto popular, predominio que se hacía presente en la vida cotidiana, la cueca –creo que sin pecar de exageración– constituyó una *forma de vida*. Por definición, entonces, la cueca constituyó el medio expresivo por excelencia de los grupos sociales, conformadores del pueblo. La *chingana* asentó sus reales –tempranamente– en una ciudad que caminaba, con tranco pesado, hacia la modernidad:

“La gente del pueblo concurre los días domingos a las chinganas, especies de fondas establecidas en el barrio Sur, y donde se reúnen más de diez mil individuos los días festivos. Aquí se canta, se baila y se bebe, después la policía tiene bastante que hacer.”<sup>clxii</sup>

Demostración de que las representaciones y expresiones de origen campesino, resultaban mayoritarias en un contexto que difícilmente podría haber pasado, al menos a primera vista, por urbano. En forma lenta pero segura, la cueca fue invadiendo el nuevo espacio citadino, precisamente porque ese espacio había sido abierto por los migrantes de origen rural. Es observable el desplazamiento sufrido por esta expresión musical desde el campo a la ciudad, traslado que se constata en general –para las formas populares de origen campesino– en toda Latinoamérica. En el sentido propiamente etnomusical, González dice:

“Las sucesivas corrientes migratorias de zonas rurales a urbanas producidas en América Latina durante el siglo XX han generado también un desplazamiento del foco de atención del etnomusicólogo, quien finalmente ha sido llevado a la ciudad por las propias comunidades que

estudia. Es así como la etnomusicología comienza a preocuparse por una de las músicas urbanas más resistidas por nuestra intelectualidad: la del campesino que emigra a la ciudad. Esta música...se yergue como símbolo de reconciliación de la movilidad económica urbana con el ethos rural de sociabilidad no competitiva. A través de sus músicas...los inmigrantes construyen un universo simbólico en el cual logran reconciliar las experiencias contradictorias de vidas rurales y urbanas, creando una imagen positiva de ellos mismos...Se trata de urbanización de repertorios rurales, los que ocurren en América Latina desde fines del siglo XIX”<sup>clxiii</sup>.

Con el paso del tiempo, la urbanización comenzó –al menos materialmente– a borrar los antiguos conceptos de lugares de diversión popular. Se constata un proceso de atomización, que constriñe los espacios de diversión popular.

“Y ya no cabía el retorno al pasado. Las “chinganas” habían sido tragadas al interior de los cafés, bares, restaurantes, clubes, burdeles, hoteles y chiribitiles...las quintas y los ranchos de los suburbios estaban siendo arrasados: se había decretado la guerra contra los rancharíos. Los alcaldes e intendentes querían organizar la ciudad y los grandes propietarios urbanos habían descubierto que podían ganar más dinero transformando sus chacras en manzanas de “conventillos” para alquilarlos por piezas a la clase asalariada, que trabajándolas agrícolaemente”<sup>clxiv</sup>

Estas manifestaciones populares resurgen en ámbitos que van siendo urbanizados paulatinamente, v.g. en el conventillo, pero asumiendo características que ya no resguardan el estilo puramente campesino, generándose formas mixtas. Para el caso de la cueca, hay una resignificación que muestra el cambio hacia lo urbano, notándose esto tanto en el texto (letra) como en la forma instrumental.

Surgió así la cueca urbana o “chilenera” que podía ser interpretada por una voz femenina o por –generalmente– cuatro varones, tres intérpretes estables y uno que aseguraba la continuidad de los versos. Los instrumentos eran la guitarra y pandero o también el piano solo (esto es típicamente urbano). El tamborileo se hacía, comúnmente, en una caja acondicionada para tal efecto o en la misma caja del piano, otras veces en la guitarra. Los textos están referidos a la cotidianeidad, los esquemas de vida del hombre popular y sus concepciones de mundo, según Luzzi:

“Se trata de una cueca urbana, vinculada a la actividad cotidiana de sus participantes;...esta cueca era la manifestación de una subcultura que se alojaba en las ‘orillas’ de la sociedad, que permitía a algunos sectores de ésta, que no se sentían representados en ninguna otra parte, tener ahí su

propio espacio que los identificara y a través del cual se expresaban los diferentes aspectos de su vida...<sup>clxv</sup>

Confirmando este carácter marginal, Hernán Núñez es enfático en declarar que “la cueca la vivía el de abajo...”<sup>clxvi</sup>

Esto se evidencia en el siguiente relato de un día común y corriente de un barrio marginal. Pudo, por lo mismo, perfectamente haber sido un día en la vida del barrio Estación, el destacado de la cita es mío:

“Por las aceras, la humanidad de los suburbios desparramaba su fatalismo sin manos de luz para contener una esperanza: mujeres panzudas, rodeadas de chiquillos descalzos, piojosos, con mantas de saco, borrachines que dormían con la cabeza puesta sobre sus propios vómitos, con el vientre a la vista; jugadores de chapitas tintineando monedas entre las manos sucias, **grupos haciendo rueda a una pareja que cuequeaba al son desafinado de una guitarra rota y del verso hueco de una cantora ebria...** Los conventillos se ahogaban en humo, ridículamente immaculizados por los alambres combados de ropa. Otros chiquillos corrían como endemoniados, pillándose, haciéndose zancadillas, botándose, revolcándose.”<sup>clxvii</sup>

La cueca urbana se instaló en tres puntos definidos como núcleos de cultura popular: Estación Central, el Matadero y la Vega Central.<sup>clxviii</sup> Siendo entendible tal proceso, principalmente a través del barrio –cuya historia se rastrea en este trabajo– dado su carácter de punto de encuentro, entre campo y ciudad.

Puede constatar el efecto aglutinador, que ejercía la cueca, sobre el grupo comunitario, grupo asociado al escenario del conventillo, típico del barrio Estación. Generalmente la gente se reunía en la noche, después de las labores diarias. El patio del conventillo era el espacio donde se expresaba, musical y espontáneamente, el sentimiento del hombre y mujer de bajo pueblo.

“Es de noche... la sombra borra la fisonomía del conventillo... Margarita toca el harpa (sic)... Un vecino pide una canción... El grupo ha crecido. Hasta el zapatero ha largado su martillo para acudir, pero como es poco melancólico reclama una cueca. Entonces el harpa (sic) pierde su vacilación y se estremece al contacto de las manos que bailotean en su cordaje; su música se desgrana tumultuosamente se anima, se exalta... Empieza la cueca. Juana baila con el zapatero....”<sup>clxix</sup>

Con mayor razón aún si había un buen motivo para celebrar:

“Oiga amigo, ¿sabe?, estoy celebrando mi santo con tamboreo y guifa...Hay victrola para los que quieren bailar agarraos.”<sup>clxx</sup>

Las canciones, con ritmo de cueca, constituían la música predilecta –seguida como una estricta moda– del hombre y la mujer de pueblo

“Subiéndose las mangas, cual lo hace ante la batea...castiga al viejo piano, entonando al mismo tiempo con voz lánguida la cueca de moda que trae trastornado al barrio...”<sup>clxxi</sup>

Las emociones de los grupos populares se exaltaban cuando se oía una cueca. Esta exaltación queda claramente demostrada en el personaje de Esmeraldo, un caso extremo de sujeto marginado –criado entre prostitutas y lumpen–, representando prístinamente esa clase de sentires:

“Pasaba por una calle empedrada cuando sintió sonar en sus oídos algo tremendo, irresistible. El allá va, allá va de la cueca”<sup>clxxii</sup>

Resulta asombroso como la alegría podía estar tan cerca del sufrimiento y la muerte, si bien es cierto las ocasiones de reunión servían para divertirse, el fondo de tristeza y melancolía, provocadas por la misma situación histórica del sujeto popular siempre estaba presente, transformando la circunstancia de la diversión en una especie de catarsis dramática:

“...su propio tormento, revestido de un derecho a divertirse, a emborracharse, a jugar, que equivaldría, acaso, como al derecho a matarse.”<sup>clxxiii</sup>

Esta ambigüedad que podría denominarse como una “alegría triste”, y que surgía al momento del compartir y sonar una cueca, se veía reforzada con la ingesta de alcohol; metafóricamente la cueca y el trago bailaban su propia danza:

“La acordeón está borracha  
y el que la toca también  
y al que toca la guitarra  
no lo pueden sostener

y el del pandero  
cada vez que lo toca  
se cae al suelo

Y así son los cantore  
re tomadore”<sup>clxxiv</sup>

“Llevaron más y más cerveza y, cuando hubo doce botellas vacías reflejándose en línea, en el espejo de la mesa central, Clorinda arrancó del piano una cueca brillante que hacía furor por los arrabales polvorosos.”<sup>clxxv</sup>

El piano era un elemento indispensable en la cueca urbana, asociado siempre tal instrumento a los prostíbulos. Es lo que se llamó la “cueca apianada”, cuyo tamboreo se realizaba en la misma caja del aparato:

“Clorinda...se puso a tocar El Canario, cueca dulzona y melodiosa. Entonces bailaron todos, menos el marinero, que se fue derechito a tamborear en la tapa del piano, cosa que hizo de manera inusitada y maestra, despertando curiosidad y envidia en las niñas. Nunca habían oído un tamboreo tan hábil...El baile cobraba un encanto nuevo con ese acompañamiento diestro.”<sup>clxxvi</sup>

Siguiendo a Manuel Rojas, el piano era el núcleo de la alegría prostibularia, formando un cuadro inseparable, con la típica escenografía de burdel: el espejo, las cortinas y los muebles tapizados con felpa roja.<sup>clxxvii</sup>

“Viva el pandero  
los compases del piano  
y el chinganero”<sup>clxxviii</sup>

“Yo siento el piano en la oreja  
donde me paso tomando  
y el que nació p’a chicharra  
tiene que morir cantando”<sup>clxxix</sup>

Pudiese ser que la reunión comenzase con otros ritmos –todos ellos europeos–, pero cuando en el ambiente comenzaba la distensión y empezaba a sentirse el efecto de los vapores etílicos, era inevitable y natural que irrumpiese el ritmo de la cueca, exaltando a la concurrencia y creando un ambiente de mucha mayor confianza:

“Los bailes de moda eran entonces la polca, el vals, la mazurca, el ‘schottish’ y la cuadrilla. Y cuando ya el entusiasmo era grande, jamás dejaba de bailarse la cueca, bien zapateada. Por su música alegre y lo

pintoresco de sus giros, era el baile que más me agradaba. Muchas veces, en esos años, tuve ocasión de ver bailar cuecas maravillosas.”<sup>clxxx</sup>

El papel de las cantoras resultaba crucial en este tipo de reuniones. La mujer llegó a tener un status de primera importancia, equivalente al desempeñado por los “canarios” (cantantes varones, de voz aguda o “pito”), ya fuese acompañada por una guitarra o un piano. Esta habilidad era muy bien vista entre los grupos populares. Edwards Bello confirma estos datos en base a su propia experiencia.<sup>clxxxi</sup> Dado que en los prostíbulos se dio en forma espontánea el desarrollo de esta expresión, y que el barrio de Estación Central se distinguió por la proliferación de estos establecimientos, las cantantes que se desempeñaban en ellos llegaron a ser un verdadero símbolo de la vida nocturna en el barrio.

“La voz de la mujer que tocaba el piano y cantaba se elevaba agudamente por encima del tumulto, con acento desgarrador; parecía que la maltrataban o la herían, arrancándole gritos de dolor...”<sup>clxxxii</sup>

Esta danza estaba presente en todos lados, siendo parte natural de la vida diaria. Resulta difícil hacerse una clara idea de esto, hoy en día, tomando en cuenta los grandes cambios que surgieron –en un momento dado– al interior de las preferencias populares. Los ritmos de este baile eran audibles tanto en lugares públicos:

“Esas calles con casas de mampara donde se percibe el rasguear de una guitarra, el tamboreo y una voz femenina estridente.”<sup>clxxxiii</sup>

como en instancias privadas:

“Desde una de las piezas escapan, abordando los oídos, el rasgueo de una guitarra, la voz de una mujer y los zapateos, palmoteos y vivas de una cueca.”<sup>clxxxiv</sup>

Cuando caía la noche, sobre el barrio, era posible escuchar el ritmo de esa música:

“No cogía el sueño. El tamborileo de una cueca, amortiguado por la distancia, llegaba a ella, a ratos sí, a ratos no. Esa música un poco deshilachada y torpe le provocó una reacción penosa: en los cuartos llenos de humo, a la luz del alba, cuando las caras palidecen, borrachos, cansados, una mano tañe la cueca de la despedida; la cueca que nadie baila, que nadie escucha suena así.”<sup>clxxxv</sup>

Benedicto Chuaqui, entrega su testimonio respecto al aspecto público que tenía la expresión de este canto y danza, diciendo: “De lejos seguía oyendo a las cantoras que gritaban ‘*siga la cueca, siga el vaivén, bailen la cueca, báilenla bien*’...”<sup>clxxxvi</sup>

En toda reunión popular que se respetase, la cueca era la danza privilegiada por el gusto del hombre y mujer de pueblo

“El rasgueo de una cueca empieza. –¡Ya niños a la cancha!...insinúa un hombre, algunos pañuelos sucios y arrugados saltan de los bolsillos. Algunas jóvenes se levantan, invitadas por los hombres. La guitarrista empieza a cantar...sentado en un piso, junto a la cantora, un hombre golpea con los nudillos la caja de la guitarra...los que no bailan tamborean...La cueca termina. Un hombre reparte vasos chorreantes entre los bailarines y demás asistentes. Las mujeres borrachas chacotean. Agarrones, risas beodas. Carcajadas estúpidas. Rostros agitados. Palabras groseras.”<sup>clxxxvii</sup>

Esto era un verdadero *in crescendo*, que tomaba la forma de una celebración descontrolada, a partir de ese momento resultaba difícil determinar el rumbo que podía asumir la situación,

“Se destapa el chuico. La fiesta sigue...vibran las nalgas y las tetas de las mujeres en los zapateos...Al través de la luz de la lámpara relucen los átomos que los zapateos levantan...Se toca un rato la victrola. Pero se impone de nuevo el baile criollo con sus pasos, vueltas y zapateos.”<sup>clxxxviii</sup>

La diversión alcanzaba un ritmo frenético, avivado por la excitación de la danza, el vino y la cerveza:

“Estos momentos son para reír, para meter bulla carajo,...Golpee en la silla, pateo, avive la cueca!... ¡Qué mierda, aquí hay que alegrarse!”<sup>clxxxix</sup>

Al ser la cueca una danza evidentemente erótica, esto servía como puente para interactuar en forma directa con el sexo opuesto, lo que sin embargo podía tener pésimos resultados, cualquier acto –mal o bien interpretado– podía terminar en una gresca de proporciones y la alegría terminar en tragedia, sucesión de hechos que era común en tales instancias:

“Suena un golpe dado en plena cara del milico ¡Qué te figuras mierda!... ¡Toma, mi mujer no es puta! Se arma la contienda, las mujeres gritan y se aferran a los hombres...llegan los carabineros... ¡Qué pasa aquí!”<sup>cxc</sup>

En otras circunstancias, sin la presencia de la ley, como ocurría comúnmente en los barrios bravos, el asunto se zanjaba en forma personal, apelando al arma que el uso popular ha consagrado históricamente:

“Afírmense ñatos, porque de aquí alguien va a salir para los mármoles de la Morgue. Los demás se pusieron nerviosos, palpando inconscientemente los mangos de sus cuchillos, esperando el instante de la riña.”<sup>cxci</sup>

Si la cueca era una manifestación cotidiana, en fecha de Fiestas Patrias la explosión era incontenible, siendo muy común que la gente partiese –en carretas prolijamente adornadas y con abundante provisión de comida y bebida– hacia el parque Cousiño. Los participantes hacían el camino cantando cuecas:

“18 de Septiembre...Del ‘Colmenar’ –como denominaban al burdel– las abejas del chino Antonio salieron a la calle, alborotando el barrio con sus gritos , sus vestidos de colores exaltados, sus indecencias...Sonó una guitarra punteando la primera cueca y por la calle, después, se esparcieron las voces de las alegres paseantes.”<sup>cxcii</sup>

Finalmente, reafirmando la preeminencia de la cueca como expresión de la sociabilidad específica del bajo pueblo, transcribo un documento realmente espectacular, correspondiente a 1929. y que sintetiza en buena medida, al menos en mi creencia, el conjunto de hipótesis que he intentado sostener hasta aquí. Si Roberto Alvarado y Zenobio Correa emprendieron tal proyecto, independiente de su legitimidad, es porque sabían perfectamente que el barrio representaba en sus gustos, sentires y representaciones, la máxima expresión de los grupos de emigrados de raíz rural y ésta – a su vez– asumía la forma de la cueca.

“EL señor Prefecto Jefe de Santiago, por oficio N° 5124, de fecha 10

del presente, dice a esta Intendencia lo siguiente:

Para poner en conocimiento de US. que los señores Roberto Alvarado Guerra, domiciliado en Fermín Vivaceta y Zenobio Correa Urzúa, Arica 3508 obtuvieron de la Municipalidad un permiso para celebrar durante los días Domingo 6 y Lunes 7 del actual una fiesta popular denominada ‘El Dieciocho Chico del Barrio Chuchunco’ en un potrero ubicado en la calle Ruiz Tagle del sector de la Tenencia Antonio Varas y de propiedad del segundo de los nombrados.

El permiso correspondiente fue otorgado con la declaración de que no se autorizaba la venta y consumo de licor. Sin embargo los señores Alvarado y Correa dieron a conocer al público de que se encontraban autorizados para establecer fondas con venta y consumo de bebidas alcohólicas y en iguales condiciones de las que funcionaron para las fiestas patrias en el interior del Parque Cousiño, etc.- En vista de lo manifestado por dichos señores se alcanzaron a construir cerca de 40 ramadas pagando un arriendo por los terrenos ocupados en el potrero del señor Correa, que llegó hasta la suma de \$150, por cada local como máximo.

El Prefecto infrascripto al tener conocimiento del negocio que estaban haciendo los señores Alvarado Y Correa, tomó las medidas procedentes disponiendo que el Prefecto de la 4ª Prefectura se trasladara personalmente al lugar de las fiestas, quien notificó a todas las fondas de la prohibición absoluta de expender licor adoptándose enérgicas medidas para impedir tal abuso. Por este motivo las fiestas proyectadas tuvieron lugar sólo el Domingo 6, bajo la estricta fiscalización de los carabineros a fin de hacer cumplir en todas sus partes la ley de alcoholes en vigencia.”<sup>cxiii</sup>

Esta tradición identitaria–musical comienza decaer a fines de la década de los treinta, cuando irrumpen con gran fuerza la música mejicana y los nuevos medios de transmisión y reproducción, como la radio y el popular “tocabiscos”, que reemplazó a la antigua victrola. La emergencia del acetato y el vinilo hizo que el antiguo formato de 78 rpm. –frágil y costoso– fuese rápidamente sustituido por los formatos 33 1/3 y 45 rpm. que, en relativamente pocos años, estuvieron al alcance del público en general.

Evidentemente, las productoras privilegiaron el cambio en los gustos populares, editando la música más vendible, que no era la de raíz nacional. La cueca entró en un punto muerto, debido también al crucial hecho de que su tradición se basaba en la oralidad, por lo tanto no existían textos estándar, conservándose fija sólo la pauta de la música. En las décadas del cincuenta y sesenta la invasión musical tuvo características tropicales –cha cha chá, mambo, cumbia– y anglosajonas –rock and roll, twist, soul–

La juventud, al ganar terreno como mercado consumidor, marcó la pauta de producción de las casas discográficas y la música de origen folklórico pasó a pérdida.

“En la ciudad casi todas las familias tenían radio y escuchaban música de grupos comerciales que interpretaban boleros, mambos, tangos, valeses peruanos y corridos mexicanos. Aún no había comenzado la invasión musical norteamericana.”<sup>cxiv</sup>

Los propios cuequeros comenzaron a evidenciar en sus textos esta manifiesta decadencia.

“Ya no se grita la cueca  
lo que me gustaba tanto  
las casas de remolienda  
fueron escuelas de canto

Salgo a recorrer de noche  
la caravana  
y no diviso el canto  
de la chingana

de la chingana, sí  
que me da pena  
parece que no tienen  
sangre en las venas

Ya no hay pandero  
soy chinganero”<sup>cxcv</sup>

“Ya no cantan los canarios  
nadie los ve por la cancha  
cierran el parque Cousiño  
y no hay fondas en Playa Ancha”<sup>cxcvi</sup>

Se pueden hacer dos enfoques respecto de la función de la cueca en el contexto popular. Por un lado, el aspecto que salta a primera vista relacionado con la diversión pura, sin mayor trascendencia: la alegría comienza y termina allí mismo. Por otro, su funcionalidad como medio de comunicación que transmitía no solamente las tradiciones y técnicas propias (canto, uso de la guitarra, versificación, etc.) sino que también informaba a la comunidad del acontecer cotidiano, muy ligado a la vida aventurera de los “guapos”, la pobreza, el trabajo y la manera de enfrentar la vida, esto es la expresión de una filosofía sencilla, pero muy práctica, que resumía las representaciones de la colectividad. He aquí varios ejemplos, advirtiendo que los textos han sido fragmentados para mostrar los núcleos de expresión y representación, por lo que las cuecas no

aparecen completas y cada texto se diferencia del anterior por la respectiva llamada a pié de página.

“Yo no tengo apellí’o  
ni más nobleza  
que haber nací’o libre  
y eso es riqueza”<sup>cxcvii</sup>

“Del que no conoce el hambre  
ni sabe de v’ía perra  
me separa una distancia  
como del cielo a la tierra”<sup>cxcviii</sup>

“Pisa firme en el suelo  
como hombre macho  
que desgracia más grande  
ser colihuacho”<sup>cxci</sup>

“No me gusta la plata  
ni sé juntarla  
pero la necesito  
para gastarla

Oro copa espá y basto  
to’o es p’a gasto”<sup>cc</sup>

“Dale gusto al cuerpo niña  
no dejes pasar la suerte  
que la vejez llega primero  
y después viene la muerte”<sup>cci</sup>

“No sé de padre ni madre  
me botaron como a un perro  
la cueca me enseñó a hablar  
y el gallo a peliar a fierro

Como soy hijo'e padre  
desconoció  
no pue'e haber un roto  
más atrevió

Más atrevió ay sí  
naide me para  
cuando llega la hora  
de dar la cara

Tengo deo p'a piano  
soy carrilano”<sup>ccii</sup>

“Y a zurció y remiendo  
vamos viviendo”<sup>cciii</sup>

“Me gustó vivir la vi'a  
tengo al frente a la pelá  
y en la hora del recuento  
yo no me quejo de ná

Como estoy más p'alotra  
que para ésta  
pi'o a Dio que me libre  
que me favorezca

que me favorezca, si  
san si acabó  
la vi'a es una cueca  
que se bailó

y ese roto capá  
descansa en pá”<sup>cciv</sup>

En el caso de una cueca completa, aparece una pequeña serie de versos o “introito”  
antes

del comienzo del canto, aquí van dos ejemplos que son creaciones del mismo Hernán Núñez.

### **Cueca "Por los barrios bravos"**

Introito

Voy a cantar esta cueca  
con todito el corazón  
por la Vega, el Matadero  
Plaza Almagro y Estación  
Tire chofer, Vivaceta 1226  
vamos a ver a doña Carla

### **Cueca**

Caramba me gustan los barrios bravos  
caramba, los guapos de corazón  
caramba, la gallá del Matadero  
caramba, los chiquillos de la Estación  
caramba, me gustan los barrios bravos  
la parte de la Vega  
caramba y Recoleta  
10 de julio y San Pablo  
caramba y Vivaceta  
la parte de la Vega y Recoleta  
y Vivaceta sí  
caramba, muy respetada  
Plaza Almagro y SanDiego  
Caramba, Blanco Encalada  
lindas canchas de amores  
caramba, los callejones

### **Cueca "El roto chileno"**

Introito

El roto chileno es mezcla de roca, caliche y cobre

p'al trabajo es como bruto  
y no ha habido quien lo sobre  
si me cortan los gringos  
soy atorrante  
donde hay trabajo  
la pampa es grande

### **Cueca**

Caramba, el Pacífico y la pampa  
vieron al roto indomable  
caramba, no lo para ni fusil  
ni bayoneta ni sable  
caramba, el Pacífico y la pampa  
con la chupilca del diablo  
caramba, era un demonio  
abriéndose camino  
caramba, y a puro corvo  
a puro corvo sí  
caramba, raza altanera  
derrochando coraje  
caramba, se fue a la guerra  
y te fuiste en collera  
por tu bandera

**Fuente: "Por los barrios bravos" Cassette, Star Sound, Ltda., 1984**

El texto de la danza se distingue por su dinamismo, siempre está cambiando, en base a la improvisación que refleja la habilidad del cantor, habilidad versificadora que se constata sobre la marcha, sobre todo en las competencias denominadas “canto a la rueda”, en donde partía un grupo creando letras hasta que quedaban los dos mejores, frente a frente. La música, en cambio, se mantenía siempre dentro de unos parámetros muy fijos:

“El ritmo del baile era siempre el mismo: únicamente cambiaba la letra de sus coplas. Era un ritmo vivo e impetuoso, pero idéntico...Un

tamborileo claro y seco, hechos con los nudillos de los dedos sobre la caja de una guitarra, surgía en los espacios que dejaban vacíos el canto y la música. En ese tamborileo, alma verdadera del baile nacional, la cueca, que marcaba su ritmo monocorde y constante, estaban el encanto y la atracción de él”<sup>ccv</sup>

La cueca urbana fue un símbolo del barrio Estación, pero no exclusivamente ya que los cuequeros formaban verdaderos circuitos de trashumancia entre los sectores de Estación, Matadero y La Vega. De ahí entonces la relación directa entre el desarrollo de la ciudad, desde el punto de vista de expansión de las formas populares y el auge de esta expresión musical y cultural. Hernán Núñez destaca el hecho de que su oficio lo aprendió en los barrios, más aún, en Santiago se realizaban prácticas de cueca con la gente de Valparaíso, reuniones en las cuales habían “puros choros y contrabandistas...”. La competencia podía llegar a extremos en los que se jugaba la vida, dado el fervor que despertaban tales prácticas. Núñez es enfático en declarar que:

“Había mucha rivalidad entre los cantantes...murió mucha gente por la cueca.”<sup>ccvi</sup>

Una reflexión al cierre. Es observable una paradoja evidente: la crisis de la cueca resalta, sobre todo, con la preocupación demostrada por la autoridad –en la época del régimen militar y su correspondiente exaltación neurótica del nacionalismo– al querer resucitar —por decreto– algo que estaba muerto hacía mucho tiempo. Durante los primeros cuarenta años del siglo XX no existió tal necesidad, pues la cueca formaba parte de la mentalidad del pueblo y su representación de las alegrías y penas que significaba estar en este mundo. Las razones de su brusca decadencia, después de un largo e indiscutible reinado, parecen ser bastante más complejas que la moda y el cambio tecnológico, asumidos –en primera instancia– por este trabajo. Quedará la elucidación de tales razones de fondo como una tarea a futuro.

En la actualidad sólo escasamente se mantienen estas reuniones. Aglutinan a los cuequeros “históricos”, pero no parece haber una generación de recambio.<sup>ccvii</sup> Los principales exponentes ya han fallecido y la ausencia de los representantes de la cueca urbana en el mercado disquero es notoria. Sin embargo, desde hace algunos años atrás, se constata un *revival* de la cueca chilenera, en forma de recitales y un video, pero en forma muy puntual y aislada. Tal fenómeno más parece responder a la necesidad de productos vendibles para el mercado –la cueca urbana sería una expresión “novedosa”

para los más jóvenes que, por cierto, desconocen totalmente la historia— que a una genuina asunción colectiva, como lo fue en períodos pretéritos. Al respecto, Sonia Pinto observó que si bien el entusiasmo ya no es el mismo, el *revival* antedicho contribuyó — en forma notable— al redescubrimiento de grupos tradicionales que cultivan esta música, emergiendo nuevamente al mercado disquero. Este punto del análisis parece ser uno de los de mayor complejidad, sin embargo no se trata de ponerse buenamente de acuerdo: el asunto en cuestión si bien amerita un trabajo —por cierto, independiente— escapa a los límites de esta investigación. Un hecho importante a considerar es que— independientemente de las intencionalidades verdaderas de este *revival*— tal fenómeno contribuyó a acrecentar el acervo documental de textos e imágenes, lo que resulta positivo tanto para futuras indagaciones, como para la preservación de este tipo de manifestaciones.

Un hecho resulta obvio: la cueca ha desaparecido como expresión comunitaria y de identidad del barrio Estación. La pregunta necesaria es que si lo que hoy es evidente, lo fue también ayer. Y después de esa pregunta, iniciar la investigación.

## **2.6. El barrio en las fuentes primarias**

Los documentos presentados en esta sección del trabajo permiten establecer una comparación acabada con los mundos creados por la literatura social. Se suponía asignarle a la fuente literaria, utilizada en esta investigación, un grado de verosimilitud plausiblemente elevado, tomando en cuenta que la mayor parte de los autores se caracterizaban por una vivencia o experiencia directa de las problemáticas reveladas en sus escritos. Sin embargo tal suposición no bastaba, debiendo ser confrontada con una serie de pruebas, aportadas por un corpus aceptable de documentos primarios. La mayor parte de los testimonios (95%) fueron extraídos del Fondo Intendencia de Santiago, con una cronología que cubrió desde los últimos años del siglo XIX y los primeros cuarenta del XX.

El principal problema detectado fue la dispersión de la información necesaria, es decir toda aquella relativa al barrio Estación, por lo que la tarea no sólo fue de búsqueda sino también de reconstrucción, estableciéndose datos a partir, muchas veces, sólo de un nombre, un lugar o una fecha. Un ejemplo concreto lo constituyó la forma de obtener el año de la creación de la “Junta de Dueños de Mejoras de Chuchunco” —junto con saber

que existía algo así– a partir de un timbre ya borroso en un documento encontrado por casualidad. Mucha de la información hallada en estas fuentes primarias se debió al azar pues la búsqueda, por las razones antes mencionadas, se hizo a ciegas. La compulsión de la información y su posterior comparación con las fuentes literarias permitió obtener un cuadro que armonizaba entre ambos tipos de fuentes, es decir los contenidos fueron satisfactoriamente verificados, estructurándose una realidad objetiva que siempre estuvo lejos de ser puramente imaginaria. Por último se estableció, a partir de lo anterior, la validez de la escritura literaria –al menos la del tipo aquí trabajada– para efectos de estudios historiográficos. Los documentos han sido referenciados con todos sus datos, de faltar alguno significa que la fuente no lo consigna.

El origen rural del barrio puede verse no sólo mediante el contacto cultural sino que también con el geográfico. Los problemas originados por el uso incipiente del terreno agrícola, como base para el establecimiento de nueva población, llevó a conflictos permanentes por el mal estado de puentes y caminos y el uso de los canales de regadío, que seguían sus cursos normales, invadiendo los espacios recientemente poblados.

#### Dirección General de Obras Públicas

“El inspector de caminos de este departamento don Agapito Marchant con fecha de ayer dice a esta sección lo que sigue:

En la calle denominada Vicuña Mackenna barrio de Chuchunco; existe un puente cuya construcción pero hoy se encuentra (ilegible) sin cubierta en lamentable estado de manera que impide el tráfico de vehículos y gente de a caballo. El mencionado puente pertenece a la chacra denominada ‘Las Rejas’ de propiedad de los señores Ossa...”<sup>ccviii</sup>

Estos problemas emergieron a fines del XIX y continuaron durante gran parte del XX, teniendo directa relación con el loteo de terrenos.

“Si existen hoy canales o acueductos que pasan por las calles o por las casas o fundos urbanos es porque los dueños de los terrenos en que se hallan esas calles y casas han convertido en urbano lo que era fundo rústico...”<sup>ccix</sup>

A éstos debe sumársele, la paradoja de la escasez de agua, que agravaba las condiciones de precariedad del barrio sobre todo hacia el límite surponiente.

“Nicasio Ramírez, Pedro Zamorano, Isidoro Aránguiz, Jerónimo Valdivia, Isidro Leiva, Inés Olea, Pedro Jaramillo y Exequiel

Alcalde...todos nosotros somos habitantes del barrio de Chuchunco, calle de Antonio Varas, donde poseemos varias propiedades raíces y a consecuencia de la falta de agua que se hace sentir como una necesidad imprescindible en este populoso barrios, acudimos a US con la esperanza de que en su anhelo por el aseo y la salubridad pública, prestará atento oído a nuestros reclamos.

Es el caso que hacen ya nada menos de dos meses estamos los vecinos de la calle de A. Varas completamente secos, pues sea por el pequeño diámetro de las cañerías que surten de agua a ese barrio y que apenas alcanzan a media pulgada, sea por la poca cantidad de agua que por ellas circula. Sucede que el agua potable solamente alcanza para los primeros consumidores y que los demás, en número de cincuenta y dueños de un número triple de servicios, estamos...sin una gota de agua hace ya dos meses. Y no corriendo agua por las cañerías nos vemos obligados a comprarla a los aguadores...y si además por el mal servicio de los carretoneros que una veces vienen y otras no, no sucediera (sic) que muchos días no podemos obtener una gota de agua ni a precio de oro...de aquí resulta que la gente de los conventillos de nuestra propiedad suele verse obligada a consumir el agua inmunda del Canal de San Miguel que pasa por Chuchunco, lo que como US calculará redundará en perjuicio directo de la salubridad general, sobre todo en las actuales circunstancias en que se avanza (sic) hacia la capital el siniestro huésped del cólera-morbo. En varias ocasiones hemos hecho reclamos y aún el subdelegado del barrio ha pasado a la Intendencia una nota en que hace presente las perniciosas consecuencias de la falta de agua en el barrio de Chuchunco, en que vive tanta gente pobre y desaseada”<sup>ccx</sup>

“Sr. Inspector de Policía

La población de Chuchunco se queja de la falta de agua en la pila denominada de los Gansos...”<sup>ccxi</sup>

Para 1929, cuarenta y dos años más tarde, la situación no sólo no había cambiado, sino que se había agravado debido al notorio aumento de población el sector, por lo que las débiles construcciones se veían enormemente afectadas, causando preocupación incluso a nivel gubernamental:

“El señor Ministro del Interior por oficio n° 1361...dice a este Intendente lo siguiente:

S.E. el Presidente de la República desea obtener, a la brevedad posible, un estudio de las condiciones sanitarias del barrio Chuchunco, practicado por el médico sanitario correspondiente...”<sup>ccxii</sup>

El informe expedido fue lapidario:

## Intendencia de Santiago de Chile

### Subsecretaría

“El señor Ministro del Interior, por oficio n° 1599, de fecha de hoy, dice a esta Intendencia lo que sigue:

US. Por oficio de fecha 14 del actual, respondiendo a un informe solicitado por este Departamento, respecto del estado sanitario del barrio Chuchunco, ha transcrito una nota del Médico Jefe de Sanidad y de Carabineros en la cual, entre otros puntos se refiere a los siguientes: Dice la nota de mi referencia: ‘En el barrio de Chuchunco, la gran parte de sus habitaciones carecen de alcantarillados, y en las que éste existe, se encuentran todavía acequias a tajo abierto, sin cegar, cubiertas de cieno y desperdicios. El agua corriente en las acequias no es constante, lo como es natural produce malos olores, de los cuales se quejan (sic) todo el vecindario y son en realidad un verdadero foco de infección; se me aseguró por personas responsables que las acequias habían permanecido sin agua hasta por cuatro meses, debido a la falta de pago de los propietarios de ellas por sus derechos de canalistas, la vuelta del agua encontró a las acequias sin limpia alguna, produciéndose tacos que obligaban a efectuar derivaciones de ellas, dejando como es de presumir lleno de desperdicios el interior de las casas, que no han originado una epidemia por el gran fondo que tienen, lo que deja a las acequias alejadas de las habitaciones.-

En las calles que se pavimentan actualmente o que han recibido algunas reparaciones, han quedado las cunetas sin declive alguno, produciéndose el estancamiento de las aguas y, como es natural, en condiciones de descomponerse siendo focos de infección; en ninguna de ellas hay pasillos que permitan atravesarlas, por lo que en épocas de invierno será aquello intransitable. Veredas no existen en muchas calles, y es preferible pasar por dentro de las propiedades abiertas, que son numerosas, antes de utilizar las que lleven el nombre de tales.-

Se puede agregar todavía, que por la falta de pavimentación y la difícil salida a la Avenida Latorre, la movilización es nula, sólo existen pequeños vehículos de dos ruedas, cuyo número ha sido reducido por la Ilustre Municipalidad por el estado de deterioro en que se encuentran.-

Sírvase US. transcribir al Alcalde de Santiago los puntos a que me referido, a fin de que, en el más breve plazo, se ponga término a este estado de cosas y así mismo recomendarle, especialmente se atienda de preferencia a los servicios que se relacionen con el estado higiénico de los barrios adyacentes a la ciudad.-“ Al señor Alcalde de Santiago.”<sup>ccxiii</sup>

Se intentó, en la mismas fechas, llevar adelante un plan de urbanización para Chuchunco, que incluía pavimentación de la calle Borja, y 5 de Abril –considerada

importante porque atravesaba el barrio de oriente a poniente— aseo extraordinario y extracción de basuras, eliminación de focos de aguas pútridas, eliminación de la vía que atravesaba la Alameda en dirección a Matucana, construcción de una plaza en el extremo sur de General Velásquez, apertura de entradas a la Quinta Normal, para dar continuidad al movimiento de personas a ambos lados de la Alameda y construcción de áreas verdes. Gran parte de todo esto quedó en la pura intención.<sup>ccxiv</sup>

Puede verse entonces una expansión que en absoluto fue acorde con una infraestructura mínima. Sin ir más lejos, debían pasar treinta y un años desde su fundación, para que la propia Estación Central tuviese acceso al agua potable.

#### Municipalidad de Santiago

“En sesión del 22 de Julio se acordó invertir la suma de once mil pesos en la prolongación de las cañerías matrices de agua potable hasta la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado y la Estación del Ferrocarril Urbano en la calle de Chacabuco.”<sup>ccxv</sup>

Sin dudas, el aire campestre era innegable y se mantuvo durante gran parte del período aquí investigado:

#### Municipalidad de Maipú

Acuerdo municipal de fecha 22 de Abril de 1920

“Se dio cuenta de una solicitud de numerosos vecinos del barrio de Chuchunco en que se pide se reglamente el tránsito de animales en las calles y se aprobó por unanimidad la siguiente proposición suscrita por los señores José Giancáspero y Dr. Ildefonso Núñez que acompaña a la solicitud. En el barrio de Chuchunco de esta comuna, el tránsito de animales sueltos sólo podrá hacerse por la calle 5 de Abril entre el camino La Lata y la Avenida Velásquez; por la Avenida Velásquez entre 5 de Abril y Arica, por Arica entre Velásquez y Ramírez, por Ramírez entre Arica y Chorrillos, por Chorrillos entre Ramírez y Antonio Varas y por Antonio Varas entre Chorrillos y el puente de Melipilla.

En el espacio de este trayecto, comprendido entre Antonio Varas, esquina de Antofagasta y 5 de Abril esquina el camino de La Lata, sólo podrán transitar animales sueltos en piños de menos de veinte animales conducidos cada uno por dos arriadores y mediando una cuadra de espacio entre cada piño...Exceptúase de las disposiciones de este decreto los piños menores de diez animales conducidos por arriadores a pié.

Conocedor US. De los grandes males que para la salubridad de las habitaciones y para seguridad de sus moradores, referente al tránsito de enormes arreos, espera esta alcaldía que habrá de tomar en este asunto el interés que merece...”<sup>ccxvi</sup>

A principios del siglo XX, en plena Estación Central y calles adyacentes aún seguían lechándose vacas, continuando la costumbre –campesina– de que el cliente tenía la garantía de que la leche que compraba estaba fresca. Por cierto, nadie hacía referencia las normas de higiene. En 1905 la Alcaldía Municipal prohibió terminantemente tales prácticas en la zona antedicha.<sup>ccxvii</sup>

Diez años más tarde, se fijaron las horas, por decreto supremo, para el tránsito de animales.<sup>ccxviii</sup> Incluso la venta de alfalfa, para Santiago, tenía como base la Estación Central.<sup>ccxix</sup>

Recién en 1939 se prohibió el tránsito de animales sueltos al interior del radio urbano de Santiago, autorizándose sólo aquellos de tiro. Sin embargo el sector Estación siguió considerándose para tales actividades, específicamente las calles Las Rejas, 5 de abril, Arica, General Velásquez , Antofagasta y Antonio Varas, entre otras.<sup>ccxx</sup>

Las precarias condiciones materiales y el aislamiento geográfico, hicieron que este sector, antes de ser calificado como barrio, fuese sindicado como “localidad” o “pueblo”, significando con esto que –en la representación de las gentes– Chuchunco era una zona extrarradio, netamente rural, a pesar de la evidente cercanía con un polo de desarrollo metropolitano como era la estación.

“Pedro Amengual a US respetuosamente digo que soy dueño de la casa que actualmente ocupa y ha ocupado la Escuela Mixta n° 8 de Chuchunco...se decretó la instalación de dicha escuela en ese pueblo...que hay a diez cuadras al Poniente de la Estación Central de los Ferrocarriles en la Avenida de chuchunco o antiguo camino de los Pajaritos”<sup>ccxxi</sup>

El desarrollo material del barrio Estación Central no fue acorde con la velocidad de poblamiento. Durante los primeros 40 años del siglo XX, las condiciones de vida fueron siempre menos que aceptables, y ni siquiera puede hablarse de colapso de infraestructura, pues ésta era inexistente. En este caso, primero no fue el verbo sino el poblamiento y tan sólo mucho después el apoyo básico a ese poblamiento. Siendo un sector popular por definición, las autoridades no hacían muchos esfuerzos por impulsar

la infraestructura comunitaria, quedando muchas de las iniciativas o en el mero papel o en manos de los propios afectados.

Subdelegación 13 – urbana

Quinta Normal – Santiago

“Corre por el frente de la estación central de los ferrocarriles una acequia abovedada, la que da salida a el agua que corre por el costado norte de la Alameda de las Delicias y cuyas aguas salen a la avenida Latorre o prolongación de la Alameda para seguir el curso por el mismo costado de dicha avenida. Esta bóveda se halla rota en varias partes dejando así escapar el agua, la que en abundancia se precipita por la calle de los Pajaritos, inundándola hasta el punto de hacer casi imposible el tráfico para el vecindario...”<sup>ccxxii</sup>

En la década de 1920, el problema de las acequias seguía exactamente igual, desde la parte poblada del barrio hacia los fundos limítrofes, generándose enormes barrizales por el flujo incontrolado.<sup>ccxxiii</sup>

Un temprano documento de 1902, en la forma de una carta de los vecinos estableciendo una serie de peticiones a la autoridad, para combatir el aislamiento y mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, muestra la ocupación acelerada del barrio Estación Central:

“Sr. Intendente:

Los abajo suscritos, vecinos del barrio de la Estación Central a US. Respetuosamente decimos:

Que desde hace varios años este barrio ha venido tomando un considerable desarrollo en su población y en su comercio; valiosísimos edificios se han construido; bodegas, fábricas, almacenes y tiendas de todas clases y hasta los Bancos han abierto en él sucursales para satisfacer la actividad comercial.

Corresponde ahora a las autoridades ayudar a este desarrollo y creemos que la localidad debe recibir las mejoras que merece en relación al número de sus habitantes y a las contribuciones y patentes que paga.

El alejamiento en que nos encontramos del centro de la ciudad, nos obliga a hacer una vida casi desligada de él. Para tomar parte en las distracciones y paseos de que está llena la parte central tenemos que hacer un verdadero viaje y nos vemos pues, las más de las veces obligados a quedarnos en nuestras casas o a reunirnos en improvisados paseos por la Alameda o por el extenso y cómodo portal Edwards( sin a en el original).

Las bandas de músicos que en el centro atraen a los jardines y plazas la concurrencia, no llegan jamás a tocar en nuestro barrio por más que parecería natural que todos los habitantes de la ciudad aprovecharan estas distracciones y con más justicia los de los centros populosos alejados de los teatros y paseos.

Sabemos que la señora Mac-Clure de Edwards ha mandado construir un lujoso pabellón o kiosko frente al portal Edwards para que puedan usarlo las bandas de música y que por medio de erogaciones de los vecinos, se va a hacer allí al frente en la Alameda un paseo con todas las comodidades necesarias.

Creemos que a este acto de iniciativa particular podrían adelantarse las autoridades disponiendo desde luego que la Compañía del Orfeón toque en la Alameda dos veces por semana o en el Portal mientras se termina de instalar el kiosko<sup>ccxxiv</sup>

Este aislamiento formó parte de las características del barrio durante toda su historia y gravitó –en forma sustancial– como una de las causas de su precario desarrollo material.

Estas características se mantuvieron, prácticamente hasta, la década de 1970

“Hace treinta años, para una persona que vivía de la Estación Central para abajo era muy difícil comunicarse con Santiago. Un niño de escuela no conocía el teléfono, no se subía a una micro para llegar al centro. Ahora el Metro acerca a la ciudad y la televisión permite ver lo que sucede en ella...No obstante una gran cantidad de valores de estas subculturas sigue estando vigente. Por ejemplo, las familias tradicionales de esos barrios tienen un cuidado especial por las hijas, a las cuales no dan permiso fácilmente.”<sup>ccxxv</sup>

A fines de 1950, fecha de plena modernidad e industrialización para el país, recién se ripia el camino de Los Pajaritos, una de las tradicionales puertas de entrada a la capital.<sup>ccxxvi</sup> El atraso afectaba en grado sumo a los habitantes, lo que se refleja en los constantes documentos remitidos a las respectivas autoridades. En 1902, la Alcaldía de Maipú, que abarcaba parte del sector aquí estudiado, pedía expresamente la instalación de agua potable, un dispensario y dos escuelas para Chuchunco. Existían apenas cuatro escuelas para toda el área de Maipú y Chuchunco.<sup>ccxxvii</sup>

El arreglo de calles y caminos era una de las principales preocupaciones de las autoridades locales y la comunidad, junto con el aseo y ornato, esto porque ya se ha visto que el barrio era un punto de circulación desde y hacia la capital. La subdelegación 9ª rural de Chuchunco denuncia, en 1889, el mal estado de un puente sobre el Zanjón

de la Aguada, en la parte que conectaba con el camino a Melipilla.<sup>ccxxviii</sup> En 1921, la Alcaldía de Santiago solicitó al Gobierno la pavimentación de la calle Borja por ser “...una de las arterias que sirve al tránsito de vehículos que llevan las mercaderías que transportan los Ferrocarriles del Estado...”<sup>ccxxix</sup> Ese mismo año, la Junta Departamental de Caminos de Santiago exigía la pronta reparación del puente sobre el Zanjón de la Aguada, en la prolongación de la calle Bascuñán Guerrero.<sup>ccxxx</sup> Dos años más tarde, los vecinos, propietarios y comerciantes de la Plaza Argentina, solicitaron el retiro de la garita de la Tracción Eléctrica definida como “poco higiénica casucha...” y su reemplazo por el monumento a la ciudad de Buenos Aires.<sup>ccxxxi</sup> El mal estado era general, abarcando tanto los caminos –tal condición era crónica y se presenta ya desde fines del XIX – como la construcción habitacional (ranchos y conventillos). La destrucción de los puentes, por uso, alcanzaba niveles realmente graves. Es en este aspecto en donde se resalta el contacto campo- ciudad:

Wenceslao Carvallo Guerrero a US. le comunica que el puente de un corral que atraviesa de Oriente a Poniente la calle Antonio Varas está totalmente destrozado, por este motivo está cortado el tráfico por esta calle y a más se rebalsó de tal modo que la calle es un río y perjudica en extremo...porque no hay vereda...llega a las puertas de las casas y en algunas se introduce al interior y las murallas corren peligro...en la de Manuel Thompson... y en la calle Jotabeche... enseguida toma de Oriente a Poniente por la calle Vicuña Mackenna todos estos puntos sufren extraordinariamente.”<sup>ccxxxii</sup>

A pesar de que los terrenos eran de propiedad de la aristocracia, no existía por parte de ésta, la menor intención de mejorar la calidad de vida de los habitantes del barrio. No había necesidad, ya que sin invertir un peso se obtenían buenas ganancias, (por otra parte, supongo que pensaban que tales gentes no merecían más que eso).

#### Dirección de Obras Municipales

“Atendiendo al estado en que se encuentra la pared de los edificios de la calle de la Exposición pertenecientes a la señora Dolores Despott viuda de Laiseca, juzga esta oficina que puede concederse la prórroga solicitada por el señor Laiseca hasta el mes de Octubre venidero...”<sup>ccxxxiii</sup>

A pesar de las malas condiciones, la migración y el poblamiento continuaron en forma creciente, naciendo una serie de conjuntos habitacionales de carácter popular y aglutinantes de trabajadores, como, por ejemplo, la población Buzeta, –fundada en 1927– la cual es definida por la Junta de Vecinos de Maipú, como una población

netamente obrera.<sup>ccxxxiv</sup> El problema era cómo enfrentar el poblamiento, cada vez mayor, con una infraestructura prácticamente inexistente y con recursos municipales muy escasos.

Un documento clave para clarificar este problema es el informe –emitido el 21 de Enero de 1910– por la 8ª comisaría, encargada del barrio, que además hace hincapié en el dilema administrativo de vigilar un espacio que no estaba claramente delimitado, con respecto a las comunas de Maipú y Santiago. Esto llevó a enfrentamientos entre las mismas policías, distracción de personal adscrito a Santiago para vigilar un área correspondiente a Maipú, etc. Lo central era que:

“...Los cinco guardianes que en cada turno se distraen fuera del barrio corresponden a otras tantas calles que quedan sin guardián y hacen gran falta por la mucha importancia que en este último tiempo ha adquirido el barrio de Chuchunco, debido a su desarrollo comercial y gran aumento de población. Las calles abiertas últimamente por nuevas poblaciones edificadas, quedan en el más completo abandono por falta de personal y a ellas se destinarían esos cinco guardianes en el caso de que se ordenara retirar el servicio que se hace fuera del radio de la comisaría”.

Indalicio Robles

Comisario.<sup>ccxxxv</sup>

El resultado era, y lo fue siempre, la mejora parcial y muy tardía. El barrio Estación parecía estar fuera del tiempo no sólo por la pervivencia de costumbres traídas por los migrantes, sino también por el grave atraso en sus niveles de desarrollo. Durante la década de 1930, los documentos revelan un auge en las decisiones administrativas, respecto a elevar el nivel material del sector, por cierto esto es independiente del hecho de que si fueron realmente efectivas o no. En 1935 se declaró obligatoria la construcción de instalaciones domiciliarias de alcantarillado, con desagüe a la red pública y sólo para algunas calles del sector:

“...Declárese obligatoria la construcción de las instalaciones domiciliarias de alcantarillado, con desagüe a la red pública, para los inmuebles de los sectores de la comuna de Santiago que se indican a continuación: a) Inmuebles de las calles Sucre, Cinco de Abril, Arica y Eduardo Edwards, entre las Avenidas General Velásquez y la calle Toro Mazotte; b) inmuebles de la calle Toro Mazotte, entre las calles Thompson y Eduardo Edwards y c) inmuebles del costado poniente de Av. General Velásquez, entre las calles Arica y Javiera Salas...”<sup>ccxxxvi</sup>

Dos años antes, también se había hecho perentoria la instalación de alcantarillados y fosas sépticas en los inmuebles ubicados en Av. Ecuador, Amengual, Carlota Carrasco y Nogales, entre otras.<sup>ccxxxvii</sup> La situación se presenta también en 1931.<sup>ccxxxviii</sup>

La carencia abarcaba también a cosas básicas como los grifos contra incendios y los buzones, considerados insuficientes por los vecinos, los que elevaron sendas peticiones para aumentar ambos elementos. En el segundo caso, la demanda fue hecha expresamente por el “Comité Ejecutivo Pro-Adelanto Local del Barrio Ultra Estación”, lo que revela una genuina preocupación de parte de la ciudadanía local, por hacer que las autoridades impulsaran el progreso del barrio y sus sectores aledaños.<sup>ccxxxix</sup> Este tipo de asociaciones también cumplía la labor de defensa vecinal frente a los problemas planteados por el no pago de arriendos, es así como el “Comité de dueños de mejoras de Chuchunco”, fundado en 1920 –según timbre del documento– pide la derogación del auxilio de la fuerza pública, para evitar lanzamientos.<sup>ccxl</sup>

El concepto de “saneamiento” era muy utilizado y se aplicaba indistintamente a los sectores urbanos marginales de la época, en los cuales se englobaba al barrio.<sup>ccxli</sup> Tal concepto se refería principalmente a la actividad de sacar basura de los domicilios, acción que no pasaba de ser un mero parche a una situación sostenida en el tiempo, esta acción fue muy típica ya desde los tiempos de Vicuña Mackenna, proyectándose al siglo XX:

#### Antecedentes del aseo extraordinario de Santiago

##### 8ª Comisaría

“El Inspector que suscribe da cuenta a Ud. que los carretones de esta Comisaría han sacado basura de las siguientes casas de la calle Bascuñán Guerrero: 474-20-16-17-21-23-40-77-70-82-99-169-187-178-687-252-267-268-304-310-372-442-440-457-442-443-299-792-705-502-504-509-527-521-542-541-556-562-597-607-610-616-618-626-672-653-674-672-688-686 y 677.”<sup>ccxlii</sup>

Otros documentos del mismo tenor dan cuenta de las siguientes calles:

Gay; San Alfonso; Molina; Avenida España; Alameda entre el 2334 y 2950; Toesca; Unión; Manuel Montt; Gorbea; Grajales.<sup>ccxliii</sup>

En forma paralela, la ciudad continuaba creciendo. El barrio Estación fue directamente afectado ya que lo anterior involucraba el aumento de un mercado que necesitaba mano de obra para la construcción tanto de edificios particulares como de obras públicas. Este aumento y la elevación del flujo migratorio en pos de mejores expectativas, constituyó un proceso de retrolimentación que contribuyó a la expansión física de la barriada y el contacto con nuevas zonas de desarrollo. Un hecho significativo, como prueba de lo anterior, es la paulatina aparición de nuevos recorridos de locomoción colectiva, que unen el sector a lugares cada vez más lejanos.

“Secretaría Municipal de Santiago. En atención a lo solicitado por US. adjunto envió a esa Intendencia copia del acuerdo municipal n° 293, de fecha 9 del presente, por el cual la Ilustre Municipalidad acordó autorizar a la firma Kulemkampff, Knoop y Cia. para establecer un servicio de autobuses, dentro de su territorio comunal entre Los Leones y la Estación Central.”<sup>ccxliv</sup>

El aprovechamiento de la mano de obra masiva –y la iniciativa de los inmigrantes extranjeros– puede inferirse de la construcción de la fábrica Said y Yarur, en 1935, en el sector Estación.<sup>ccxlv</sup> Por otra parte, el ferrocarril jugó un papel innegable en el crecimiento del barrio, pues si bien éste se había expandido espontáneamente –en una primera instancia–, en un segundo momento ocurre una sistematización en tal sentido, que es llevada a cabo precisamente por la empresa de ferrocarriles, al interior del marco de una política habitacional para sus propios trabajadores. Así lo revela la Dirección General de Alcantarillado de Santiago, en un informe de 1933 donde entrega detalles acerca de dos poblaciones: la “Población Ferroviaria” y la “Población El Riel” la primera de trabajadores activos y la segunda de personal retirado, ambas contiguas.<sup>ccxvi</sup>

Un hecho de avance material significativo fue la planificación y construcción de una vía subterránea para eliminar el paso ferroviario que cruzaba la Alameda, y que conectaba las estaciones Alameda y Yungay, –ubicadas frente a frente– internándose el ferrocarril por la Avenida Matucana hacia el interior. La iniciativa fue llevado adelante por una Comisión nombrada por decreto del 8 de marzo de 1929.<sup>ccxlvii</sup> Este trabajo puso término a los numerosos accidentes en el sector de Matucana y a la contaminación provocada por las nubes de polvo y humo que levantaban las locomotoras.

Las condiciones anteriores redundaban en un perjuicio enorme para la salud de los habitantes del barrio. El hacinamiento, promiscuidad, falta de ventilación y servicios

higiénicos eran la tónica en el mundo de los conventillos, cruzados por acequias de aguas infectadas.

Por otra parte, el barrio era un tomado como un depósito “natural” de desperdicios, esto debido a que en el “Zanjón de la Aguada” –una hondonada natural donde se depositaban los derretimientos cordilleranos y lluvias– se vaciaba la basura y aguas servidas del resto de las comunas, desembocando todo el detritus en el sector sur–poniente. Debe recordarse también que Chuchunco significa donde desaparece el agua, esto es una de las secciones del Mapocho, otro depósito histórico de la suciedad de la metrópoli. A esto deben sumarse las epidemias que afectaron a la capital en el período estudiado, principalmente el cólera, tifus exantemático, gripe, escarlatina y tuberculosis. Si se agregan factores que actúan como complemento de la mala calidad de vida, tales como el alcoholismo y la desnutrición, se genera un cuadro cuyos elementos se refuerzan de manera mutua y en una espiral ascendente. Debe tomarse en cuenta, además, el hecho de que la decadencia de la riqueza salitrera provocó un éxodo masivo de cesantes a la capital absorbiendo el barrio el primer impacto de llegada, establecimiento y atención de tales masas. A lo anterior, súmese la crisis económica del período 1929–30. Si bien, el barrio había alcanzado una cierta expansión en términos demográficos y comerciales –por precarios que hubiesen sido tales términos– sin duda estos hechos provocaron un efecto retardador y agravante, de una situación de por sí complicada. El problema de la salud también fue enfrentado a través de organizaciones vecinales

“Dirección General de Sanidad. Semana Sanitaria. Barrio Ultra Estación. 22 al 29 de agosto de 1937. El presidente del Comité Ejecutivo Prosemana Sanitaria Barrio Ultra Estación, tiene el agrado de invitar a US. A la velada de clausura de la Semana Sanitaria, que se llevará a efecto el domingo 29 del actual a las 10.30 AM en el teatro ‘Monumental’ Delicias 3927, a objeto de entregar a las autoridades asistentes el pliego de peticiones del barrio en referencia.”<sup>ccxlvi</sup>

Las autoridades respondían sobre la marcha, sin embargo esto no es garantía histórica de que las cosas hubiesen funcionado ya que los documentos muestran respuestas, pero no grados de eficiencia:

“Dirección General de Sanidad. Sobre petición Comité Ejecutivo Semana Sanitaria. ‘... tengo el agrado de informar a US. En relación con las tres peticiones del mencionado Comité lo siguiente: 1°.- Actualmente existen dos Casas de Limpieza para atender a la población del barrio ultra Estación. Están ubicadas en San Javier entre Borja y Antonio Varas una y

la otra en Exposición frente a Tucapel 2°.- En Avenida O'Higgins n° 3644 se encuentra situado un Policlínico Antivenéreo gratuito, dependiente del Departamento de Higiene Social...funciona de 16<sup>oo</sup> a 20<sup>oo</sup> hrs. 3.- El Centro Preventivo n° 7, dependiente del Departamento de Bienestar de la Madre y del Niño...presta atención gratuita a las madres y embarazadas todos los días de 14<sup>oo</sup> a 16<sup>oo</sup> hrs. y a lactantes y pre-escolares de 10<sup>oo</sup> a 12<sup>oo</sup> hrs. Está ubicado en Avenida O'Higgins n° 4539...<sup>,ccxlix</sup>

Dos años más tarde la Intendencia informa del recrudecimiento de la epidemias de tifus exantemático y escarlatina.<sup>cc1</sup> La falta de higiene no puede achacarse solamente a una ausencia de infraestructura, muchas veces era producto del mero descuido, como era el caso de las fábricas, talleres y bodegas ubicados en las inmediaciones de la estación. En 1929, los propietarios y comerciantes elevaban sus quejas a la autoridad respecto de una curtiduría en calle Exposición que arrojaba desechos a un canal que atravesaba el sector, provocando malos olores y riesgos de epidemias, la acequia misma no se limpiaba hacía cuatro años.<sup>ccli</sup> La displicencia fue, quizás, el factor más importante para entender el alto grado de abandono que tuvo el barrio, a través de gran parte de su historia. En 1897, varios vecinos de la calle San Alfonso denunciaron el hecho de que la policía de aseo vaciaba sus carretones entre las calles de Socorro y Antofagasta.<sup>cclii</sup>

Tanto el comercio legal como el clandestino, expendían alimentos y frutas sin mayor control sanitario, aprovechando el inmediato contacto con el campo.

Comisión Central De Salubridad de la Ilustre Municipalidad de Santiago

“...La Comisión ha recibido constantes denuncias de que en los barrios del Sur y Norte así como en la población Chuchunco se expende toda clase de frutas, así por los vendedores ambulantes como por los que venden en lugares fijos sea pagando o no patente..”<sup>ccliii</sup>

En 1936, Ester Orella reclamaba a la Intendencia, haciendo presente que existían en el barrio Estación un elevado número de vendedores ambulantes, sucios, que arrojaban desperdicios a las veredas –burlando la autoridad municipal y de carabineros– y que tales basuras permanecían allí hasta tres días sin ser retiradas.<sup>ccliv</sup> Hasta la década de 1950, fue común la existencia de establos –para extracción y venta de leche– en barrios periféricos, existiendo incluso recintos para la crianza de cerdos.

Con respecto a la venta de alcohol, un temprano dato de 1899 resulta revelador: ese año solamente para el sector de la 8ª comisaría –correspondiente al barrio Estación– existían 431 negocios expendedores de bebidas alcohólicas.<sup>cclv</sup>

Otro aspecto importante respecto al mismo problema era la incidencia del alcohol en la comisión de numerosos delitos. En determinados momentos la relación entre ambos fenómenos resulta difícil de separar. Ya he mencionado la importancia asignada al concepto de “hombría” –lo que haya querido significar en la época– en el cual los aspectos del alcohol, consumido profusamente, la altanería, el matonaje y el uso del puñal, eran representaciones de uso colectivo y cotidiano y que llevaban a resultados delictivos, producto de la violencia desatada.

Desde sus orígenes rurales, Chuchunco mostró un rostro marcado por la pauta de la delincuencia. Así se muestra en 1887, cuando el encargado de la 9ª subdelegación rural de Chuchunco daba cuenta al Intendente de la carencia de policía, pues “...los malhechores la invaden por completo...” La población –ya numerosa en esa época– junto a los dueños de fundo, habían solicitado apoyo.<sup>cclvi</sup> Era cosa común que en las mañanas apareciesen cadáveres con heridas cortopunzantes o de bala:

“...Al hospital de San Juan de Dios se han remitido los siguientes: El cadáver de Tomás Armijo con una herida de bala en el costado izquierdo, el cual fue encontrado por Julio Ramírez en la calle de Tacna (barrio de Chuchunco)...”<sup>cclvii</sup>

El tenor de los siguientes partes policiales es lo que se puede encontrar, típica y abundantemente, en los documentos de la época, en el primer caso un asalto, uno entre muchos que ocurrían cada noche:

Policía de Santiago. Octava Comisaría.

“Se presentó Eduardo Gálvez Espinoza y expuso que en circunstancias que pasaba por la calle Grajales esquina a Conferencia, fue asaltado por varios desconocidos que huyeron después de despojarlo de las siguientes especies: un sombrero, paletó, chaleco, sobretodo, zapatos y \$ 50 en dinero.....”<sup>cclviii</sup>

En el segundo ejemplo, la archirrepetida pendencia a cuchillo:

Carabineros de Chile. Prefectura General. 8ª Comisaría. “Homicidio.- Dió cuenta al Juzgado que a las 21 horas... un individuo llamado Manuel

Maciste, se ignoran mayores datos, que huyó, en Manuel Montt frente al n° 2972, a raíz de una riña que tuvo con Javier Salgado Melo, de 28 años, Ruiz Tagle 446 agredió a éste con cuchillo en la región del corazón, causándole una muerte instantánea...”<sup>cclix</sup>

Y, en el tercer caso, la eterna amistad, que termina en la eternidad:

“Se dio cuenta al Juzgado de haberse remitido a la Asistencia Pública, ayer a las 10 P.M. a Clodomiro Vergara Muñoz, gañán, San Gerardo 1077, con una herida penetrante grave en el abdomen inferida a cuchillo por Alberto Cortínez, gañán, domiciliado en Conferencia 1160. El hechor huyó. El hecho tuvo lugar en Conferencia al llegar a Tucapel como a las 9 ½ P.M. después de haber estado bebiendo juntos en diferentes negocios, los que no supo precisar.”<sup>cclx</sup>

El estado paupérrimo de la ocupación aumentó con la presencia de la etnia gitana, que había comenzado a instalarse en el barrio, generando verdaderas “tomas” de sitios, denunciadas por el vecindario:

Carabineros de Chile. Prefectura General. Solicita expulsión banda de gitanos estacionada en O’Higgins con Placilla. 300 personas en un potrero, estado higiénico calamitoso, reclamos de vecinos, embriaguez y pependencias continuas, armados, estafadores y engañadores.”<sup>cclxi</sup>

El barrio era un uno de los lugares más adecuados, para ocultarse y reunirse, el laberinto de callejones y los sitios baldíos se prestaban para aquello, por otra parte la policía no poseía los medios suficientes para enfrentar la delincuencia, que se veía amparada por ciertos grupos, para los cuales la autoridad era el “enemigo”, esto para desesperanza y desesperación de los ciudadanos trabajadores que habitaban el sector. Debe recordarse además, que el barrio Estación enfrenta a la actual comuna de Quinta Normal, estableciéndose, en aquella época, una continuidad “natural” en cuanto a la categoría de barriada popular y foco de delincuencia

...en la noche grupos de pungas y malhechores se reúnen en los lugares más apartados, haciendo hogueras, con el objeto de atraer a los peatones para luego después hurtarles sus sombreros y carteras...”<sup>cclxii</sup>

Un dato sintomático es el hecho de que los documentos de Intendencia están llenos de solicitudes para portar armas: de un total aproximado a las 150 fichas de trabajo para este Fondo, al menos 29 de ellas eran referentes al porte de armas, constituyendo el 19.3% del corpus. Cada uno de los solicitantes se ajusta al mismo patrón argumentativo: la lejanía, el aislamiento y la peligrosidad del barrio, hecho adjudicable, naturalmente, a

cierto tipo de habitante, poco grato para la gente más decente. Gran parte de los peticionarios corresponden a comerciantes, tanto nacionales como extranjeros. Otra parte corresponde a funcionarios y trabajadores de la empresa de ferrocarriles. A continuación, he seleccionado una muestra representativa de este tipo de peticiones, a lo largo del tiempo.

“...Hay además otra razón poderosa que abona mi solicitud. Esta es que vivo en el camino de los Pajaritos a 12 o 15 cuadras de la Estación de los Ferrocarriles y por mis deberes, pues soy estudiante de Medicina tengo que venir todos los días a Santiago y por lo regular me regreso de noche”.<sup>cclxiii</sup>

“Rafael Errázuriz a US. digo: que como administrador de las bodegas que el Servicio Agrícola tiene en la Estación de los Ferrocarriles, me veo obligado a vivir en ese barrio apartado y expuesto por consiguiente a asaltos nocturnos...”<sup>cclxiv</sup>

“Sr. Intendente:

Juan Giancaspero vecino de esta ciudad a US...digo que el veintinueve del actual vence el permiso que por el plazo de un año se me dió...para cargar armas y como siempre me es necesario tener un permiso por otro período por vivir siempre en un lugar no poco apartado o sea en el barrio ultra estación calle Dolores n° 34...”<sup>cclxv</sup>

8a Comisaría

“Don Dante Ongani, domiciliado en la calle de Bascuñan n° 121, es una persona seria y de buenos antecedentes. Debido al empleo que tiene en la curtiembre y fábrica de los señores Duhalde y Ayvanyer, situada en la misma calle y número, sale con frecuencia fuera de Santiago llevando consigo sumas de dinero, por cuyo motivo estimo que se le podría conceder el permiso que solicita para cargar armas...”<sup>cclxvi</sup>

6ª Comisaría

“...digo a U.S. que don Teófilo Ouvrien tiene su domicilio en el callejón de “La Lata” (barrio de Chuchunco, siendo un industrial de buenos antecedentes, establecido con un taller de talabartería en calle Castro n° 90 y por razones de su profesión tiene que regresar a su domicilio tarde de la noche atravesando un barrio peligroso...”<sup>cclxvii</sup>

“Bessa y Cia., comerciantes domiciliados en la calle de Santo Domingo número 987 solicita de U.S. autorización para cargar armas, al guardián particular de sus bodegas ubicadas en la calle de San Borja de esta ciudad, en vista de que la escasez de policía y falta de alumbrado de esos

barrios hace necesaria esta precaución para rondar a altas horas de la noche...<sup>”cclxviii</sup>

“José Manuel López, vendedor cobrador de la casa al semanal “La Protectora” de propiedad de don Federico A. Reyes...expongo que por motivos de mi ocupación debo andar frecuentemente con dinero por partes demasiado peligrosas del barrio de Chuchunco...<sup>”cclxix</sup>

“Joaquín Pérez, comerciante domiciliado en Antonio Varas 179 y esquina de 5 de Abril...expongo que en varias ocasiones han querido asaltarme a mí como a mi casa por gente de muy mal vivir que abundan en estos barrios...Y como comerciante de esta plaza, vengo en solicitar de US se sirva concederme el permiso necesario para cargar revólvers (sic) por el término de un año<sup>”cclxx</sup>

Manuel Barrera, empleado del teatro Politeama. Vive en Iquique n° 12. Permiso porte de armas.<sup>cclxxi</sup>

Luis Tressa Frabasille, administrador del teatro ‘Delicias’, San Alfonso 4, domiciliado en el mismo lugar, pide portar armas pues ‘...muy a menudo tropiezo con gente poco culta y en actitud belicosa que trata de molestar a los transeúntes sin causa justificada’.<sup>”cclxxii</sup>

Emilio Murtero, trabajador de la Mestranza de San Bernardo, vive en Tucapel 2941. Toma el tren a las 6.30 hrs. en la Estación Central, pero debe pasar por Exposición y Puente Iquique “...partes muy frecuentadas por sujetos de pésimos antecedentes.”<sup>cclxxiii</sup>

Hernán Serey, industrial, Conferencia 1765. Pide portar armas porque “El barrio en que vivo y el lugar de mi domicilio está ubicado en la parte más peligrosa de la ciudad, sobretodo (sic) a altas horas de la noche, en que la vigilancia de los carabineros es escasa.”<sup>cclxxiv</sup>

José Vuletín D., comerciante yugoeslavo,...soy director y apoderado del Hotel Alameda ubicado en la calle Exposición 10; sector en el cual ha recrudecido la delincuencia. Como por atender mi trabajo véome obligado diariamente recogerme a mi casa a horas muy avanzadas de la noche; con frecuencia me he visto perseguido por individuos sospechosos que suponen seguramente puedo llevar alguna suma de dinero...<sup>”cclxxv</sup>

Jesús Ballesteros Miranda, fogonero de los Ferrocarriles del Estado pide autorización para portar armas, pues se retira muy tarde de su trabajo en los FFCC (vive en Matucana 1564).<sup>cclxxvi</sup>

Román Salvador Vera Rojas, empleado domiciliado en calle Borja n° 847, cédula de identidad n° 42133...a U.S. digo:

“Vivo en un sector apartadísimo de la ciudad –calle Borja cerca del puente Iquique – donde merodea mucha gente maleante y el empleo que

tengo en los Ferrocarriles del Estado, me obliga a recogerme a mi hogar tarde de la noche. Además donde vivo administro varias propiedades, por lo cual debo habérmelas con personas no siempre de muy buenas costumbres...”<sup>cclxxvii</sup>

Permiso para cargar armas. Jorge Sayeg Satut, comerciante sirio, con domicilio en Ecuador 3470, provee de verduras a la Escuela Práctica de Agricultura.<sup>cclxxviii</sup>

Compañía de Petróleos de Chile. Carta al Intendente, del subgerente de la Compañía, solicitando autorización para que los empleados Guillermo Morales y Alfredo Cabrera porten armas ya que atienden la bomba de Estación Alameda hasta altas horas de la noche.<sup>cclxxix</sup>

Internado Nacional Barros Arana. Permiso porte de armas. “Enrique Labarca Ibáñez, Secretario Contador del Internado Nacional Barros Arana...expone: que en razón de sus funciones debe constantemente hacer depósitos de dinero en el Banco de Chile, sucursal Estación. Que el trayecto que debe hacer desde el Internado...hasta la institución bancaria...es largo y expuesto ya que el primero está ubicado frente a la Quinta Normal... y el segundo en la Estación Central. Que por estas mismas razones el señor Intendente la ha otorgado anteriormente el permiso que solicita...”<sup>cclxxx</sup>

Siendo el porte de armas un tema delicado, la autoridad no podía dar todos los pases solicitados y, más de una vez, denegó alguna petición, exponiendo argumentos que estaban, a mi juicio, muy lejos de la realidad presentada por los documentos:

“Don Lázaro Gana...a juicio del infrascrito, no tiene necesidad de cargar armas prohibidas porque vive en las inmediaciones de la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado...la Subcomisaría de Chuchunco vigila suficientemente ese barrio”<sup>cclxxxi</sup>

El vecindario hacía notables esfuerzos por hacer que la autoridad tomase cartas en el asunto, respecto a la delincuencia. El 2 de agosto de 1931 los habitantes de la población “Carrera”, ubicada al sur de la Avenida General Velásquez, enviaron una petición formal para que la policía reforzase la vigilancia en ese sector.<sup>cclxxxii</sup>

De la misma forma la prostitución contribuía a la peligrosidad del barrio. El sector Estación fue pródigo en la oferta prostibularia. Este tipo de recinto no sólo ofrecía los servicios tradicionales sino que también fueron centros de reunión de “guapos” y “choros” –de cuchillo al cinto– que se juntaban a cantar cuecas “apianadas”, alrededor de una mesa bien provista de vino, motivo demás para que muchas reuniones de este tenor degenerasen en reyertas de triste final. En consecuencia, la tranquilidad y

seguridad del sector eran muy escasas, sobre todo al caer la noche, y peor aún si era día sábado. Paralelamente, existió un gran número de cantinas, lo que aumentaba el desorden nocturno. Una denuncia típica es la realizada el 11 de febrero de 1939 por los vecinos de la calle San Alfonso, quejándose amargamente del gran número de prostíbulos y cantinas en las cuadras de Manuel Montt y Gorbea, que contravenían todas las disposiciones legales vigentes.<sup>cclxxxiii</sup>

Asimismo, ciertos recintos –que poseían la fachada de “clubes sociales” y/o “deportivos”– también provocaban desórdenes y expendían, clandestinamente, alcohol. En febrero de 1939, los vecinos de Chuchunco denunciaron al Boxing Club de Chile, Varas con Iquique, en donde se realizaban todas las noches “...bailes con escándalo e incidentes que tendrían alarmado al barrio de la población...”<sup>cclxxxiv</sup> En 1927, la policía pidió la cancelación de la personalidad jurídica del Centro Fraternidad Demócrata, ubicado en Molina 698, por ampararse en ella para vender licor clandestinamente.<sup>cclxxxv</sup>

Un tipo de local muy común –sobre todo a fines del XIX y principios del XX– fue el denominado “café asiático” que en realidad era un prostíbulo encubierto, con “piezas para alojados”. Algunos estaban a cargo de asiáticos, otros de nacionales. Existió, por ende, una fuerte relación entre regencia prostibularia y nacionalidad asiática pero esto es sólo la constatación de un fenómeno cuya explicación no puede ser dada, al menos, por este trabajo. Para un ejemplo nacional, puede exponerse el caso de Teodoro Carratazos, dueño de un local en Bascuñán 35:

“Allí tiene una cantina y restaurante, con un anexo con piezas para alojados...”<sup>cclxxxvi</sup>

Lo importante de este dato es que los arrendadores de los locales eran gente de la élite: Emilio Astaburuaga, Augusto Matte, –entre otros– incluyendo a los Padres Dominicos, Estas informaciones pueden ser verificadas en los volúmenes correspondientes al período entre 1893 y 1902. Ya se ha examinado cómo se desarrolló la política del loteo de terrenos, por lo que lo anterior no resulta sorprendente

“...certifico: que el señor don Ramón Martínez es hombre juicioso, muy sosegado y prudente. Es administrador de tres manzanas de población que poseemos en compañía con mi hermano en las calles de Matucana, Chacabuco y Maipú...” (Firmado por Ignacio Zuazagoitía).<sup>cclxxxvii</sup>

La policía realizaba esfuerzos por controlar tales prácticas sin embargo, dado el estatuto legal de éstas, era muy difícil imponer medidas radicales. Si se cerraban, los propios dueños pedían la pronta reapertura como lo hace María Román González –en abril de 1931– regenta de un lenocinio, cerrado por venta clandestina de alcohol. Otra causal era el haber infringido el Reglamento sobre Profilaxis de Enfermedades Venéreas.<sup>cclxxxviii</sup>

La recurrencia a los servicios de las asiladas, por parte tanto de los pobladores del barrio como de otros sujetos foráneos –de igual o superior condición– demostraba en la práctica el rol social –de primera importancia– cumplido por el prostíbulo.

“Compareció...Emilio Martínez, de 22 años sin profesión y domiciliado en la calle Unión Americana n° 189, altos y expresa: el 27 de Noviembre en la noche después de las 9, venía por la calle de Bascuñan, para ir a la casa de tolerancia que tenía la Zoila Yáñez en la calle de Molina un poco al sur de Gay”<sup>cclxxxix</sup>

También se presentaba el problema de la distancia mínima que debía existir entre un local de este tipo y los establecimientos educacionales (alrededor de 200 metros) que –según los testimonios– rara vez se respetó, generándose deplorables espectáculos públicos. Este tipo de denuncia era frecuente.

“Estimado Intendente:

En la Avenida Ecuador, a menos de 200 metros de la Escuela Agrícola, a menos de 50 metros de la iglesia (ilegible) hay cinco bares, con pianos y gramófonos indecentes, borrachera permanente, con muchachas por vendedoras y escándalo a toda hora...tenga piedad de este barrio...”<sup>ccxc</sup>

Junto con el asesinato, el robo era uno de los delitos más comunes, yendo desde el cuatreroismo, en la época de los comienzos rurales, hasta la sustracción con daño a la propiedad, como en el caso de Manuel Cuadra y Emiliano Alvarez Pino, sorprendidos a las 6 A.M. en la calle Gorbea por los guardianes 2° Nicomedes Silva y 3° Casimiro Muñoz con “...dos polleras y una guitarra que le acababan de robar a Ana Fernández...”<sup>ccxci</sup>

En síntesis, la fama de peligrosidad del barrio Estación no fue para nada gratuita, sin embargo habría que averiguar –otra labor para el futuro– en qué medida fue tan peligroso si se le compara con el Matadero y La Vega, si es que es posible establecer tales parámetros, porque una cosa es cierta: si Ud. repite el suficiente números de veces

algo, eso se difunde y crece, corrige y aumenta. Peligrosidad hubo, objetivamente. Cuán exagerada fue esa peligrosidad, esa es otra historia. Hasta el momento, la historia urbana lo ha consagrado como el peor de todos. Insisto, hay tareas pendientes.

## **2.7. Las excepciones a la regla**

Hasta el momento se ha visto un conjunto de expresiones y representaciones que se originan –en lo fundamental– en los estratos populares. Sin embargo, la información– tanto literaria como primaria– permite establecer dos escenarios de desarrollo histórico que rompen el esquema de “cultura popular” El primer escenario tiene relación con los grupos medios surgidos de la actividad comercial. El segundo hace referencia a un tipo de sociabilidad mixta, en la cual hubo un cruce de grupos sociales bajos, medios y altos.

Esta sociabilidad, desde mi enfoque, sería es puramente circunstancial, –casi accidental– ya que está en relación con ciertos lugares del barrio Estación que, por su especial categoría, permitían este fenómeno. Intentaré detallar, plausiblemente, ambos escenarios. Debo advertir –desde un punto de vista metodológico– que estas propuestas son hipótesis de trabajo que quedarán –por ahora– como desarrollos investigativos a posteriori, pero que permiten auxiliar el enunciado conceptual de “grupos” por sobre el de “clases” sociales, complejizando de esta forma el campo estudiado, más allá de fórmulas simplistas de carácter socio–político.

### **2.7.1. Primera excepción: Los comerciantes**

Con respecto al primer escenario es muy difícil –incluso poco recomendable– establecer conceptualizaciones categóricas cuando se está analizando a estos grupos dado el alto nivel de movilidad, tanto ascendente como descendente, que poseen. Lo concreto es que la documentación recabada permite afirmar la existencia de un grupo comerciante que ayudó en gran medida al desarrollo del barrio Estación.

La configuración de tal grupo es muy heterogénea abarcando tanto sujetos nacionales como extranjeros y cubriendo un muy amplio espectro de actividades, tanto en la vía pública como en locales: artesanos, dueños de bazares, botillerías –muchas– mercerías, panaderías, hoteles –turísticos y de los otros– bodegueros, transportistas públicos y empresarios en general. Varios de ellos se encumbraron desde orígenes paupérrimos,

hasta alcanzar gran notoriedad, como fue el caso del mismo Benedicto Chuaqui, una extraña mezcla de empresario y mecenas de la cultura.

Esta cultura del comercio fue paralela a la cultura popular y en un momento determinado formó parte de ella, no siendo de otra manera dado el difícil inicio de la mayor parte de los comerciantes instalados en esa zona. Obviamente, una vez que las ganancias fueron mayores, comenzaron a establecerse las diferencias pertinentes.

El comerciante alzó su voz, –ya fuese en forma independiente, asociada, o por medio de agrupaciones vecinales– pidiendo mejoras de infraestructura y medidas de policía, partiendo por la seguridad individual, como lo demuestran las peticiones de porte de armas, que provienen –en un porcentaje no menor– de este grupo. Un documento valioso en ese sentido es la petición del mismo tenor, en 1900, del comerciante –de indudable origen extranjero– Horacio Castellini.<sup>ccxcii</sup> Por otra parte, el establecimiento de listas de actividades –de carácter aleatorio– permiten hacerse una idea relativamente clara de los tipos de comerciantes establecidos en el barrio Estación, como es el caso de este comparendo, correspondiente a 1910:

Sumario mandado instruir sobre el guardián 1° Teodoro León Leal de la 8ª Comisaría, denunciado por Rosario Medina de Hernández, Bascuñan Guerrero 805

Comparendos

“Compareció...Guillermo Cáceres domiciliado en la calle de Molina n° 538 de profesión carpintero...”

“Antonio Guerrero, cortador de zapatero, Tucapel 2937....”

“Juan Ibarra, curtidor, Marina de Gaete n° 853...”

“Roberto Fernández, Meiggs n° 180, dueño de la peluquería ‘Oriente’ situada en el mismo domicilio...”

“Amador Garrido, San Alfonso n° 48, relojero, taller ubicado en la misma dirección...”<sup>ccxciii</sup>

Se observa que las actividades son de producción al detalle, fundamentalmente artesanos, presumiblemente formados a través de la práctica, logrando una “especialización” en el mismo terreno. Si se toma en cuenta la fecha del documento puede colegirse, al menos tentativamente, que las faenas de jornaleros y gañanes siguen

siendo mayoritarias; la impronta campesina subsume, –en alguna medida– los arrestos de actividad comercial–urbana, sin llegar a anularlos. Estos se van imponiendo lentamente, pero con seguridad, como lo demuestran los períodos posteriores.

En 1927, otro documento –relativo a patentes morosas– permite vislumbrar un desarrollo mayor en la actividad comercial, pues las actividades allí mencionadas necesitaban de una infraestructura mayor. Ya se podría hablar, incluso, de una pequeña y mediana industria.

República de Chile

Defensa Municipal

Santiago. Listado de comerciantes y giros (patentes morosas)

Segundo Fuentes, Antonio Varas 25, gasfitería

Roberto Espinoza, Chacabuco 21, peluquería

Pedro Ramírez, Jotabeche 18, fábrica de carretas

Marcos Carter, Delicias 3963, idem

Luis Toro, san Alfonso 59, imprenta tipográfica

Ibáñez y Kurstman, Bascuñan 396, droguería y botica

Juan Gutiérrez, Antonio Varas, 201, idem

Emilio Vizcaíno, Delicias 4002, almacén por menor

Manuel Guerra, Chacabuco 90, cocinería

Marcos Carter, Delicias 4470, materias inflamables

Epifanio Ruiz, San Borjas (sic) 219, cigarrillos

Clorinda Leiva, San Alfonso 333, puestos varios

Juan Canal, Chacabuco 736, relojería.<sup>ccxciv</sup>

Diez años más tarde, de un listado de siete sujetos, obtenido en dos volúmenes consecutivos, cinco de ellos eran comerciantes.

José Ramírez,. empleado Editorial Zig-Zag,. Bascañán Guerrero 471

José Gatica, comerciante, Avenida Ecuador 4170

Emilio Menen, comerciante, Meiggs 64

Luis Lorca, comerciante, Bascañán Guerrero 542

Zacarías Salgado, comerciante viajero, 5 de abril 3583

Humberto Morelli, comerciante, San Alfonso n° 11

Francisco Tapia, vendedor viajero, Bascañán Guerrero, 635<sup>ccxcv</sup>

En 1939, la actividad comercial está lo suficientemente desarrollada y en expansión, como para permitir la labor de vigilancia de guardianes privados, contratados por los mismos dueños y arrendatarios de locales. Este tipo de actividad debía ser autorizada por la Intendencia, por lo que esta clase de petición fue también muy común. Un típico caso es el que se presenta a continuación:

“Maximiliano Naranjo, Libertad 1033, Primero de Investigaciones en retiro y cesante, solicita autorización para trabajar como guardián particular del comercio ubicado en Exposición, Meigg (sic) y San Alfonso de Avenida O’Higgins a Manuel Montt”.<sup>ccxcvi</sup>

Una mirada global permite sostener –con cierta viabilidad– que el comercio generó un grupo social de extracción claramente popular, que con el tiempo fue perdiendo tal característica. Hombres de trabajo, inmersos en un ambiente hostil, debieron hacer notables esfuerzos para lograr, parcialmente, un mínimo de seguridad que garantizase un escenario adecuado para el intercambio de mercado. Su desarrollo se inicia con actividades artesanales y al menudeo que, en algunos casos, lograron un despegue pasando a formar parte de la pequeña y mediana empresa. El ascenso social vino por añadidura.

Debe sumarse a lo anterior que, dadas las características del barrio, el desarrollo de la prostitución debería incluirse al interior de la tipología de intercambio, pues no dejó de constituir una forma evidente de acumulación de capital que beneficiaba a los encargados de la regencia de esta actividad y que, al ser un “oficio” legalizado mediante normas, generaba entradas para el Estado, mediante el pago de impuestos.

La fase de cambio desde el artesanado a la industria significó también un impulso al progreso material del mismo barrio, ampliando por otra parte, la demanda de mano de obra y posibilitando, paralelamente, oportunidades para un mejoramiento económico individual. Este grupo se reforzó a su vez con representantes del estrato profesional y semi-profesional, que residían en el sector y que participaban con una mayor cantidad de consumo en el mercado local.

### **2.7.2. Segunda excepción: Una sociabilidad de amplio espectro**

Se ha mostrado, hasta el momento, una sociabilidad de tipo eminentemente popular y marginal, prototípica de las barriadas pobres, en el Santiago de las cuatro primeras décadas del siglo XX. Sin embargo existió también otra sociabilidad, paralela, marcada por ciertos hitos arquitectónicos que rompen el esquema de configuración marginal del barrio. Estos hitos fueron el Club Hípico, el Portal Edwards y el teatro Politeama, tres lugares emblemáticos que delimitaron espacios de encuentro de los distintos estratos sociales, que en determinados momentos interactuaron en espacios comunes –lo que no significó, en modo alguno, una integración de tipo social–. **Sin dudas, el barrio era – en la representación de los sectores más acomodados– el “lugar prohibido”, que permitía una serie de licencias, otorgadas por el bajo pueblo, pero que jamás habrían sido aceptadas en la propia sociabilidad de esos círculos.** El sitio de encuentro por excelencia de estos distintos grupos era el Portal Edwards, lugar que poseía, metafóricamente, dos personalidades:

“Entre la calle Bascuñán Guerrero y Unión Americana, se había levantado el ‘Portal Edwards’. Era un hermoso e imponente edificio, con arcadas de estilo italiano. En él funcionaba el Casino Bonci y al fondo de él se construyó el teatro Politeama, establecimientos ambos que atrajeron una gran cantidad de público. Más tarde se instaló en su interior el ‘Hotel Royal’, que atrajo a los provincianos ricos en sus viajes a Santiago. El Casino Bonci era pastelería y café-concert, en el cual durante el día se expendían dulces y helados; pero que durante la noche cambiaba de aspecto, llenándose de un público bohemio, compuesto por escritores, periodistas, artistas, farreros y mujeres alegres. Por el año 1910 hicieron sensación en él las ‘Damas Vienesas’, que integraban una orquesta femenina de violines y violoncellos. A la entrada de la calle Bascuñán Guerrero y a pocos pasos del Portal, existía ya el Restaurant Atenas, perteneciente a un griego de apellido Karatso, que contribuía a dar mayor animación al sector. El Portal Edwards se convirtió en estos años en un sitio de moda, al cual concurría día y noche una gran cantidad de

santiaguinos. Frente a él daban también retretas de las bandas de los regimientos Buin y Pudeto y el Orfeón de la Policía.”<sup>ccxcvii</sup>

El Portal Edwards, junto a una serie de otros locales, sirvió de refugio para noctámbulos, bohemios, e intelectuales, poetas como Pablo Neruda y artistas como Rafael Frontaura. Este último describió en sus memorias la costumbre de ir al sector Estación para seguir la jarana. También relata como la policía, en sus redadas, hacía distinciones entre caballeros y rotos.<sup>ccxcviii</sup> Pero tal locación también servía para aglutinar a grupos de apostadores, que se instalaban en gran número en los alrededores del edificio.

Secretaría Municipal de Santiago. Reclamo por juegos de azar en Avenida de las Delicias, frente al Portal Edwards.

“El Director del Departamento de Inspección Local, en nota n° 1423 del 11 del pte. me dice que un inspector de ese servicio al pasar por la Avenida de las Delicias frente al Portal Edwards, a instancias de un vecino de aquel barrio, pudo comprobar que no menos de 300 personas se encontraban reunidas jugando dinero al juego de azar denominado “siete alegre”, que se efectúan por medio de dados...”<sup>ccxcix</sup>

El Club Hípico, a pesar de su exclusividad, también permitió una distendida interacción de los mismos apostadores que, después de las carreras, concurrían a los locales del barrio para comer y beber:

“Albino Costa propietario del restaurant ‘Atenas’ ubicado en Bascuñán Guerrero N° 21 al 29 de esta ciudad, a US. con todo respeto digo: mi establecimiento es muy serio y conocido, está ubicado a poca distancia del Club Hipico y naturalmente mi numerosa clientela después de las carreras desea hacer onces en él, pero como las carreras terminan a las cuatro tres cuartos horas, se ven privados de cumplir sus deseos, y tienen que esperar las seis de la tarde...me han insinuado me dirija a US. solicitando permiso para abrir a las cinco de la tarde los días Domingos y festivos...”<sup>ccc</sup>

Enrique Lafourcade da cuenta de la diversidad de lugares en los cuales gente de muy diversa extracción social buscaba las mejores “picadas”, para pasar un buen rato:

“El ‘Atenas’ estaba en Bascuñán Guerrero, al llegar a la Alameda. Allí sigue. Fabricaba agregados culturales y cónsules en tiempos de Arturo Alessandri Palma...En el ‘Germania’ también en la Alameda, por el barrio Estación Central, había música y cantores. Neruda escribió en una pared su “Oda al vino”. Y el poeta secreto Sofanor Tobar algo de su libro ‘Asado al palo’ que al parecer jamás publicó. En ese mismo barrio El

chanchito en batea', célebre por su arrollado caliente...Y 'El viejo de la pera' un auténtico museo de la chicha de Malloa, San Vicente y San Javier. Por la Avenida Pajaritos, recuerda Oreste, [Plath] estaban una serie de fritanguerías. Allí llevó al doctor y folclorólogo Raúl Cortazar a comer sopaipillas.”<sup>ccci</sup>

En cuanto a salas de espectáculos, el Politeama llegó a ser el teatro de variedades más famoso de Santiago. Su especialidad consistió en la puesta en escena de zarzuelas o “género chico” –sobre todo durante las dos primeras décadas del siglo XX– obras traídas al país por compañías españolas, cuyas cantantes despertaban la admiración de la audiencia masculina. Su fama era tal que incluso bajo la dictadura de Balmaceda, continuó dando funciones, como da cuenta De Ramón:

“Párrafo aparte merece el teatro Politeama, situado en la Alameda pero en las cercanías de la Estación Central de Ferrocarriles. Tanta era la fama de esta sala de espectáculos que durante la dictadura de Balmaceda en 1891, pese a la prohibición que existía de abrir teatros y restaurantes durante la noche, éste fue autorizado a dar espectáculos desde el 17 de mayo de ese año con funciones que debían terminar no más tarde de las 11 y media de la noche...Pasado este convulsionado período político, el teatro reanudó los espectáculos con su habitual esplendor...”<sup>ccci</sup>

Un documento de 1985 muestra un caso de alteración del orden público, en el Politeama, en el cual los partícipes eran miembros de la elite, lo que apoya el enunciado de la existencia de una sociabilidad de margen amplio:

Prefectura de Policía

Santiago

“El Comisario de la 5ª Sección con fecha de hoy dice lo siguiente:

Se dió cuenta al Juzgado por el Inspector de guardia del teatro, don Daniel Castro, anoche a las once se promovió un desorden en el foyer del teatro Politeama a consecuencia de haber dado de bofetadas el señor Enrique Blanco a un individuo. Al ser enviado a la Comisaría el señor Blanco, se opusieron los señores Jorge y Carlos Valdivieso, por cuyo motivo el desorden tomó mayores proporciones...”<sup>ccci</sup>

Este panorama era complementado con una serie de cines –“biógrafos” como se les denominaba en la época– que permitían poner al alcance del público grueso, el mundo de la pantalla grande.

A su vez, la sociabilidad específicamente popular no se limitaba a la comunidad en torno a la cueca, si bien esta expresión era predominante. Existieron también veladas deportivas, específicamente el desarrollo del boxeo manifestación social que llegó a ser muy apreciada en el barrio. Un documento correspondiente a 1936 se refiere a la autorización para efectuar veladas boxeriles, en calle Jotabeche.<sup>ccciv</sup> Otra expresión eran los “bailes sociales” promovidos por los centros de la misma denominación, pero que muchas veces se prestaban para transgredir las normas vigentes, sobre todo con respecto a la venta y consumo de alcohol. En 1935, Víctor Cuger presentó una solicitud para este tipo de reuniones, en la Cooperativa “Carreras”, ubicada en General Velásquez 671.<sup>cccv</sup> Otro ejemplo lo constituye la autorización para el baile de fantasía de la exposición ferroviaria de la Quinta Normal, para el año 1930.<sup>cccv</sup>

Sin dudas, los "centros sociales" –típicos de los barrios de la época– constituyeron focos nucleares de sociabilidad, cuya importancia deberá ser revelada por futuras investigaciones en historia urbana y de mentalidades. Se ha visto como el factor sociabilidad fue un elemento de primera importancia en el desarrollo de la historia de Estación Central. Para el historiador se configura como una sociabilidad heterogénea que contribuye a la puesta en escena de diversas variables, las cuales desde la metodología resultaron de utilidad para futuros análisis del mismo fenómeno. En tal sentido un punto de interés a investigar es el terreno fronterizo de esta sociabilidad entre "high y low" y las visiones respectivas que podrían determinarse a partir de tales encuentros. Pero eso será motivo para otra historia.

Finalmente, esta investigación no habría sido posible, de no contar con el apoyo de diversas empresas y productos comerciales del mismo sector estudiado. A todos ellos, muchas gracias.

- Seguro contra el dolor y resfríos (1941)
- Hotel Castilla. Alameda esquina Matucana. (1941)
- Palace Hotel. Alameda 2860 esquina San Alfonso. “A una cuadra de la Estación Alameda. Seriedad, limpieza, comida sana y abundante”. (1933)
- Muebles Imperio Av. Bernardo O’Higgins 2887 (1941)

- La Nación y Los Tiempos “Los diarios mejor informados y de amplia circulación” (1933)
- Fábrica y tienda de calzado “La República” Delicias 3089 al 3101. “La más surtida del barrio Estación Alameda” (1933)
- Atwater Kent Radio. Receptor super heterodino de siete válvulas. Compañía Chilena de Electricidad (1934)
- Zapatería “San Sebastián” Delicias 2959. Frente al portal Edwards (1916)
- Bodega Lirrazalde. Exposición No 70. “Frutas, harina, tostadería de café” (1916)
- Hotel y Restaurant Italiano. Exposición 80 frente a la Estación Central. “El preferido por los viajeros y empleados de los FF.CC.” (1916)
- Hotel Brinck. Plaza Argentina. Estación. “Servicio especial para los comerciantes de Valparaíso. Gran surtido en mariscos, pescados y toda clase de fiambres. Servicios especiales a la carta. Precios módicos”. (1916)

Se acabó la chichita  
 también la vela  
 se curó la cantora  
 todos p’a fuera”<sup>cccvii</sup>

# CONCLUSIONES

La demostración de las hipótesis propuestas en esta investigación han permitido extraer las siguientes conclusiones:

1.- Existe una relación, cierta y clara, entre desarrollo urbano y desarrollo nacional. Dicha relación se sintetiza con el salto a la modernidad -planteado a partir de la segunda mitad del siglo XIX en adelante- con la expansión del desarrollo urbano en la ciudad de Santiago y, más específicamente, a contar de 1870, con la labor realizada por Vicuña Mackenna como Intendente de Santiago.

2.- La ciudad-capital deviene, entonces, en el paradigma de desarrollo por excelencia que sirve como modelo al resto de las comunidades urbanas de la nación. Sin embargo, tal paradigma debe ser analizado con sus altos y bajos: progreso y pobreza, comunicación y aislamiento, seguridad y peligro, variables que en el caso que se ha investigado demuestran evidentes desequilibrios históricos, que se proyectan hasta el día de hoy. De todas formas, la ciudad-capital continúa, históricamente, siendo la punta de lanza del desarrollo económico y social, que intenta alcanzar el resto del país.

3.- Existen enclaves geográfico-humanos en la ciudad que permiten dar cuenta del desarrollo urbano, en una forma distinta que otras zonas. Estos enclaves son los barrios ubicados en la periferia de la metrópoli, barrios que por sus características de alejamiento y abandono, desarrollan sus propias dinámicas de sobrevivencia y desarrollo.

4.- Estas dinámicas propias se caracterizan por el sello de la violencia y la pobreza, la utilización de códigos alternativos a los impuestos por los individuos y la juricidad que conforman la “ciudad propia” o “decente”, en palabras de Vicuña Mackenna.

5.- A través de la violencia y pobreza antedichas se configuró una verdadera cultura alternativa con especiales características de ruralidad y urbanidad, una cultura mixta que transformó los bienes culturales originarios en nuevas herramientas de configuración y representación de mundo.

6.- Al interior de esa cultura mixta, el “roto” deviene como máxima expresión humana de ésta. En contacto con la ciudad, el campesino se urbaniza y transforma en el “roto choro”, el “guapo”, el “roto niño” y otras calificaciones propias de la época. No pierde, sin embargo, algunos matices muy propios de la ruralidad, como la cueca y el puñal.

7.- La cueca, así trasplantada, pasó a ser patrimonio de la ciudad, transformándose en la cueca urbana, denominada también, por los mismos cultores, como “chilenera”, “brava” y “de los barrios”. Esta cueca expresó, mediante la metáfora simple pero aguda y certera, la cosmovisión del sujeto perteneciente a los estratos populares. Esta expresión tuvo su auge entre 1900 y 1937, año en que irrumpe la música mexicana.

8.- El barrio Estación, cumplió con todas las condiciones materiales y humanas especificadas en los puntos anteriores, resultando una excepción en cuanto a la comunicación con otras zonas, sobre todo con respecto a las áreas rurales. El barrio estaba aislado, paradójicamente, con respecto al centro de la metrópoli, y en esto no se diferenciaba de otros barrios periféricos. Desde esta óptica constituyó, a través de su historia, un ejemplo clásico para efectos de estudios urbanos, locales y culturales.

9.- Entre 1910 y 1940 el barrio Estación sufre un desarrollo muy lento, lentitud que ayudará a la conservación de las marcas culturales de una “neoruralidad urbana”, en contacto con el campo. Tal "neoruralidad" se proyecta por medio del bien cultural que he considerado de mayor realce para efectos de este estudio: la cueca urbana de gran significado e impacto en el barrio, por lo menos hasta la década de 1930.

10.- De todas formas, está claro que la significación del barrio como “popular” es una condición necesaria, **pero no suficiente**, para entender la complejidad social que se estructura en estos cuarenta años de historia. No de otra manera cabe comprender la proliferación de grupos comerciantes, tanto de origen nacional como extranjero, y aquellos individuos que pertenecen a las categorías técnicas y profesionales.

11.- Si bien es cierto, se reconoce la importancia del sector como centro nervioso en cuanto a comunicaciones y comercio por parte de las autoridades, su abandono revela una **fuerte contradicción en cuanto a la definición de un status adecuado para el barrio**. Por una lado, resultaba de primera importancia su rol de sector de convergencia de caminos y comercio, para el abastecimiento y subsistencia de la capital sin embargo, por otro, generaba un profundo desprecio, por lo que se puede desprender tanto de las

crónicas personales, los textos literarios y los documentos oficiales. Tal ambigüedad es un fenómeno que ameritaría nuevas investigaciones, de carácter cualitativo.

12.- Debido a lo anterior, la comunidad de vecinos intentaba ejercer algún tipo de presión sobre las autoridades, para lograr mayores adelantos, la mayor parte de las veces con escaso éxito. También desarrolló iniciativas de progreso a través de portavoces destacados al interior de la comunidad (principalmente, comerciantes y “notables”)

13.- De todas formas, como campo de investigación, el sector estudiado es aún una rica veta que puede seguir siendo explotada, durante mucho tiempo en beneficio directo de la Historia Local, Social y de Mentalidades. En tal sentido, estimo que este estudio abre las siguientes posibilidades para futuros trabajos, tanto sobre el mismo barrio Estación como en otros sectores:

13.1.- Rol del grupo comerciante en el desarrollo del sector

13.2.- Tipos de comercio e intercambio

13.3.- Análisis de los flujos migratorios, a nivel tanto cuantitativo como cualitativo

13.4.- Tipificación de migrantes extranjeros:

13.4.1.- Nacionalidad

13.4.2.- Actividad

13.4.3.- Evolución en el tiempo

13.5.- Profundización de aspectos relativos al uso de la cueca como documento válido para la historiografía local e historia representacional. Su visión como texto –y sujeto, por ende, tanto a la crítica externa como interna– resulta de primera importancia para acrecentar el acervo documental, disponible hasta el momento, para este tipo de estudios.

14.- Desarrollo de nuevas investigaciones en historia local que permitan, mediante una serie de parcializaciones –logradas a través de estudios de barrios– la estructuración de una historia urbana general más completa que la existente hasta ahora. Tal desarrollo debería privilegiar el rescate de los contenidos memorialísticos de los sujetos corrientes

que habitan estos barrios. Por cierto, todo esto será posible mientras aún subsista la estructura material, el concepto y la cultura que define a un barrio. Dados los acelerados cambios que han venido ocurriendo en los últimos años en la estructura urbana, urge continuar con estas iniciativas pesquisadoras, antes de que los barrios desaparezcan como tales.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes primarias

Archivo Nacional: Fondo Intendencia de Santiago. Vols. N° 49 – 51– 60 – 72 – 73 – 74 – 89 – 91 – 111 – 143 – 163 – 187 – 201 – 216 – 262 – 331– 336 – 346 – 348 – 349 – 365 – 368 – 377 – 450 – 509 – 518 – 538 – 567 – 599 – 606 – 616 – 686 – 692 – 700 – 701 – 782 – 783 – 784 – 789 – 832 – 839 – 843 – 893 – 911 – 915 – 918 – 942 – 946 – 952 – 953 – 954 – 955 – 956 – 957 – 980 – 1013 – 1015 – 1035 – 1043 – 1087 – 1129.

### Fuentes secundarias

Acevedo Hernández, Antonio. **“Los Guapos”** En: Revista “En Viaje” N° 29, Marzo, 1936.

----- . **El barrio Estación**. Extractado de: Latcham, Ricardo **Estampas del Nuevo Extremo. Antología de Santiago. 1541-1941**. Santiago de Chile, Nascimento, 1941.

Agulhon, Maurice et al. **Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940**, Fundación Mario Góngora, Santiago de Chile,1992. *Prefacio de E. Cavieres*

Artículo en la red Internet. Estación Central: Reflejos del auge ferroviario [www.vialidadvaldivia.cl/visionhistorica.htm](http://www.vialidadvaldivia.cl/visionhistorica.htm)

Blanco-Amor, Eduardo. **Chile a la vista**. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1952.

Brito, Alejandra. *La mujer popular en Santiago (1850-1920)*. En: **Proposiciones**, N°24, SUR Ediciones, agosto, 1984. Págs.280-286.

Burke, Peter. **Formas de Historia Cultural**. Madrid, Alianza, 2000.

Chuaqui, Benedicto. **Memorias de un emigrante**. Santiago de Chile, Nascimento, 1957.

Claro Valdés, Samuel et al. **Chilena o cueca tradicional: de acuerdo a las enseñanzas de don Fernando González Marabolí**. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1994.

Coloane, Francisco. *La ciudad bajo los trenes*. En: Roco del Campo, Antonio. **Tradición y Leyenda de Santiago**, Santiago de Chile, Ercilla, 1941.

De Ramón, Armando. **Santiago de Chile. 1541-1991. Historia de una sociedad urbana**. Santiago de Chile, Sudamericana, 2000.

Edwards Bello, Joaquín. *Chuchunco ayer y hoy*. En: **Hotel Oddo** Santiago de Chile, Zig-Zag, 1966, Págs. 42-43

-----. **El Roto**. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1989.

Flores Maracaño, Carlos Alberto. “La visión literaria de la realidad social de la clase popular urbana chilena, de las primeras décadas del siglo XX y su constatación con la realidad histórica” Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Universidad de Chile. 1986.

Frontaura, Rafael. **Trasnochadas**, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1957.

Fuentes, Walter. **La novela social en Chile (1900-1925): Ideología y disyuntiva histórica**. Minneapolis, Institute for the study of Ideologies and Literature, 1990.

García Letelier, Patricio. *La vivienda popular chilena entre los siglos XVI y XIX*. En: **Revista de Ciencias Sociales**. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Universidad de Valparaíso, Chile. N° 39. Págs. 149-217.

García, Germán. **El inmigrante en la novela argentina**, Buenos Aires, Librería Hachette, 1970.

González R., Juan Pablo. *Musicología popular en América Latina: síntesis de sus logros problemas y desafíos*. En: **Revista Musical Chilena**, n° 195, año IV, enero-junio 2001, Facultad de Artes, Universidad de Chile. Págs. 38-64.

González Vera, José Santos: **Cuando era muchacho**. Santiago de Chile, Nascimento, 1964.

-----. **Vidas Mínimas**. Santiago de Chile, Cosmos, 1923.

Guzmán, Nicomedes. **Los hombres oscuros**. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1973. Escrita en el período 1937-38.

-----. **La Sangre y la Esperanza**. Santiago de Chile, Quimantú, 1972.

Illanes, Graciela. **Santiago legendario y artístico**, Santiago de Chile, Prensas de la Universidad de Chile, 1945.

Joan Jara. *Testimonio de la esposa de Víctor Jara*. En Revista **La Bicicleta** No 55, 11-9-1984. Págs. 7-10

Lafourcade, Enrique. *El Santiago que se fue*. En **Artes y Letras**, El Mercurio, 24 de agosto, 1997. Pág. D 29.

- León Echaíz, René. **Historia de Santiago**. Vols. I y II Imprenta Ricardo Neuport, Santiago de Chile, 1975.
- León León, Marco Antonio. *Historia y Literatura: Un encuentro necesario*. En: **Mapocho**. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales. N° 3. Primer Semestre de 1993. Pág. 139-156.
- Luzzi, Paz. **Historicidad e identidad de la cueca como expresión de la cultura de la Vega Central**. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia. Prof. Guía Sonia Pinto. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile. 2002.
- Marta Cruz Coke. *Chile, Cultura y Pobreza*, (entrevista). En: Artes y Letras, El Mercurio, 29 de Marzo, 1998. Pág. C 12.
- Merino, Roberto. **Horas perdidas en las calles de Santiago**. Santiago de Chile. Editorial Sudamericana Chilena, 2000.
- Pinto, Sonia y Dannemann, Manuel: Seminario: “*El Folclore como Cultura*”. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile. 1996.
- Plath, Oreste. *Epopéya del “roto” chileno*. En: **Revista de Occidente**. N° 300. Año XXXIX. Marzo-Abril 1983. Págs. 81-90
- Poblete, Martiniano. **Una jornada ferroviaria**. (*Recuerdos de 38 años de vida carrilana*) Tomo I. Santiago de Chile. Imprenta y Estampería CLARET. 1930.
- Puelma, Ricardo. **Arenas del Mapocho**. Santiago de Chile, Beuvedráis Editores, 1998.
- Rojas, Manuel. *Canto y Baile*. En: **Obras Completas de Manuel Rojas**. Vol 1. Santiago de Chile, Zig-Zag
- . *Sombras contra el muro*. En: **Obras Escogidas de Manuel Rojas**. Vol 2. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1974.
- Romero, Alberto. **La mala estrella de Perucho González**. Santiago de Chile. Editorial Universitaria, 1971.
- . **La tragedia de Miguel Orozco**. Santiago de Chile, Sociedad Chilena de Ediciones 1929.
- . **La viuda del conventillo**. Santiago, Biblioteca Vida Chilena, 1932.
- Romero, Hernán. *La ciudad, organismo vivo*. En: **Mapocho**, Tomo V, N° 2-3, 1966, Vol 14. Págs. 24-40.
- Romero, Luis Alberto. *Condiciones de vida de los sectores populares de Santiago de Chile, 1840-1895* (Vivienda y alud). En: **Nueva Historia**, Vol.3, N°9, 1984.
- Salazar, Gabriel. *La mujer de bajo pueblo en Chile: bosquejo histórico*. En: **Proposiciones** n° 21. Diciembre, 1992 Págs. 89-107.

Santiván, Fernando. **El Crisol**. Santiago de Chile, Talleres de la Empresa Zig-Zag, 1913.

Santos Tornero, Recaredo. **Chile Ilustrado**. Valparaíso, Librerías y Agencias del Mercurio, 1872.

Segre, Cesare. **Semiótica, Historia y Cultura**. Barcelona, Ariel, 1981.

Silva Castro, Raúl. **Paradojas sobre las clases sociales en Literatura**. Ediciones de "Índice" Arte y Literatura II. (s. f., s. l. e.)

Soto, Román. Angurrientos de Juan Godoy: rotos, indeterminación, sexualidad y un nuevo verosímil. En : **Mapocho**, N° 32, segundo semestre de 1992, págs. 73-83.

Spikin Howard, Alberto. **Esta boca es mía**. Santiago. Editorial ORBE. 1964.

Stewart, Watt. **El trabajador chileno y los ferrocarriles del Perú**. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1939.

Subercaseaux, Bernardo. **Fin de siglo. La época de Balmaceda**. Santiago de Chile, Aconcagua, 1988.

Subercaseaux, Pedro. **Memorias**. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1962.

Valenzuela Márquez, Jaime. *Dimensiones rurales y sociabilidad popular en Chile 1850-1880* En: **Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940**, Fundación Mario Góngora, Santiago de Chile, 1992.

Vasallo Rojas, Emilio y Matus Gutiérrez, Carlos. **Historia de los ferrocarriles de Chile**. Santiago de Chile, Talleres Gráficos Colón, 1943.

Vicuña Mackenna, Benjamin. **De Valparaíso a Santiago**. Obras completas de Vicuña Mackenna. Vol. XVI (1877). Universidad de Chile. 1940. Págs. 506-507.

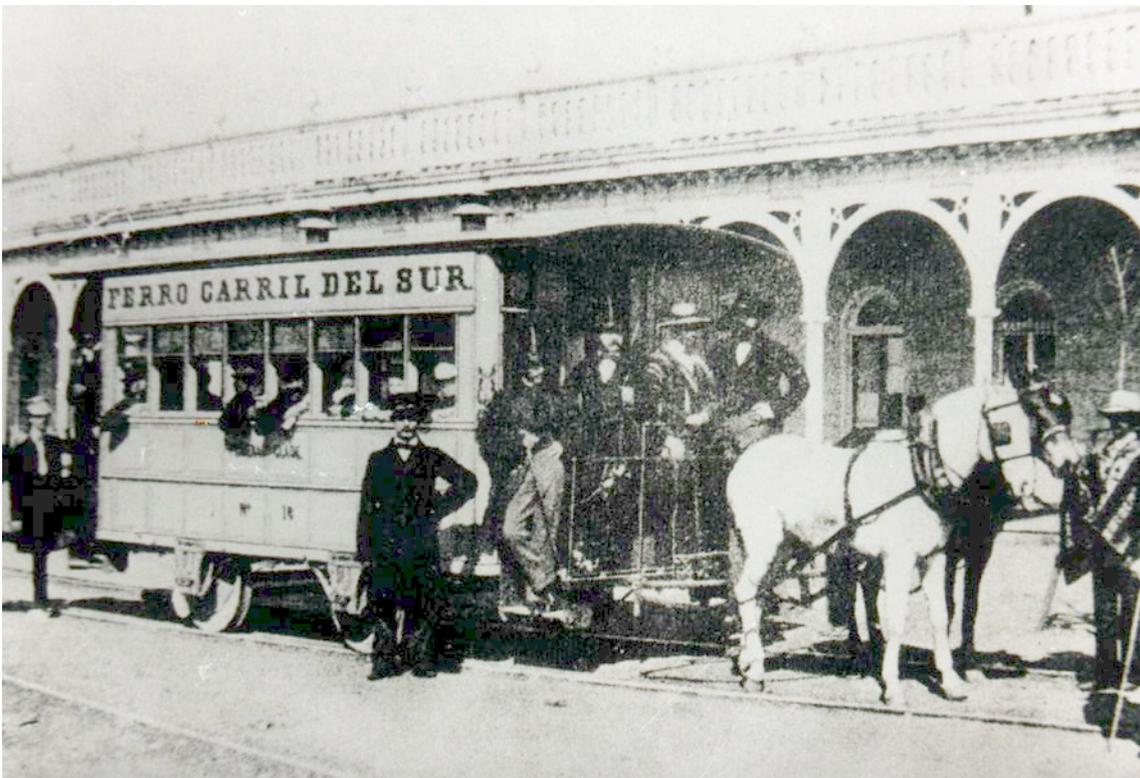
Vovelle, Michelle. **Ideología y Mentalidades**. Barcelona, Ariel, 1985.

## Imágenes de la Estación Mapocho

1860\_1



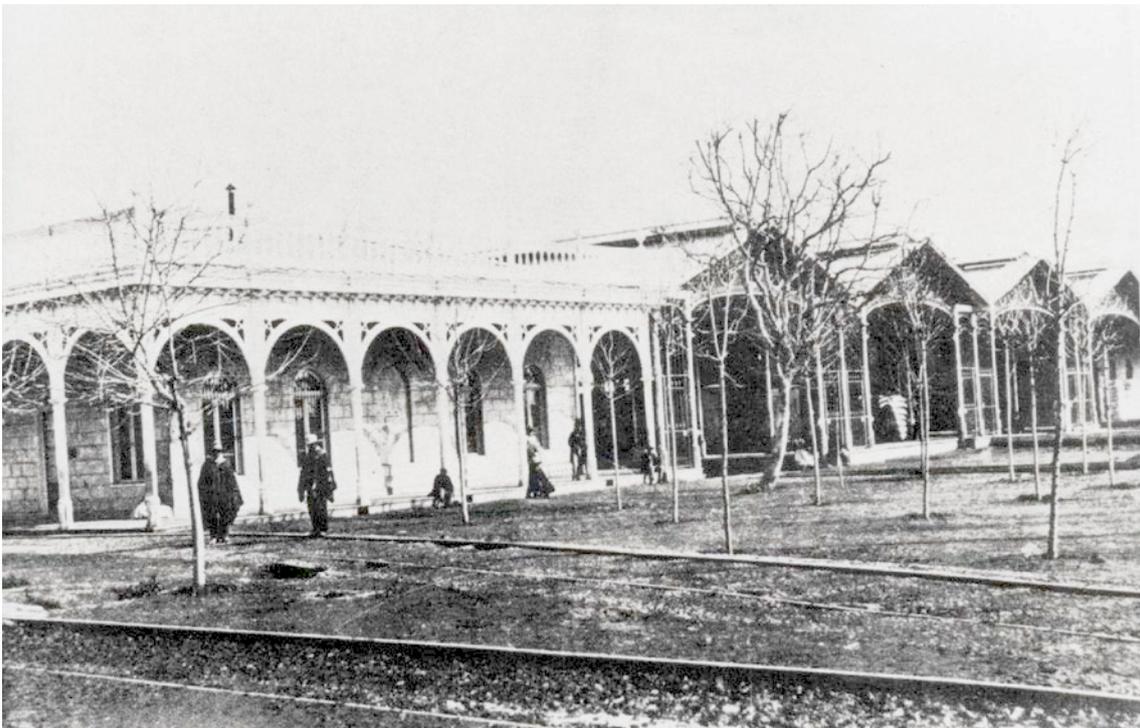
1860-2



1860\_3



1861



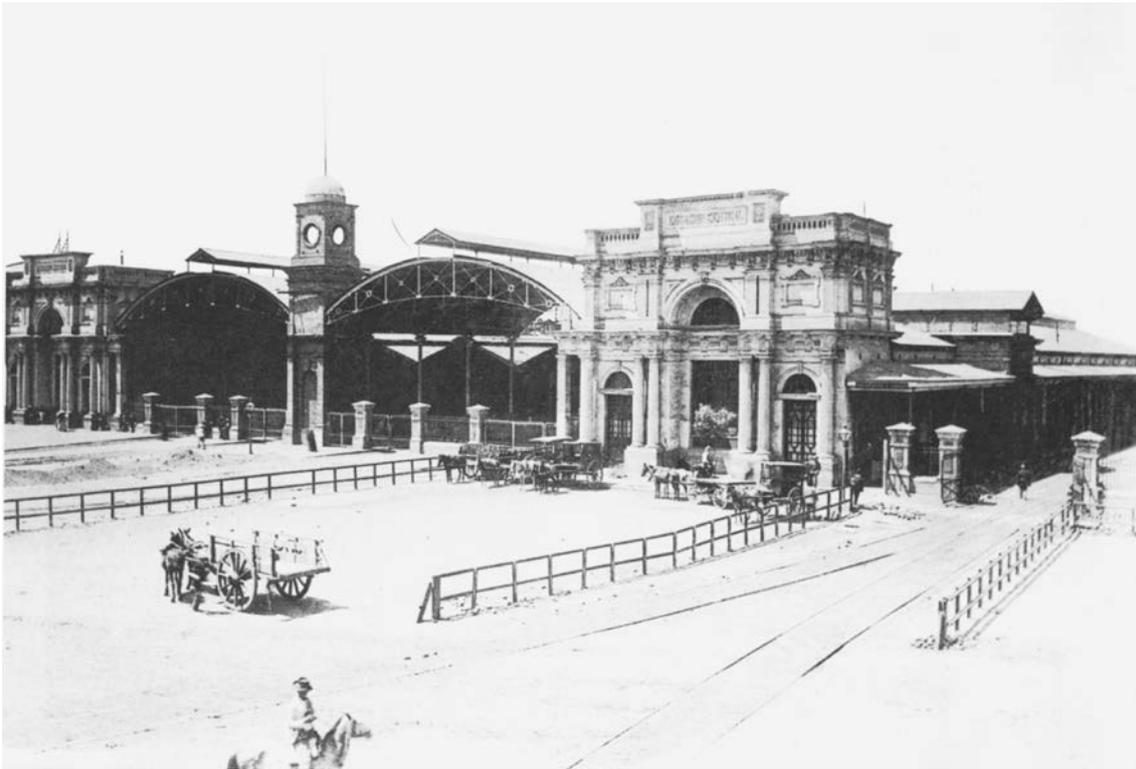
1863



1880



1890\_1



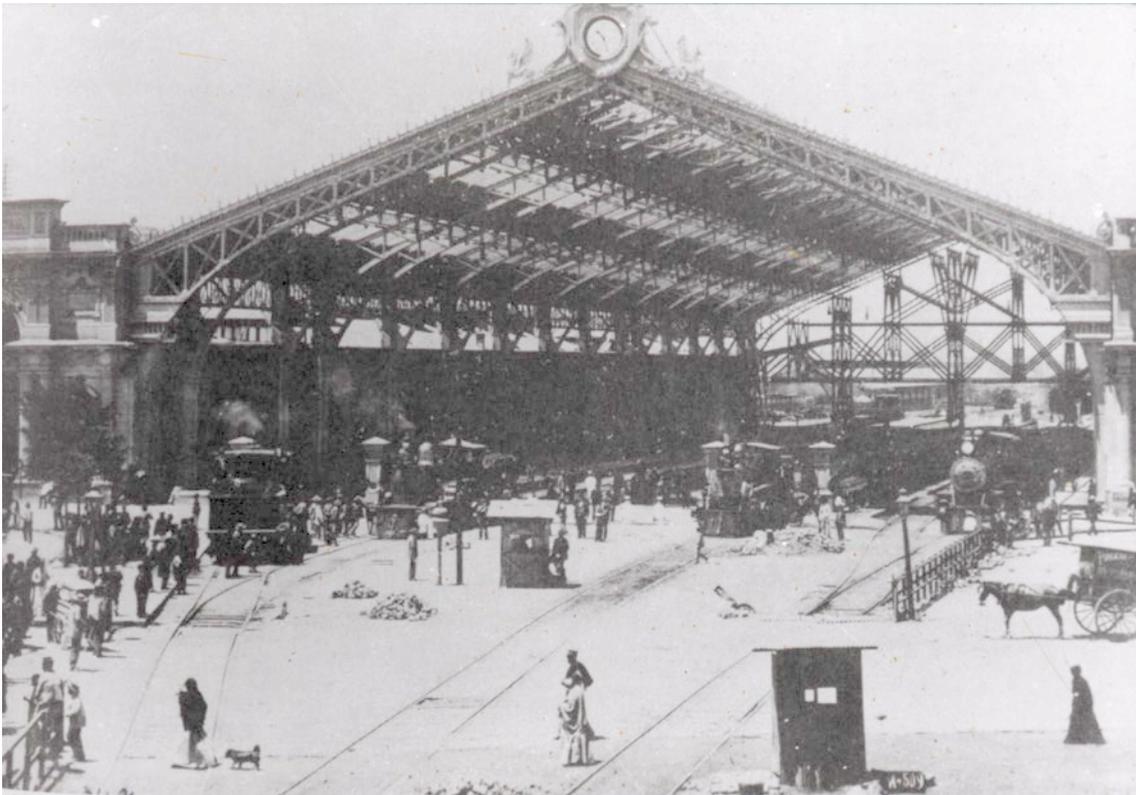
1890\_2



1899



1900\_1



1900\_2



1901



1910\_1



1910\_2



1918



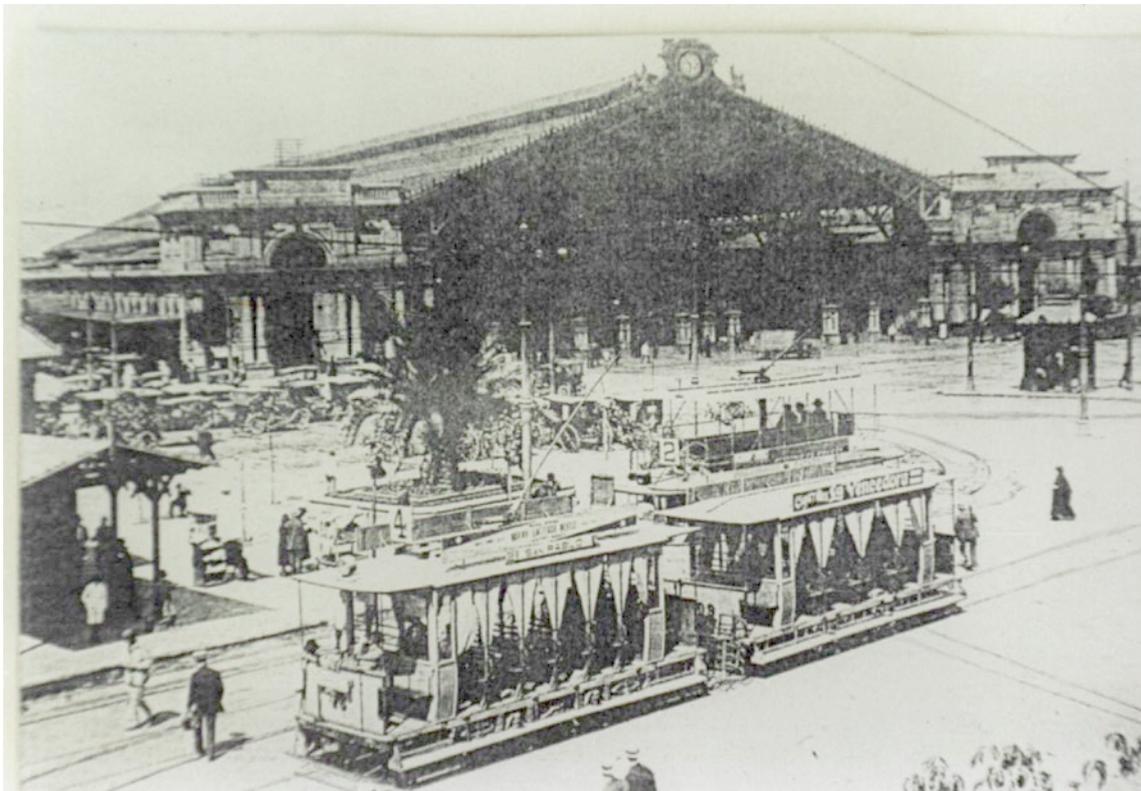
1920\_1



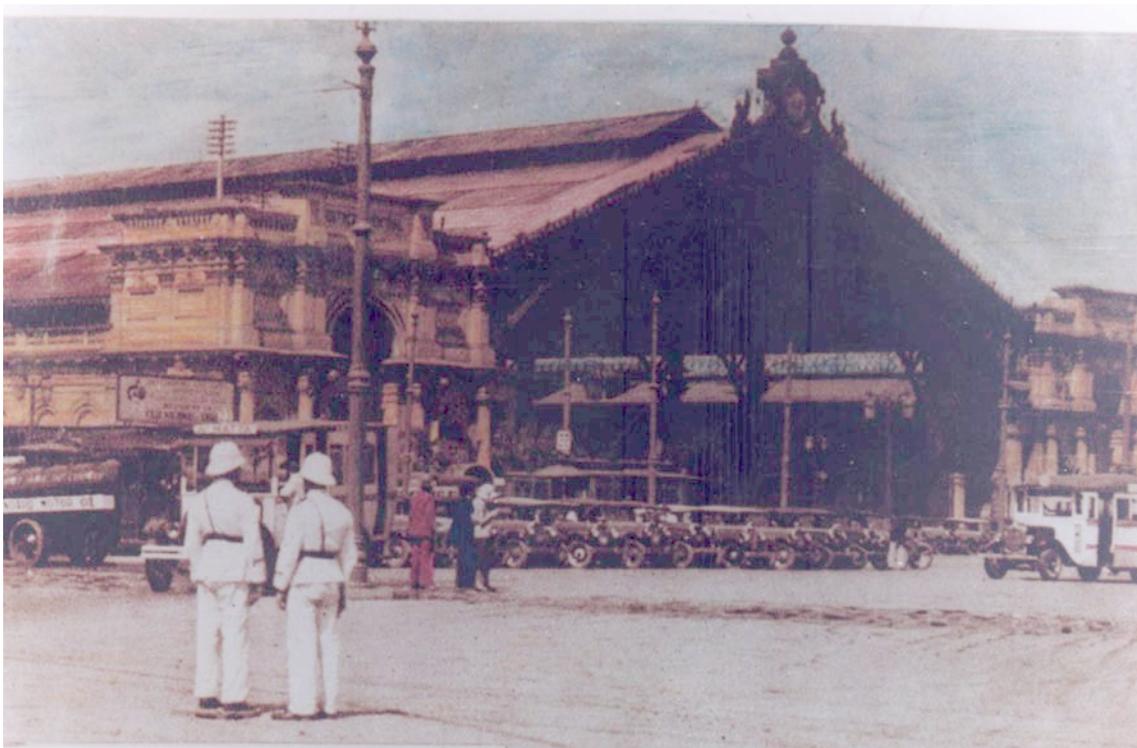
1920\_2



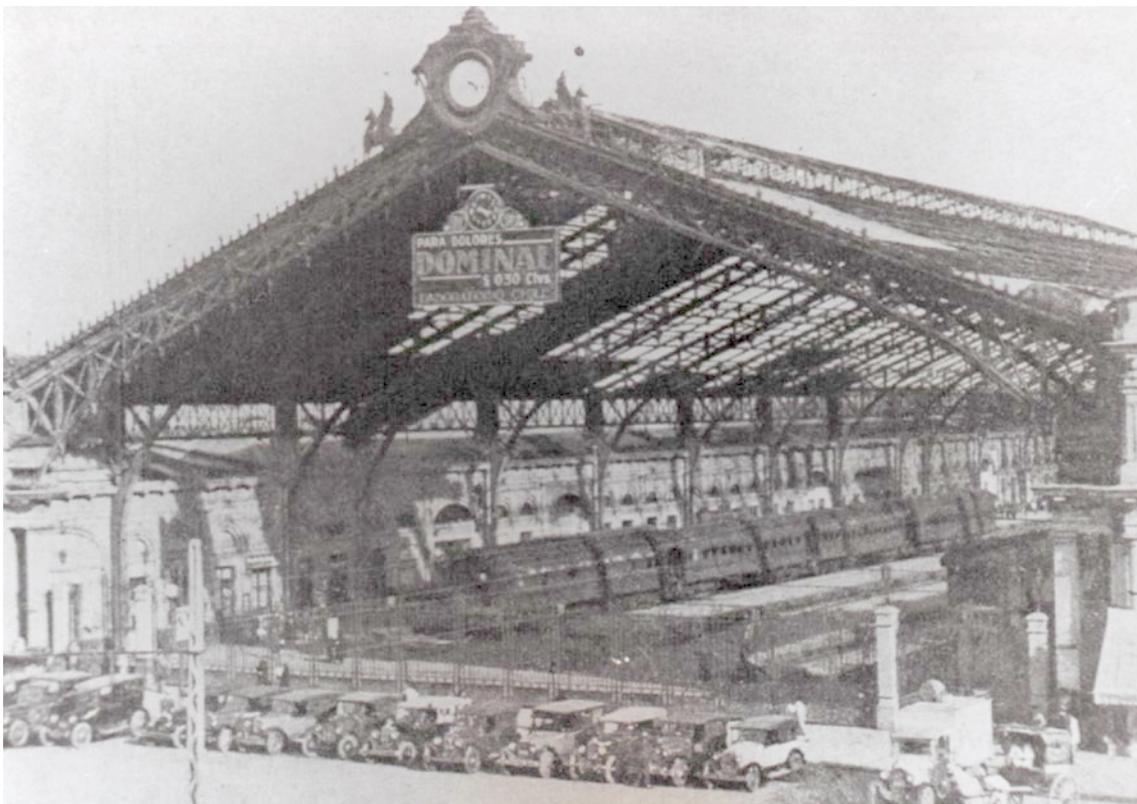
1920\_3



1920\_4



1920\_5



1920\_6



1930\_1



1930\_2



1930\_3



1940



1945



1965



Imágenes de la Vida Cotidiana

1857\_1



1860\_1



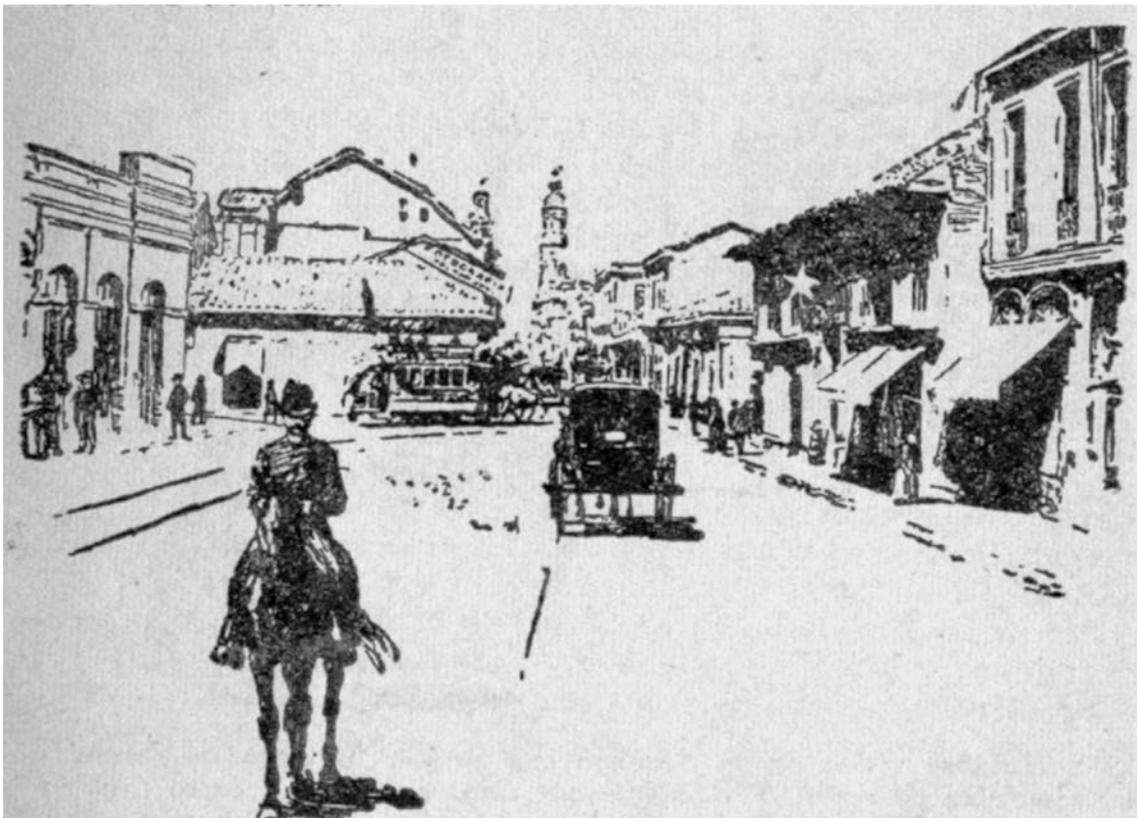
1875\_1



1890\_1



1890\_2



1900\_1



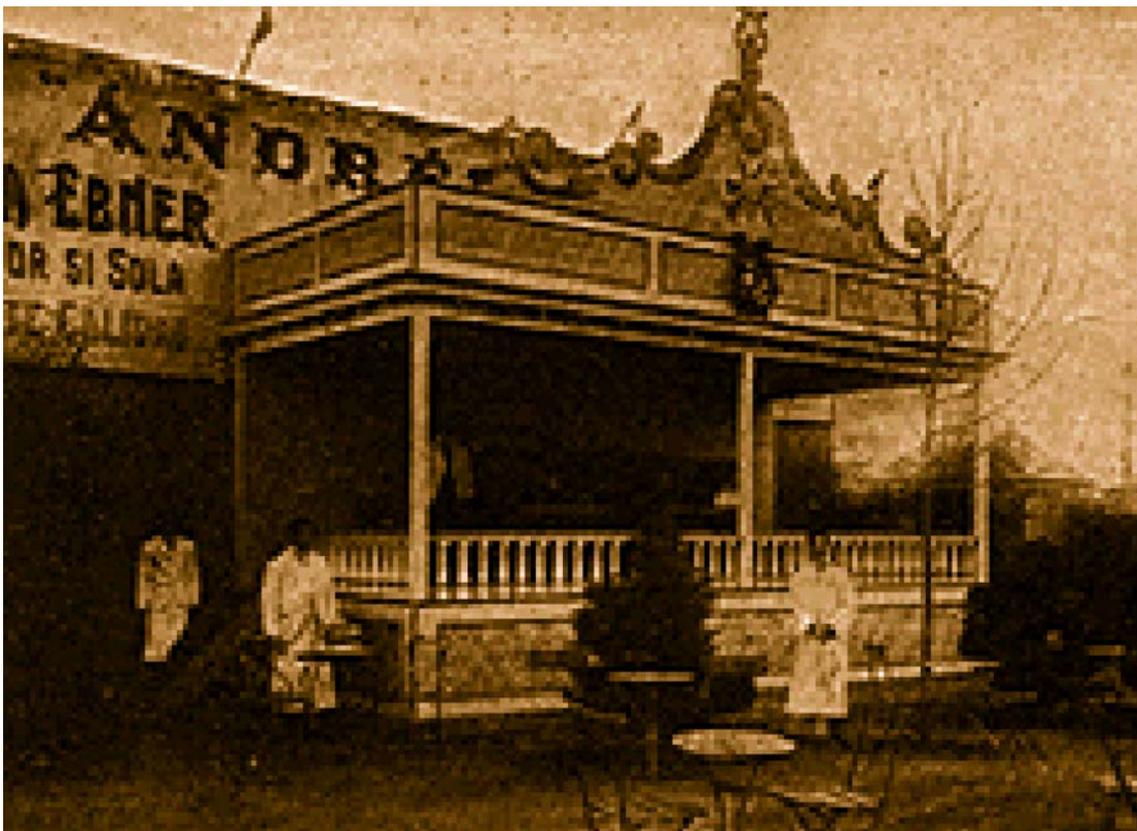
1900\_2



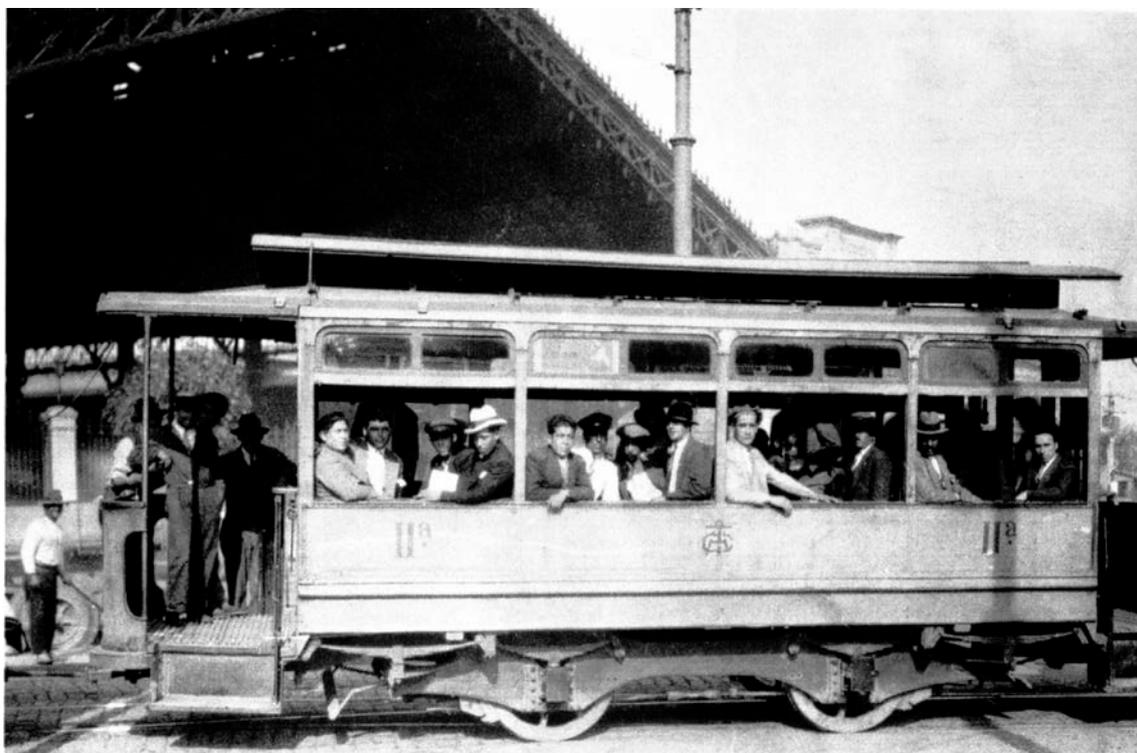
1907\_1



1908\_1



1910\_1



1912\_1



1920\_1



1920\_2



1920\_3

1925\_1

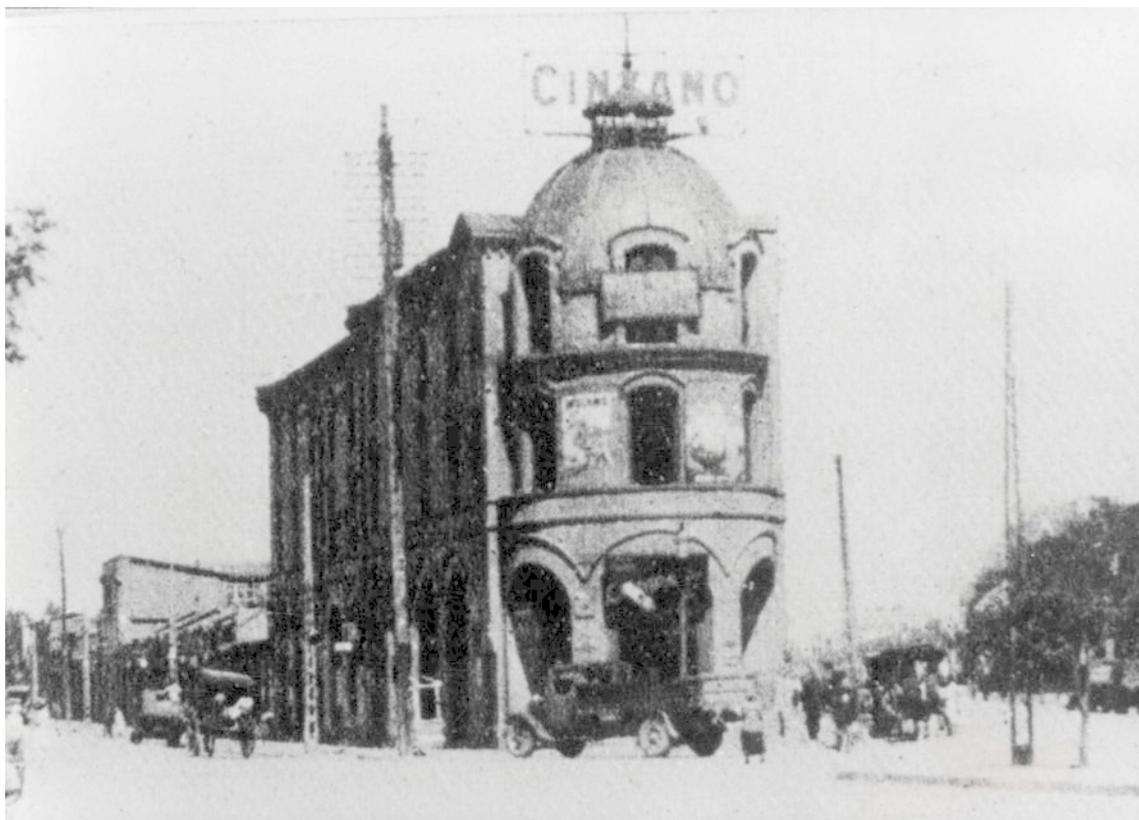


1930\_1

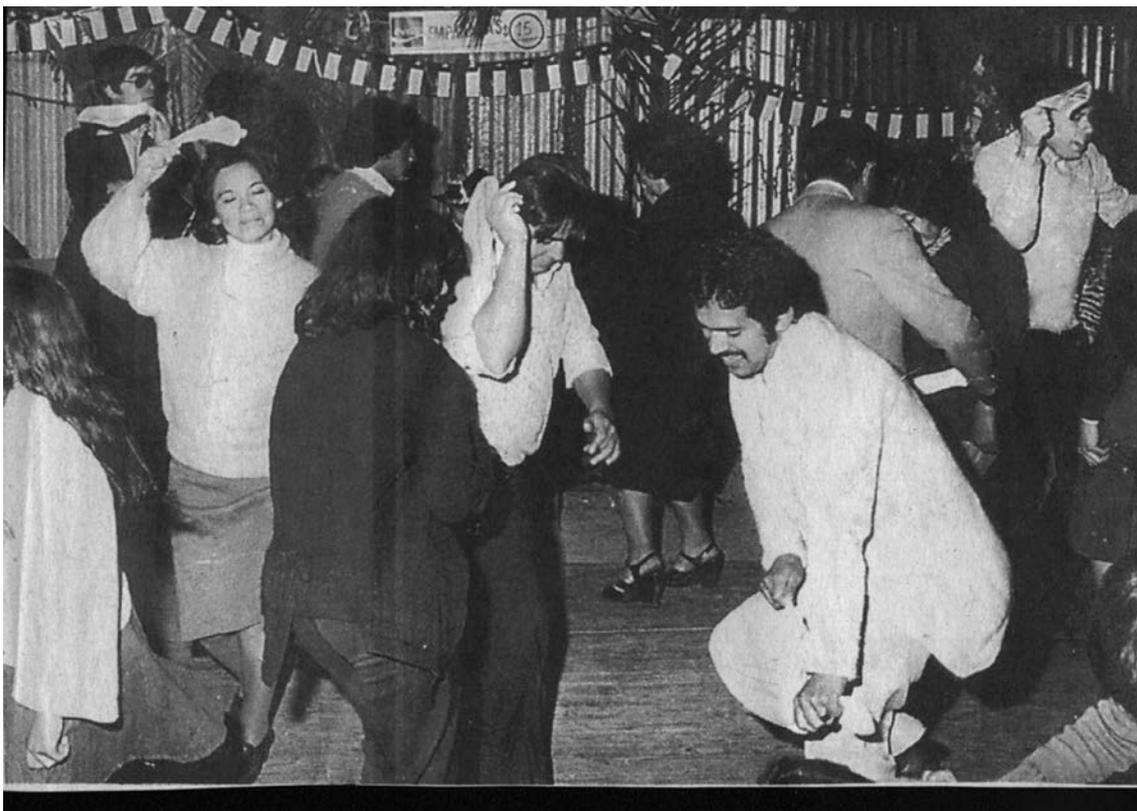
1930\_2



1930\_3



1970\_1



1970\_2





---

<sup>i</sup> Peter Burke: **Formas de Historia Cultural**. Madrid, Alianza, 2000 Pág.207.

<sup>ii</sup> Idem... Pág. 208

- 
- iii Michelle Vovelle: **Ideología y Mentalidades**. Barcelona, Ariel, 1985. Pág.12
- iv Idem... Pág.12
- v Peter Burke. Op. cit. Pág. 210
- vi Idem... Pág.209
- vii Michelle Vovelle: Op. cit. Pág.13
- viii Vid. Burke, Pág.215
- ix Peter Burke. Op cit.
- x Vid. Burke, Op. cit Pág.216
- xi Seminario: “*El Folcklore como Cultura*”. Clase del 16/09/96
- xii Seminario: “*El Folcklore como Cultura*”. Clase del 09/09/96.
- xiii Seminario: “*El Folcklore como Cultura*”. Clase del 26/08/96
- xiv Seminario: “*El Folcklore como Cultura*”. Clase del 16/09/96
- xv Luis Alberto Romero: *Condiciones de vida de los sectores populares de Santiago de Chile, 1840-1895* (Vivienda y Salud). En: **Nueva Historia**, Vol.3, N°9, 1984. Pág.10
- xvi Bernardo Subercaseaux: **Fin de siglo. La época de Balmaceda**. Santiago de Chile, Aconcagua, 1988. Pág. 297
- xvii Seminario: “*El Folcklore como Cultura*”. Clase del 26/08/96
- xviii Seminario: “*El Folcklore como Cultura*”. (Herskovits, citado por Dannemann) Clase del 26/08/96
- xix Seminario: “*El Folcklore como Cultura*”. Clase del 13/05/96
- xx Seminario: “*El Folcklore como Cultura*”. Clase del 06/05/96
- xxi Bernardo Subercaseaux. Op. cit. Pág. 313

---

<sup>xxii</sup> Maurice Agulhon et al. **Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940**, Fundación Mario Góngora, Santiago de Chile, 1992 Pág.8 **Prefacio de E. Cavieres**

<sup>xxiii</sup> Idem... Pág.8

<sup>xxiv</sup> Idem... Pág.7

<sup>xxv</sup> Marco Antonio León León: **Historia y Literatura: Un encuentro necesario**. En: *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*. N° 3. Primer Semestre de 1993. Pág. 139-156. Pág. 144

<sup>xxvi</sup> Idem... Pág. 154

<sup>xxvii</sup> Walter Fuentes: **La novela social en Chile (1900-1925): Ideología y disyuntiva histórica**. Minneapolis, Institute for the study of Ideologies and Literature, 1990. Págs 13-14

<sup>xxviii</sup> Germán García: **El inmigrante en la novela argentina**, Buenos Aires, Librería Hachette, 1970. Pág. 9

<sup>xxix</sup> Cesare Segre: **Semiótica, Historia y Cultura**. Barcelona, Ariel, 1981. Pág. 24

<sup>xxx</sup> Idem... Pág. 26

<sup>xxxi</sup> Idem... Pág. 100

<sup>xxxii</sup> Archivo Nacional: Fondo Intendencia de Santiago Vol. 91 /01/1891 (sic en documento)

<sup>xxxiii</sup> Vid. Ibidem... Vol.567 09/01/1925. (Todas las referencias a documentos que se realizan a lo largo de este capítulo provienen de este fondo)

<sup>xxxiv</sup> Vid. Vol.606 1927 (Pág.5 de folleto inserto en el volumen).

<sup>xxxv</sup> Vid. Vol.692 31/01/1929

<sup>xxxvi</sup> Vid. René León Echaíz: **Historia de Santiago**, 2 volúmenes. Imprenta Ricardo Neuport, Santiago de Chile, 1975 Vol. I. Pág.60

---

<sup>xxxvii</sup> Vid. Ibidem. Pág. 60

<sup>xxxviii</sup> Vid. Id. Pág. 60

<sup>xxxix</sup> Id. Pág. 84

<sup>xi</sup> Jaime Valenzuela Márquez: **Dimensiones rurales y sociabilidad popular en Chile 1850-1880** En: Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940, Fundación Mario Góngora, Santiago de Chile, 1992. Págs. 387–388

<sup>xli</sup> René León Echaíz. Op. cit. Vol I. Pág 84

<sup>xlii</sup> Vid. Armando De Ramón. **Santiago de Chile. 1541-1991. Historia de una sociedad urbana.** Santiago de Chile, Sudamericana, 2000. Pág. 173

<sup>xliii</sup> Vid. René León Echaíz. Op. cit Vol. II. Pág. 173.

<sup>xliv</sup> Vid. Ibidem, Pág.84

<sup>xlvi</sup> Ibidem. Pág.84

<sup>xlvi</sup> Id. Págs. 84-.85

<sup>xlvi</sup> Vid. Armando De Ramón. Op. cit Pág. 142

<sup>xlvi</sup> Patricio García Letelier: **La vivienda popular chilena entre los siglos XVI y XIX.** En: Revista de Ciencias Sociales. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Universidad de Valparaíso, Chile. N° 39. Págs. 206-207

<sup>xlvi</sup> Vid. Armando De Ramón: Op. cit. Pág.143

<sup>1</sup> Ricardo Puelma: **Arenas del Mapocho.** Santiago de Chile, Beuvedráis Editores, 1998. Pág. 73

<sup>li</sup> Vid. Bernardo Subercaseaux: **Fin de siglo. La época de Balmaceda.** Santiago de Chile, Aconcagua, 1988 Pág. 100

<sup>lii</sup> Vid. Armando De Ramón. Op. cit. Págs. 143-144

---

<sup>liii</sup> Graciela Illanes. **Santiago legendario y artístico**, Santiago de Chile, Prensas de la Universidad de Chile, 1945. Pág.133

<sup>liv</sup> Armando De Ramón. Op. cit. Pág. 145

<sup>lv</sup> Recaredo Santos Tornero. **Chile Ilustrado**. Valparaíso, Librerías y Agencias del Mercurio, 1872 Págs. 7-8

<sup>lvi</sup> Vid: Roberto Merino: **Horas perdidas en las calles de Santiago**. Santiago de Chile, Editorial Sudamericana Chilena, 2000

<sup>lvii</sup> Pedro Subercaseaux: **Memorias**. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1962. Pág. 19

<sup>lviii</sup> Vid. René León Echaíz. Op. cit. Vol. II. Pág. 134

<sup>lix</sup> Vid. Ibidem Pág.186

<sup>lx</sup> Vid. Vol. 111 09/01/1893 y Vol. 331 31/07/1909

<sup>lxi</sup> Ver anexo documental

<sup>lxii</sup> Benjamin Vicuña Mackenna: **De Valparaíso a Santiago**. Obras completas de Vicuña Mackenna. Vol. XVI (1877). Universidad de Chile. 1940. Págs. 506-507

<sup>lxiii</sup> Recadero Santos Tornero: Op. cit: Págs. 84-85

<sup>lxiv</sup> Vid: Estación Central: Reflejos del auge ferroviario  
[www.vialidadvaldivia.cl/visionhistorica.htm](http://www.vialidadvaldivia.cl/visionhistorica.htm)

<sup>lxv</sup> Víctor Jara. Revista *La Bicicleta* No 55, 11-9-1984. (Testimonio de la esposa de Víctor Jara) Pág. 7

<sup>lxvi</sup> Ver Anexo Documental.

<sup>lxvii</sup> Armando De Ramón: Op. cit. Pág. 183

<sup>lxviii</sup> Vid. Ibidem. Págs. 156-157

<sup>lxix</sup> Bernardo Subercaseaux: Op. cit. Pág. 105

---

<sup>lxx</sup> Antonio Acevedo Hernández: **El barrio Estación**. Extractado de: Latcham, Ricardo **Estampas del Nuevo Extremo. Antología de Santiago. 1541-1941**. Santiago de Chile, Nascimento, 1941. Pág. 358

<sup>lxxi</sup> Francisco Coloane: **La ciudad bajo los trenes**. En: Roco del Campo Antonio. **Tradición y Leyenda de Santiago**, Santiago de Chile, Ercilla, 1941. Pág.238

<sup>lxxii</sup> Ibidem. Pág. 358

<sup>lxxiii</sup> René León Echaíz. Op. cit. Vol. II. Pág.172

<sup>lxxiv</sup> Vol. 1087 06/09/1943

<sup>lxxv</sup> René León Echaíz. Op. cit. Vol. II. Pág.189

<sup>lxxvi</sup> Ricardo Puelma: Op. cit. Págs. 16-19-20

<sup>lxxvii</sup> Manuel Rojas: *Sombras contra el muro*. En: **Obras Escogidas de Manuel Rojas**. Vol 2. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1974. Págs. 669-70

<sup>lxxviii</sup> Entrevista a Hernán Núñez, 1997. Vid anexo documental.

<sup>lxxix</sup> Sobre todo a partir de 1884, cuando se crea la Empresa de los Ferrocarriles del Estado, estableciendo un sentido de pertenencia para sus miembros que se reflejó en el concepto de “familia ferroviaria”, con beneficios, previsión y habitación.

<sup>lxxx</sup> Alberto Spikin Howard: **Esta boca es mía**. Santiago. Editorial ORBE. 1964 Pág.153

<sup>lxxxI</sup> Watt Stewart: **El trabajador chileno y los ferrocarriles del Perú**. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1939. Pág. 17

<sup>lxxxii</sup> Cueca “*Salgo a los trabajos grandes*”. Claro Valdés, Samuel et al. **Chilena o cueca tradicional: de acuerdo a las enseñanzas de don Fernando González Marabolí**. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1994 Págs. 335

<sup>lxxxiii</sup> Cueca “*Y en la línea de la Oroya*” Ibidem. Pág. 354

<sup>lxxxiv</sup> Cueca “*Pasaron los carrilano*”. Id. Pág. 356

---

<sup>lxxxv</sup> González Vera, José Santos. **Cuando era muchacho**. Santiago de Chile, Nascimento, 1964 Pág. 29

<sup>lxxxvi</sup> Antonio Acevedo Hernández: **“Los Guapos”** En: Revista “En Viaje” N° 29, Marzo, 1936. Pág. 23

<sup>lxxxvii</sup> Watt Stewart: Op. cit. Pág. 16

<sup>lxxxviii</sup> Oreste Plath: **Epopeya del “roto” chileno**. En: Revista de Occidente. N° 300. Año XXXIX. Marzo-Abril 1983. Págs. 87-88

<sup>lxxxix</sup> Emilio Vasallo Rojas y Carlos Matus Gutiérrez: **Historia de los ferrocarriles de Chile**. Santiago de Chile, Talleres Gráficos Colón, 1943 Págs. 70-71

<sup>xc</sup> Ibidem... Pág. 76

<sup>xc<sup>i</sup></sup> Joaquín Edwards Bello: *“Chuchunco ayer y hoy”* En: **Hotel Oddo** Santiago de Chile, Zig-Zag, 1966, págs. 42-43

<sup>xc<sup>ii</sup></sup> Entrevista a Hernán Núñez, 1997.

<sup>xc<sup>iii</sup></sup> Joaquín Edwards Bello: **El Roto**. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1989 Pág. 3

<sup>xc<sup>iv</sup></sup> Martiniano Poblete: **Una jornada ferroviaria. (Recuerdos de 38 años de vida carrilana)** Tomo I. Santiago de Chile. Imprenta y Estampería CLARET. 1930 Pág.20

<sup>xc<sup>v</sup></sup> Ibidem... Pág. 26-27

<sup>xc<sup>vi</sup></sup> Id... Págs. 26- 27

<sup>xc<sup>vii</sup></sup> Id... Pág.23

<sup>xc<sup>viii</sup></sup> Id... Págs. 42-43

<sup>xc<sup>ix</sup></sup> Vid. Id. Pág.45

<sup>c</sup> Joaquín Edwards Bello: **El Roto**. Op. cit. Pág. 4

<sup>ci</sup> Ibidem... Pág. 2

- 
- <sup>cii</sup> Víctor Jara. Op. cit. Pág. 7
- <sup>ciii</sup> Cueca “*Por ese barrio Estación*” en: Claro Valdés, Samuel et al.: Op. cit. Pág.522
- <sup>civ</sup> Manuel Rojas: *Sombras contra el muro*. En: Op. cit. 628-29
- <sup>cv</sup> Alberto Romero: **La tragedia de Miguel Orozco**. Santiago de Chile, Sociedad Chilena de Ediciones Pág. 35
- <sup>cvi</sup> Fernando Santiván: **El Crisol**. Santiago de Chile, Talleres de la Empresa Zig-Zag, 1913 Págs. 7-. 8
- <sup>cvi</sup> José Santos González Vera: Op. cit. Pág.62
- <sup>cviii</sup> Alberto Romero: Op. cit. Pág. 37-38
- <sup>cix</sup> Alberto Romero: **La mala estrella de Perucho González**. Santiago de Chile,. Editorial Universitaria, 1971. Pág. 85
- <sup>cx</sup> Víctor Jara. Op. cit. Pág. 7
- <sup>cx</sup> Entrevista a Oscar Parra, el Tony Canarito. En: Roberto Merino: Op. cit. Págs.208-209
- <sup>cxii</sup> Vid. [www.bibliotecavirtualdelbicentenario.cl](http://www.bibliotecavirtualdelbicentenario.cl)
- <sup>cxiii</sup> Benedicto Chuaqui: **Memorias de un emigrante**. Santiago de Chile, Nascimento, 1957 Págs.138-139
- <sup>cxiv</sup> Ibidem... Pág.155
- <sup>cxv</sup> Vol.942 Foja 317 29/01/1936.
- <sup>cxvi</sup> Vid. Benedicto Chuaqui: Op. cit. Pág.148
- <sup>cxvii</sup> Ibidem... Pág.175
- <sup>cxviii</sup> Alberto Romero: **La viuda del conventillo**. Santiago, Biblioteca Vida Chilena, 1932 Pág. 24

- 
- <sup>cxix</sup> Cueca “*La plata se gana al sol*” Samuel Claro Valdés et al.: Op. cit. Pág. 375
- <sup>cxx</sup> Alberto Spikin Howard: Op. cit. Pág.133
- <sup>cxixi</sup> Cueca “*Y el hombre para ser hombre*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit. Pág.3
- <sup>cxixii</sup> Román Soto: **Angurrientos de Juan Godoy: rotos, indeterminación, sexualidad y un nuevo verosímil**. En : Mapocho, N° 32, segundo semestre de 1992, Págs. 75-76
- <sup>cxixiii</sup> Cueca “*Yo traigo la margarita*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.384
- <sup>cxixiv</sup> Blanco-Amor Eduardo. **Chile a la vista**. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1950 Pág.81
- <sup>cxixv</sup> Carlos Alberto Flores Maracaño: “**La visión literaria de la realidad social de la clase popular urbana chilena, de las primeras décadas del siglo XX y su constatación con la realidad histórica**” Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Universidad de Chile. 1986. Pág. 51-52
- <sup>cxixvi</sup> Joaquín Edwards Bello: **El Roto**. Op. cit Pág. 2
- <sup>cxixvii</sup> Alejandra Brito: **La mujer popular en Santiago (1850-1920)**. En: Propositiones, N°24, SUR Ediciones, agosto, 1984. Pág.281-282
- <sup>cxixviii</sup> Hernán Romero: **La ciudad, organismo vivo**. En: Mapocho, Tomo V, N° 2-3, 1966, Vol 14. Pág. 40
- <sup>cxixix</sup> Víctor Jara. Op. cit. Págs. 9-10
- <sup>cxixxx</sup> Víctor Jara. Op. cit. Pág. 8
- <sup>cxixxxi</sup> Alberto Spikin Howard. Op. cit. Págs 40-41
- <sup>cxixxxii</sup> Ibidem... Pág.131
- <sup>cxixxxiii</sup> Cueca “*Y ese puente de la aguada*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág. 442

---

<sup>cxxxiv</sup> Cueca “*Ya murió el ‘guaso Raimundo’*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit. Pág.424

<sup>cxxxv</sup> Alberto Spikin Howard Op. cit. Pág.132

<sup>cxxxvi</sup> Ibidem... Pág.132

<sup>cxxxvii</sup> Id... Págs.132-132

<sup>cxxxviii</sup> Entrevista a Hernán Núñez, 1997

<sup>cxxxix</sup> Alberto Spikin Howard: Op. cit. Pág.143

<sup>cxl</sup> Entrevista a Hernán Núñez, 1997

<sup>cxli</sup> Alberto Spikin Howard: Op. cit. Pág.116

<sup>cxlii</sup> Alberto Spikin Howard: Op. cit. Pág.118

<sup>cxliii</sup> Ibidem... Pág. 105

<sup>cxliv</sup> Acevedo Hernández., A. **El barrio Estación**. Extractado de: Latcham, Ricardo: Op. cit. Pág. 355

<sup>cxlv</sup> Víctor Jara: Op. cit. Págs. 7-8

<sup>cxlvi</sup> Vid. Antonio Acevedo Hernández: **El barrio Estación**. Extractado de: Latcham, Ricardo: Op. cit. Pág. 356

<sup>cxlvii</sup> Armando De Ramón. Op. cit. Pág. 170

<sup>cxlviii</sup> Joaquín Edwards Bello: **El Roto**. Op. cit. Pág.5

<sup>cxlix</sup> Alberto Spikin Howard: Op. cit. Pág. 131

<sup>cl</sup> Ibidem... Pág.87-88

<sup>cli</sup> Vol. 978. Doc. nº 1520. S.f. Los documentos no informan sobre los resultados.

<sup>clii</sup> Manuel Rojas: *Sombras contra el muro*. En: Op. cit. Pág. 684

- 
- cliii Eduardo Blanco-Amor: Op. Cit. Págs. 96-97-98
- cliv Raúl Silva Castro: **Paradojas sobre las clases sociales en Literatura**. Ediciones de “Índice” Arte y Literatura II. (s.f.) (s.l.e.) Pág. 15
- clv Víctor Jara: Op. cit. Pág. 9
- clvi Vid. Gabriel Salazar: **La mujer de bajo pueblo en Chile: bosquejo histórico**. En: Propositiones n° 21. Diciembre, 1992 Págs. 89-107.
- clvii Cueca “*Vino que del cielo vino*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.466
- clviii Cueca “Paso metío en el chuico” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.466
- clix Vid Gabriel Salazar: Op. cit. Pág.102.
- clx Vid. Alejandra Brito: Op. cit. Pág.285
- clxi Vid. Ibidem... Pág.281
- clxii Recaredo Santos Tornero: Op. cit. Pág. 93
- clxiii Juan Pablo González R: **Musicología popular en América Latina: síntesis de sus logros problemas y desafíos**. En: Revista Musical Chilena,n° 195, año IV, enero-junio 2001,Facultad de Artes, Universidad de Chile. Pág.44
- clxiv Gabriel Salazar: Op. cit. Pág. 102
- clxv Paz Luzzi: **Historicidad e identidad de la cueca como expresión de la cultura de la Vega Central**. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia. Prof. Guía Sonia Pinto. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile. 2002 Pág.77
- clxvi Entrevista a Hernán Núñez, 1997.
- clxvii Nicomedes Guzmán: **La Sangre y la Esperanza**. Santiago de Chile, Quimantú, 1972 Págs. 230-231
- clxviii Vid. Paz Luzzi: Op. cit. Pág. 27

- 
- clxix José Santos González Vera: **Vidas Mínimas**. Santiago de Chile, Cosmos, 1923  
Págs. 35-36-37
- clxx Nicomedes Guzmán: **Los hombres oscuros**. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1973  
[Escrita en el período 1937-38] Pág. 23
- clxxi Joaquín Edwards Bello: **El Roto**. Op. cit Pág. 24
- clxxii *Ibidem*... Págs. 28 -29
- clxxiii Nicomedes Guzmán: **La Sangre y la Esperanza**. Op. cit. Pág. 231
- clxxiv Cueca “*La acordeón está borracha*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.495
- clxxv Joaquín Edwards Bello: **El Roto**. Op. cit. Págs. 37-38
- clxxvi *Ibidem* Pág. 61
- clxxvii Vid. Rojas, Manuel. **Canto y Baile**. En: **Obras Completas de Manuel Rojas**. Vol  
1. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1974 Pág. 206
- clxxviii Cueca “*Y el piano lanza los tono*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág. 199
- clxxix Cueca “*Yo siento el piano en la oreja*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.  
214
- clxxx Benedicto Chuaqui: Op. cit. Págs.189-190
- clxxxi Vid. Joaquín Edwards Bello: **El Roto**. Op. cit. Pág. 9
- clxxxii Manuel Rojas: *Canto y Baile*. Op. cit. Pág. 208
- clxxxiii Joaquín Edwards Bello: **El Roto**. Op. cit. Pág. 32
- clxxxiv Nicomedes Guzmán: **Los hombres oscuros**. Op. cit. Pág. 23
- clxxxv Alberto Romero,. **La viuda del conventillo**. Op. cit. Pág. 82
- clxxxvi Benedicto Chuaqui: Op. cit. Pág. 159
- clxxxvii Nicomedes Guzmán: **Los hombres oscuros**. Op. cit. Págs. 25-26-27

---

clxxxviii *Ibidem...* Págs. 28-29

clxxxix *Id...* Pág. 27

cx<sup>c</sup> *Id...* Pág. 32

cx<sup>ci</sup> Manuel Rojas: *Canto y Baile*. Op. cit. Pág. 219

cx<sup>cii</sup> Alberto Romero: **La viuda del conventillo**. Op. cit. Págs. 93-94

cx<sup>ciii</sup> Vol. 701 14/10/1929

cx<sup>civ</sup> Víctor Jara: Op. cit. Pág. 9

cx<sup>cv</sup> Cueca “*Ya no se grita la cueca*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.222

cx<sup>cvi</sup> Cueca “*Ya no cantan los canarios*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.221

cx<sup>cvi</sup> Cueca “P’al que vive a salto ‘e mata” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.372

cx<sup>cvi</sup> Cueca “Del que no conoce el hambre” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.373

cx<sup>cix</sup> Cueca “Yo soy pica’o ‘e la araña” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.391

cc Cueca “*Cuando gano en la carpeta*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.394

cc<sup>i</sup> Cueca “*Dale gusto al cuerpo niña*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.501

cc<sup>ii</sup> Cueca “*No sé de padre ni madre*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.430

cc<sup>iii</sup> Cueca “*Yo parezco un atorrante*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.443

cc<sup>iv</sup> Cueca “Me gustó vivir la vi’a” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.489

cc<sup>v</sup> Manuel Rojas: *Canto y Baile*. Op. cit. Pág. 208

cc<sup>vi</sup> Entrevista a Hernán Núñez. 1997

cc<sup>vii</sup> Vid. Paz Luzzi. Op. cit.

cc<sup>viii</sup> Vol. 73. 01/02/1889

---

ccix Vol. 49. 1887

ccx Vol. 49 05/01/1887

ccxi Vol. 49 05/01/1887

ccxii Vol. 700 08/05/1929

ccxiii Vol. 700 31/05/1929

ccxiv Vid. Vol. 692 01/03/1929

ccxv Vol. 60 04/02/1888

ccxvi Vol. 509. 22/05/1921 N° 103

ccxvii Vid. Volumen 262. 24/03/1905

ccxviii Vid. Vol. 784. Doc. n° 2686. 31 de marzo, 1931

ccxix Vid. Vol. 915. Doc. n° 643-44. 5 de marzo, 1935

ccxx Vid. Volumen 1015 26/01/1939

ccxxi Vol 49 1887

ccxxii Vol. 74 18/ 03/1889

ccxxiii Vol. 518 28/02/1921.

ccxxiv Vol. 216. 01/1902 (Siguen 161 firmas de vecinos, vid. Anexo documental)

ccxxv **Chile, Cultura y Pobreza.** Entrevista a Marta Cruz Coke. En: Artes y Letras, El Mercurio, 29 de Marzo, 1998. Pág.C 12

ccxxvi Vid. Vol. 1129 07/12/1950

ccxxvii Vid. Vol. 216

ccxxviii Vid. Vol.72 02/01/1889

---

ccxxxix Vid. Vol. 509 04/04/1921

ccxxx Vid. Vol. 518 22/02/1921

ccxxxix Vid. Vol. 538 18/03/1923

ccxxxix Vol. 89 13/10/1890

ccxxxix Vol. 72 12/01/1889 (Los arrendatarios habían demandado a esta mujer, por el estado de la construcción).

ccxxxix Vid. Vol.782 Doc. 2462. 27/04/1931

ccxxxix Vol. 346 21/01/1910

ccxxxix Vol. 915. Doc. 2600. 16/08/ 1935

ccxxxix Vid. Vol. 843. Doc. 5545 27/10/1933

ccxxxix Vid. Vol. 783 1931.

ccxxxix Vid. Vol.946. Doc.381 15/03/1937 y Vol.954 Doc.2018 08/10/1937

ccxli Vid. Vol.1013. Doc.810. 20/03/1939

ccxli Vid. Vol. 783, 1931

ccxlii Vol. 336 28/08/1909

ccxlii Vol. 336 28/08/1909

ccxlii Vol. 953. Doc. n° 1970. 16/08/1937

ccxlii Vid. Vol.893. Doc.2785 13/08/1935

ccxlii Vid. Vol.839. Doc.4761. 27/03/1933

ccxlii Vid. Vol. 701. 25/09/1929

ccxlii Vol. 953 Doc. n° 1873. 28/08/1937

---

ccxlix Vol. 955. Doc. n° 2275. 6/11/1937

cccl Vid. Vol. 1043 Doc. 775 21/02/1939

cccli Vid. Vol. 701 25/09/1929

ccclii Vid. Vol. 163 23/04/1897

cccliii Vol. 49 29/01/1887

cccliv Vid. Vol. 942 Doc. 1628 22/05/1936

ccclv Vid. Vol. 187 27/12/1899

ccclvi Vid. Vol. 51 21/06/1887

ccclvii Vol. 74. 25/03/1889

ccclviii Vol. 450. 07/1917

ccclix Vol. 1013. Doc n° 793. 28/3/1939

ccclx Vol. 450 07/1917

ccclxi Vol.. 953. Doc n° 1916. S. f.

ccclxii Vol. 942 Doc. 1628 22/05/1936

ccclxiii Vol. 51 02/06/1887 (Solicitud de Pedro Amengual, para portar armas)

ccclxiv Vol. 51. 27/06/1887

ccclxv Vol. 346 Doc. 2973 24/12/1909

ccclxvi Vol. 3461 3/01/1910

ccclxvii Vol. 346 10/01/1910

ccclxviii Vol. 349 05/04/1910

ccclxix Vol. 349 14/04/1910

---

cclxx Vol. 348 24/11/1910

cclxxi Vol. 365 6/1911

cclxxii Vol. 832. Doc. T-1 27. S.f.e. 1932

cclxxiii Vol. 843 Doc. 5711. S.f.e. 1933

cclxxiv Vol. 843 Doc. 3366. S.f.e. 1933

cclxxv Vol. 843 Doc. 3436. S.f.e. 1933

cclxxvi Vol. 918. Doc. n° 190. 23/12/1936

cclxxvii Vol. 980. Doc n° 1956 s.f. (1938)

cclxxviii Vol. 954. Doc n° 2194. S.f. 1937

cclxxix Vol. 952. Doc. n° 1493. 4/8/1937

cclxxx Vol. 954. Doc. n° 2192. 29/10/1937

cclxxxi Vol. 349 08/04/1910

cclxxxii Vid. Vol. 789. Doc. n° 3845. 18/08/1931

cclxxxiii Vid. Vol. 1043. Doc. 623. 11/02/1939.

cclxxxiv Vol. 1043 Doc. 775 21/02/1939.

cclxxxv Vid. Vol. 599. Doc. 3180. 08/07/1927

cclxxxvi Vol. 368.Doc. n° 369 01/09/1911

cclxxxvii Vol. 51 23/06/1887

cclxxxviii Vid. Vol. 911. Doc. 711 16/11/1935.

cclxxxix Vol. 346.07/01/1910

ccxc Vol. 377. 28/01/1912

---

ccxci Vol. 346 21/09/1909.

ccxcii Vid. Vol 201/08/1900.

ccxciii Vid. Vol. 346.07/01/1910

ccxciv Vol. 599. 14/04/1927

ccxcv Vols. 956-957, Docs. 2455-2456-2601-2608-2661-2701-2720. 1937

ccxcvi Vol. 1035. 21/04/1939

ccxcvii René León Echaíz: op. cit. Vol II. Pág. 180

ccxcviii Vid. Rafael Frontaura: **Trasnochadas**, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1957.

ccxcix Vol. 789. Doc. nº 3803. 13, agosto, 1931

ccc Vol. 616 25/05/1928

ccci Enrique Lafourcade: **EL Santiago que se fue**. En Artes y Letras, El Mercurio, 24 de agosto, 1997. Pág. D 29

cccii Armando De Ramón: Op. cit. Pág. 155

ccciii Vol. 143 01/10/1895

ccciv Vid. Vol. 918. Doc. nº 166. 10/1/1936.

cccv Vid. Vol. 918. Doc nº 48. 24/12/1935

cccvii Vid. Volumen 686 19/01/1930

cccvi Cueca “*Chicha baya y curadora*” Samuel Claro Valdés, et al.: Op. cit Pág.465